Eberhard Licht

La economía sencilla

Así es como podemos trabajar juntos para liberar a la economía de la presión por crecer

Eberhard Licht

La economía sencilla

Así es como podemos trabajar juntos para liberar a la economía de la presión por crecer

Nueva edición, octubre de 2026

«No son las teorías más precisas las que encuentran aplicación práctica, sino las más sencillas».

Konrad Zuse (inventor del ordenador)

Las ideas de este libro también se han desarrollado en forma científica:

Informe científico: simple.economy.nu/asignacion-de-recursos

Tesis: simple.economy.nu/tesis-asignacion-directa

Datos editoriales

Eberhard Licht
c/o flexdienst – n.º 21307
Kurt-Schumacher-Straße 76
67663 Kaiserslautern
Alemania
Correo electrónico: simple@economy.nu

Información conforme al artículo 5 de la Ley de Servicios Digitales (DDG). Responsable del contenido: Eberhard Licht (véase la dirección más arriba).

Derechos de autor: «CC0 1.0 Universal (CC0 1.0) Dedicación al dominio público»
https://creativecommons.org/publicdomain/zero/1.0/

Primera publicación: 24 de abril de 2022
Edición revisada: 29 de octubre de 2026

Se ha utilizado un software basado en IA (Claude) para estructurar y editar el texto de esta edición revisada. La responsabilidad del contenido recae íntegramente en el autor.

Índice

1. Prólogo 6
Parte I – El punto de partida 11
2. Lo que ha logrado el mercado 12
3. Los límites del crecimiento 17
4. Por qué estamos estancados 23
Parte II – La idea 31
5. Para qué sirve realmente la economía 32
6. La mayor economía sin precios 38
7. De las señales de precios a la coordinación directa 44
Parte III – La transición 51
8. La salida colectiva 52
9. El primer día 60
10. Argumentos en contra: tomarse en serio las objeciones 67
Parte IV – La vida después 75
11. Trabajo, dinero y seguridad 76
12. Negocios, propiedad y poder 82
13. Asistencia, infraestructuras y el Estado 89
Parte V – El mundo 96
14. Reciprocidad en lugar de disparidad 97
15. Epílogo – La comida está lista 103
Apéndice: Contexto histórico 109
Bibliografía 116
El autor 121

1. Prólogo

Pan de jengibre en septiembre

El pan de jengibre llegó el veintitrés de septiembre. Dos cajas, además de una caja de speculoos, stollen navideños envueltos en film transparente y un paquete de adornos: lazos rojos, estrellas doradas, un Papá Noel de cartón que saludaba con un brazo cuando lo ponías de pie.

Anna estaba subida a una pequeña escalera en el escaparate, colgando las estrellas de un cordel. Afuera hacía veintidós grados. En la acera de enfrente, había gente en pantalones cortos sentada a la puerta de la heladería.

«Señora Hofmann», dijo una voz a sus espaldas. El señor Albers estaba de pie en la entrada de la tienda, con sus dos panecillos de centeno en una bolsa, mirando hacia arriba, al Papá Noel de cartón. «¿Ya ha llegado otra vez esa época del año?»

«No me lo pregunte».

«Solo pregunto. Ni siquiera he metido todavía los muebles del jardín en casa».

Anna bajó de la escalera. «El representante del mayorista estuvo aquí la semana pasada. Dijo que si no empiezas en octubre, ya has perdido terreno. La gente compra el pan de jengibre donde lo ve primero». Asintió con la cabeza hacia el escaparate, al otro lado de la calle, donde brillaba el letrero naranja de la cadena de panaderías. «Llevan dos semanas en las estanterías de allí».

El señor Albers negó con la cabeza, le deseó un buen día y se marchó.

* * *

Por la tarde, Mira se pasó por allí para comprar una barra de pan. Se detuvo frente al escaparate y miró al Papá Noel que saludaba con la mano con una expresión que Anna conocía de sobra.

«Mamá. Estamos en septiembre».

«Lo sé».

«¿Te das cuenta de que esto es exactamente de lo que hablábamos el otro día? Quieren que la gente se anime a comprar ya en otoño, para que en diciembre compren tantas cosas como sea posible que no necesitan. Y para enero, todo acaba en la basura».

«Lo sé, Mira».

«Entonces, ¿por qué sigues el juego?»

Anna dejó la estrella que tenía en la mano. «Porque en diciembre gano un tercio de mi facturación anual. Si las ventas navideñas van mal, no podré pagar los sueldos en febrero. Entonces tendré que decirle a la señora Kern que solo puede venir medio día. Y la señora Kern tiene dos hijos».

Mira se quedó en silencio.

«No hago esto porque quiera que la gente compre cosas que no necesita», dijo Anna en voz más baja. «Lo hago porque no tengo otra opción. Igual que esas personas de allí no tienen otra opción. Y tampoco la tiene el mayorista».

* * *

Una vez que Mira se hubo marchado, Anna volvió a subir la escalera para colgar la última estrella. Pensó en las Navidades de su infancia en el molino. En el plato de galletas que había horneado su abuela. En el jersey que le había tejido la hermana de Walter, que le quedaba demasiado grande. En los regalos que no se compraban, sino que se hacían, y en la alegría que tenía más que ver con las personas que con las cosas.

En aquella época, los regalos eran un gesto. Hoy en día, eran un objetivo de ventas.

Ató bien el cordel y bajó. El Papá Noel de cartón saludaba con la mano. En la calle, un hombre en pantalones cortos pasó por allí y se echó a reír al verlo.

* * *

Navidad en septiembre

Cada año, unas semanas antes de Navidad, comienza la época más importante del año para el comercio minorista. Muchas tiendas obtienen una gran parte de su facturación en las últimas semanas del año. Se basan en ello para planificar sus inversiones, sus salarios y su futuro. Y para mucha gente, comprar regalos se ha convertido desde hace tiempo en una recompensa por un año de duro trabajo.

Desde la perspectiva de un negocio concreto, esto tiene todo el sentido del mundo. Anna no decora el escaparate de su tienda en septiembre porque quiera tentar a la gente a comprar, sino porque tiene que pagar los sueldos de su personal en febrero. Sin embargo, desde la perspectiva de la economía en su conjunto —y del planeta en el que opera—, esto pone de manifiesto algo fundamental: en nuestra economía, vender no es una elección, sino una necesidad. Si las ventas son insuficientes, las empresas se enfrentan a dificultades, la inversión se agota y se pierden puestos de trabajo. La presión por crecer no es fruto de la mala voluntad de las personas. Está integrada en los cimientos mismos de nuestro sistema económico.

Al mismo tiempo, sabemos que el crecimiento ilimitado no es posible en un planeta finito. Incluso los defensores acérrimos de la economía de mercado reconocen cada vez más este conflicto. Los intentos anteriores de encontrar una solución —tecnología más eficiente energéticamente, energías renovables, la esperanza de desvincular el crecimiento del consumo de recursos— han logrado mucho, pero no han resuelto el problema fundamental. Y cuando la gente compra menos o utiliza sus bienes durante más tiempo, la economía no reacciona con alivio, sino con una crisis.

Lo que ha logrado el mercado

Este libro no es una crítica a la economía de mercado. Al contrario: comienza con un homenaje.

En tiempos de auténtica escasez, el mercado era la herramienta más eficaz de que disponía la humanidad. Organizaba el trabajo, difundía el conocimiento y recompensaba la invención. Gestionaba la escasez mejor que cualquier autoridad de planificación. Y, a lo largo de dos siglos, sacó a una gran parte de la humanidad de una pobreza que hoy nos cuesta imaginar.

La paradoja de la abundancia

Ahí radica precisamente la mayor paradoja de nuestro tiempo. El mercado tuvo tanto éxito que creó un mundo de abundancia potencial. La capacidad de producción actual sería suficiente para que cada persona tuviera lo necesario para llevar una vida digna.

Sin embargo, seguimos gestionando esta riqueza con las herramientas de la escasez: el dinero, los precios y el trabajo asalariado. Y estas herramientas nos obligan a limitar artificialmente la abundancia. La producción no se centra principalmente en lo que la gente necesita, sino en lo que se puede vender. Las cosas se sustituyen antes de que se desgasten. Los costes derivados para el medio ambiente y la sociedad no figuran en ningún cálculo.

Al mismo tiempo, en las últimas décadas se ha producido un cambio sin precedentes. La conectividad digital, la logística automatizada y la inteligencia artificial permiten, por primera vez, mapear la demanda, las capacidades de producción y las cadenas de suministro en tiempo real, y coordinarlas directamente entre sí, sin el desvío que supone el precio.

Las cuestiones que aborda este libro

Esto plantea preguntas a las que este libro pretende dar respuesta:

¿Puede la coordinación directa de la demanda y la producción sustituir al control a través de los precios y el dinero?

¿Cómo sería una economía que liberara a las empresas de la presión por crecer y les permitiera simplemente fabricar buenos productos para las personas?

¿En qué condiciones estarían dispuestos los propietarios de empresas, materias primas y bienes inmuebles a ponerlos a disposición del público en general?

Y luego están las preguntas que todo el mundo se plantea de inmediato: ¿Dejaría la gente de trabajar si se le proporcionara todo de forma gratuita? ¿Se vaciarían las tiendas si ya no hubiera cajas registradoras? ¿Se explotaría la naturaleza aún más despiadadamente si no hubiera un precio que limitara el consumo?

Las respuestas pueden parecer sorprendentes a primera vista. Sin embargo, se basan en una simple observación: las personas ya organizan gran parte de sus vidas sin comprar ni

vender. En el seno de las familias, entre amigos, en el barrio y a través del voluntariado, las personas se cuidan unas a otras sin emitir facturas. Este libro se pregunta si el principio del cuidado —que ha sustentado nuestras vidas privadas durante milenios— también puede aplicarse a la economía en su conjunto.

Lo que este libro no propone

Para evitar cualquier malentendido, dejemos claro desde el principio lo que este libro no propone.

No propone una economía planificada. No hay ninguna oficina de planificación ni ninguna autoridad que determine qué se produce.

No propone la expropiación. No se le quita nada a nadie. Los empresarios siguen dirigiendo sus negocios.

No propone una revolución. El camino descrito en este libro se basa en una decisión colectiva y voluntaria, garantizada democráticamente.

Tampoco aboga por la abnegación. Describe un mundo en el que, presumiblemente, la gente consumiría menos sin sentir que tiene que privarse de nada.

A quién va dirigido este libro

Este libro va dirigido a dos grupos de personas que rara vez se comunican entre sí.

Está dirigido a quienes ven el crecimiento con ojos críticos y buscan formas de preservar los medios de vida de las generaciones futuras. Les ofrece un camino que no depende de la buena voluntad de cada individuo y que no priva a nadie de sus medios de vida.

Y va dirigido a quienes están convencidos de las ventajas de la economía de mercado y defienden, con razón, sus logros. Sus argumentos más sólidos —desde Adam Smith hasta Friedrich August von Hayek— se toman en serio y se analizan en detalle en este libro.

Ambos grupos tienen más en común de lo que creen. Ambos quieren que la gente pueda vivir bien. Ambos saben que la economía existe para satisfacer las necesidades de las personas. Y ambos intuyen que el camino actual no puede continuar indefinidamente tal y como está.

Cómo está estructurado este libro

El libro se divide en cinco partes. La parte I describe la situación actual: lo que ha logrado el mercado, los límites a los que se enfrenta y por qué, a pesar de todo, no podemos prescindir de él. La parte II desarrolla la idea de una economía orientada directamente a satisfacer las necesidades. La parte III describe cómo podría tener éxito una transición y qué objeciones se interponen en su camino. La parte IV muestra cómo podrían cambiar, como consecuencia, el trabajo, la propiedad, los cuidados y el Estado. La parte V analiza el mundo en su conjunto.

Cada capítulo comienza con una breve escena. Cuenta la historia de una familia: la de Anna, una maestra panadera con cuatro empleados; la de su hermano Jonas, responsable financiero en un proveedor de recambios de automóviles y firme defensor de la economía de mercado; la de Mira, la hija de Anna, que es estudiante, participa en el movimiento climático y espera con impaciencia el cambio; y la de Walter, el padre, que antes regentaba un molino y recuerda una época en la que la gente aún sabía para qué trabajaba. Esta familia es ficticia. Pero lo que viven es lo que muchas personas están pasando hoy en día.

Cada escena va seguida de una sección informativa que profundiza en el tema y se respalda con fuentes. Al final de cada capítulo, una breve sección resume los puntos clave.

Un gesto

Al final de este libro se encuentra la esperanza de un mundo en el que los regalos que nos hacemos en Navidad ya no sean una necesidad económica, sino, una vez más, lo que siempre deberían haber sido: un gesto humano.

Volver al índice

Parte I – El punto de partida

2. Lo que ha logrado el mercado

El molino junto a la presa

El molino seguía en pie. La rueda hidráulica llevaba treinta años completamente oxidada y crecía musgo en el tejado, pero las paredes aún se mantenían en pie. Walter se detuvo a orillas del río y se apoyó en su bastón.

«Aquí es donde mi abuelo solía abrir cada mañana a las cinco», dijo. «Tanto en verano como en invierno».

Mira había venido con él porque Anna se lo había pedido. El médico le había dicho que debía caminar más. En realidad, ella tenía intención de ponerse a leer para su trabajo de fin de curso: una crítica sobre el crecimiento, los límites planetarios, una pila de ensayos que decían todos más o menos lo mismo. Que las cosas no pueden seguir así.

«¿Cuánto ganaba entonces?», preguntó ella.

Walter se rió. «¿Ganaba? Al principio no veía ni un céntimo. Los granjeros traían su grano y él se quedaba con una parte como tarifa de molienda. Se llamaba el "Metze". Aproximadamente una fanega de cada dieciséis. El resto se lo devolvían en forma de harina».

«¿Y si la harina era de mala calidad?»

«Entonces, a la mañana siguiente, el panadero Huber estaría esperando en la puerta. Y para el domingo, todo el pueblo se habría enterado». Señaló la casa al otro lado del puente. «Ahí es donde vivía Huber. Mi abuelo molía su harina y Huber horneaba nuestro pan. Ninguno de los dos le hacía un favor al otro. Todos solo querían salir adelante. Pero precisamente por eso todos tenían que hacer bien su trabajo».

* * *

Se sentaron en el banco junto a la presa. Walter contó cómo su padre se había hecho cargo del molino después de la guerra, en una época en la que la harina solo se podía conseguir con cartillas de racionamiento.

«Mi madre solía hablar a menudo del verano del '48», dijo. «Fue entonces cuando entró en vigor el nuevo marco y, de un día para otro, los escaparates se llenaron. La gente se quedaba delante de ellos y lloraba. Antes de eso, todo estaba racionado y, sin embargo, no había nada. Después, todo costaba dinero, pero se podía comprar».

«Pero eso no se debió solo al mercado», dijo Mira. «También estaba el Plan Marshall y...»

«Por supuesto». Walter asintió. «Pero te diré una cosa, niña: sin el mercado, no habríamos tenido nuestro primer tractor en los años cincuenta. Ni lavadora para mi madre, que se pasaba los lunes de pie junto a la tabla de lavar con las manos doloridas. Y yo nunca habría ido a Italia». Sonrió. «Mil novecientos sesenta. Rímini. En moto».

Mira conocía la historia. Nunca le había interrumpido.

* * *

«Entonces, ¿por qué ha dejado de girar el molino?», preguntó ella al cabo de un rato.

Walter se quedó mirando la noria durante un buen rato.

«A finales de los ochenta, los grandes molinos junto a la autopista suministraban harina a mitad de precio. En camión, directamente a las panaderías industriales. Seguí adelante otros diez años, pero luego ya no era viable». Se encogió de hombros. «No había nada injusto en ello. Simplemente eran mejores. O, al menos, más baratos».

«¿No es lo mismo?»

«Antes sí lo era», dijo Walter. «En aquella época, más barato solía significar mejor. Menos trabajo por la misma barra de pan: eso era progreso. Nos hacía a todos más ricos». Dio unos golpecitos en el banco con su bastón. «Hoy en día, ya no estoy tan seguro».

«¿Qué quieres decir?».

«Tu madre hace un pan mejor que cualquier otro que hayamos probado por aquí. Y, sin embargo, cada año tiene que preguntarse si todavía puede permitírselo». Se levantó con dificultad. «El mercado nos sacó de la pobreza, Mira. No debes olvidarlo nunca. Solo me pregunto si sabe cuándo ha cumplido su cometido».

De vuelta a casa, ninguno de los dos dijo ni una palabra. Pero Mira pensó en que, entre su montón de redacciones, no había ni una sola frase que se pareciera a las de su abuelo.

* * *

La frase del panadero

> *«No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de quien esperamos nuestra cena, sino de su preocupación por su propio interés. No apelamos a su humanidad, sino a su amor propio».*
>
> Adam Smith, La riqueza de las naciones (1776)

Podría decirse que es la cita más famosa de la economía. Con estas dos frases, el filósofo moral escocés Adam Smith describió lo que el abuelo de Walter y el panadero Huber vivían cada día: ninguno de los dos le hacía un favor al otro, y precisamente por eso ambos tenían que hacer bien su trabajo (Smith, 2023).

A menudo se interpreta que Smith declaró que el egoísmo es una virtud. No es así. Él habla de «amor propio»: el comprensible deseo de proveer para uno mismo y para la propia familia. Diecisiete años antes de *La riqueza de las naciones*, había escrito un libro entero sobre la compasión, *La teoría de los sentimientos morales* (Smith, 1759). Para Smith, los seres humanos eran criaturas capaces de empatizar con los demás y que

deseaban ser respetados por ellos. El mercado no estaba destinado a sustituir estas cualidades, sino a proporcionarles un marco.

Su observación era sencilla y convincente: si cada persona se ocupa de sí misma produciendo algo útil para los demás, entonces surge la prosperidad sin que nadie tenga que planearla. Más tarde, se empezó a utilizar la imagen de la «mano invisible» para describir esto. El propio Smith utiliza la expresión solo una vez en *La riqueza de las naciones*, y en un contexto más específico. Sin embargo, la imagen ha calado porque capta una verdad.

Por qué el panadero fue útil en su día

El mundo que Smith tenía en mente era manejable. El panadero vivía en la misma ciudad que sus clientes. Tenía que satisfacer una necesidad real y cotidiana para ganarse la vida: debía hornear pan que saciara y tuviera buen sabor. Su interés propio y el beneficio para la comunidad apuntaban en gran medida en la misma dirección. El beneficio no era un fin en sí mismo, sino el resultado de cumplir una función de suministro. Esta es la imagen del comerciante honorable que sigue guiando a muchos empresarios hasta el día de hoy.

Sin embargo, no hay que idealizar aquella época. Incluso en el siglo XVIII se adulteraba el pan, los precios se fijaban por acuerdo y se excluía a la competencia mediante las normas de los gremios. En muchas ciudades, las autoridades fijaban el precio del pan porque no confiaban en los panaderos. El propio Smith era un feroz crítico de los comerciantes. Advirtió de que las personas dedicadas al mismo oficio rara vez se reunían sin llegar finalmente a un acuerdo que fuera en contra del interés público. Desconfiaba de los monopolios y de los estrechos vínculos entre el comercio y el Estado.

Precisamente por eso su idea es tan poderosa. Smith no era un soñador. Reconocía las debilidades de las personas y de los mercados y, aun así, llegó a la conclusión de que el libre intercambio entre muchos pequeños proveedores proporcionaba a la gente mejores provisiones que cualquier otro sistema que él conociera.

Lo que ha logrado el mercado

La historia le ha dado la razón hasta un grado asombroso. Hacia 1800, la gran mayoría de la humanidad vivía en un estado de pobreza que hoy nos cuesta imaginar. La mayoría de la gente trabajaba en el campo, y una sola cosecha mala podía desencadenar una hambruna. Casi uno de cada dos niños moría antes de cumplir los cinco años.

Hoy en día, solo una pequeña proporción de la población mundial vive en la pobreza extrema. La esperanza de vida se ha más que duplicado. Lavadoras, antibióticos, iluminación eléctrica, ferrocarriles y ordenadores: ninguno de ellos fue impuesto por una autoridad central, sino que surgieron de la competencia entre numerosos inventores, empresarios y trabajadores que querían ofrecer algo mejor o más barato.

En Alemania, esta experiencia tiene un nombre: el «milagro económico». Cuando se introdujo la nueva moneda en junio de 1948 y Ludwig Erhard abolió simultáneamente la mayoría de los controles de precios, los escaparates se llenaron casi de la noche a la mañana. Erhard combinó el mercado con el equilibrio social y denominó a su programa «Prosperidad para todos» (Erhard, 1957). Para la generación de Walter, esto no era una mera teoría. Fue el primer tractor, la primera lavadora, el primer viaje a Italia.

La comparación también juega a favor del mercado. Las economías planificadas del siglo XX intentaron controlar la oferta desde arriba. Fracasaron no solo por la falta de libertad, sino también porque sus autoridades simplemente no sabían qué se necesitaba y dónde. Había zapatos de tallas equivocadas y muy pocas piezas de recambio, mientras que en otros lugares los almacenes rebosaban. El mercado resolvió este problema mejor que cualquier administración centralizada.

El precio como sistema de señalización

El economista austriaco Friedrich August von Hayek explicó por qué el mercado era tan superior en este sentido en un famoso ensayo de 1945 (Hayek, 1945). Para él, la verdadera fuerza del mercado no residía en la competencia en sí misma, sino en los precios.

El punto de partida de Hayek era una idea sencilla: el conocimiento que necesita una economía se encuentra repartido entre millones de mentes. El agricultor sabe cómo va su cosecha. El molinero sabe cuánto grano le queda. El panadero sabe qué comprarán sus clientes mañana. Ninguna autoridad del mundo podría reunir todo este conocimiento a tiempo.

El precio, según Hayek, resuelve este problema de una forma ingeniosa. Consolida toda esta información dispersa en una sola cifra. Hayek eligió el estaño como ejemplo: si el estaño escasea en cualquier parte del mundo, ya sea porque se cierra una mina o porque se ha descubierto un nuevo uso para él, entonces su precio sube. Y miles de personas que utilizan estaño empiezan a emplearlo con más moderación, sin saber por qué escasea. Tampoco necesitan saberlo. El precio se lo ha indicado.

Hayek comparó el sistema de precios con una red de telecomunicaciones que transmite mensajes sobre la escasez y la demanda a grandes distancias y entre personas que nunca se conocen. En 1974, fue galardonado con el Premio Nobel de Economía por este trabajo.

A día de hoy, este argumento sigue siendo el más sólido a favor del mercado, y este libro lo toma en serio. Cualquiera que proponga una economía sin precios debe tener una respuesta sobre cómo la información que actualmente está implícita en los precios puede llegar a las personas por otros medios. Volveremos sobre esto en el capítulo 7.

La paradoja del éxito

El mercado, por lo tanto, no fue un error. Durante más de dos siglos, fue la herramienta más eficaz con la que contó la humanidad para organizar el trabajo, difundir el conocimiento y superar la escasez.

Sin embargo, es precisamente en su éxito donde surge una pregunta, la misma que Walter planteó junto a la presa: ¿sabe el mercado siquiera cuándo ha tenido suficiente?

Se creó para un mundo de escasez. En un mundo así, cada barra de pan de más, cada par de zapatos de más, cada máquina de más era una ganancia. Producir más significaba vivir mejor. Hoy, sin embargo, los países ricos producen mucho más de lo que sus habitantes necesitan para llevar una buena vida; y, sin embargo, la economía debe seguir creciendo cada año para garantizar que los puestos de trabajo, las pensiones y los presupuestos nacionales sigan estando asegurados.

Esto supone un cambio fundamental. En la época de Smith, el interés propio del panadero conducía casi automáticamente al bienestar de sus clientes. Hoy en día, este vínculo se está deshilachando en cada vez más ámbitos. No es porque la gente se haya vuelto peor, sino porque han cambiado las condiciones en las que el mercado resultaba antes tan beneficioso.

El siguiente capítulo muestra el alcance de este cambio y los límites a los que está sujeto.

Puntos clave en resumen

- Adam Smith tenía razón para su época: quienes velan por sí mismos beneficiando a los demás generan prosperidad para todos. Se refería al amor propio, no al egoísmo, y era un feroz crítico de los monopolios y la colusión.
- A lo largo de dos siglos, el mercado ha sacado a la humanidad de la pobreza masiva. En Alemania, esto se resume en el «milagro económico» con su promesa de «prosperidad para todos».
- Friedrich August von Hayek demostró por qué el mercado era superior a cualquier autoridad planificadora: los precios agrupan el conocimiento disperso y lo transmiten a todo el mundo. Cualquier alternativa debe abordar este argumento.
- El mercado se creó para un mundo de escasez. En un mundo de abundancia potencial, surge la pregunta de si sigue cumpliendo la misma función.

Volver al índice

3. Los límites del crecimiento

Dos curvas

Era el cumpleaños de Anna y, como hacía todos los años, se había propuesto no trabajar ese domingo. Como todos los años, consiguió cumplirlo hasta la hora del café.

Mira había apoyado su tableta contra el azucarero. En la pantalla se veía una curva que se elevaba, dentada como una hoja de sierra, pero ascendiendo sin vacilar.

«Mauna Loa», dijo. «Hawái. Llevan midiendo los niveles de CO_2 en el aire allí desde 1958. Cada año se bate un nuevo récord. Y no se está ralentizando, tío Jonas. Se está acelerando».

Jonas se sirvió una segunda porción de tarta de manzana. «No lo niego en absoluto».

«¿Pero?».

«Pero yo también tengo un gráfico». Sacó su móvil y se desplazó por una hoja de cálculo. «Esa es nuestra fábrica. Los pedidos recibidos en los últimos dos años. Trescientas veinte personas llevan en jornada reducida desde marzo. No son solo números, Mira. Ese es Rainer, del taller de temple, cuya hija acaba de construirse una casa. Esa es Gül, de logística, con sus tres hijos».

«¿Y por eso se supone que tenemos que seguir fabricando coches hasta…?»

«Por eso digo que el crecimiento no es solo una ideología que se pueda desconectar. Si la economía no crece, la gente pierde sus puestos de trabajo. Y los que los pierden no son los que hablan de decrecimiento en tus seminarios».

Mira se sonrojó. «Eso es injusto».

«Sí», dijo Jonas con más calma. «Lo es. Lo siento».

* * *

Walter había estado escuchando en silencio todo el rato. Ahora dejó la taza sobre la mesa.

«Los dos tenéis razón», dijo. «Eso es lo peor».

Anna se levantó para preparar más café y se detuvo junto al aparador, donde había una pila de papeles. De hecho, los había escondido debajo de la panera para no tener que verlos hoy.

«¿Quieres saber dónde acaban tus dos gráficos?», preguntó, levantando la pila. «Aquí».

Jonas levantó la vista de su móvil. «¿Qué es eso?»

«El cuestionario para proveedores del Hotel am Markt. Forman parte de una cadena, y ahora la cadena tiene que presentar un informe de sostenibilidad. Así que quieren que

les diga cuál es la huella de carbono de un panecillo de sésamo. De dónde viene mi harina, de dónde viene la harina de mi molinero y si se descarta el trabajo infantil en los campos de los agricultores. Cuarenta y seis páginas». Las hojeó rápidamente. «Y en la página tres dice que evalúan a los proveedores en función del precio y la sostenibilidad. Con la misma ponderación».

«Eso es exactamente lo que tú quieres, Mira», dijo Jonas. «La protección del clima».

«Quiero que se emita menos CO_2 a la atmósfera», dijo Mira. «No que mamá se pase los domingos rellenando formularios».

«Y yo quiero que mi gente tenga trabajo», dijo Jonas. «No que la panadería de mi hermana se vea desbordada por el papeleo».

Anna volvió a colocar la pila debajo de la cesta del pan.

«Ya veis», dijo. «Los dos queréis algo sensato. Y para mí, ambas cosas suponen un trabajo que no mejora ni un solo pan».

* * *

Más tarde, cuando Mira ya se había marchado y Jonas se estaba poniendo la chaqueta en el recibidor, se detuvo una vez más en la puerta de la cocina.

«¿Sabes lo que realmente me molesta de Mira?», dijo en voz baja.

«¿Que tiene razón?»

«Que no tengo respuesta». Se subió la cremallera de la chaqueta. «Sé que este crecimiento no puede durar para siempre. Todos en nuestra fábrica lo saben. Pero también sé lo que pasa cuando se detiene. Es como montar en bicicleta. Si te detienes, te caes».

Anna asintió. La tableta de Mira seguía sobre el aparador. El gráfico brillaba en la oscuridad.

* * *

Dos gráficos, ambos correctos

Mira y Jonas discuten sobre dos gráficos. Uno muestra los niveles de dióxido de carbono en el aire; el otro, el volumen de pedidos de un proveedor del sector del automóvil. Ambos gráficos son auténticos y ambos ilustran un problema grave. Lo complicado es que están relacionados: en las condiciones actuales, si uno cae, el otro también lo hará.

Este capítulo describe tres límites a los que se enfrenta actualmente nuestra economía: el límite de la atmósfera, el límite de una distribución de la riqueza cada vez más desigual y un límite que solo se percibe cuando uno mismo dirige un negocio: el agotamiento de las pequeñas y medianas empresas. Pero primero, debemos entender por qué Jonas tiene razón cuando dice que no se puede simplemente «apagar» el crecimiento.

Por qué la economía debe crecer

Existe un debate entre los economistas sobre si se debe hablar de una auténtica «obligación de crecer». Lo que no se discute, sin embargo, es lo que ocurre en la práctica cuando la economía no crece. Hay esencialmente cuatro razones para ello.

La primera es el propio progreso tecnológico. Año tras año, podemos producir la misma cantidad con menos mano de obra. En realidad, eso es una buena noticia. Pero si la economía no crece, necesita menos personas. Quien pierde su trabajo pierde sus ingresos, ya que, en nuestro sistema, el sustento de una persona está casi siempre vinculado a un empleo remunerado.

La segunda razón son los préstamos. Las empresas financian maquinaria, edificios y proyectos de desarrollo con préstamos, que deben devolver con intereses. A largo plazo, esto solo es posible si aumentan sus ingresos. Un asesor bancario que pregunta por el aumento de la facturación no lo hace por malicia.

La tercera razón son las expectativas de los inversores. Cualquiera que invierta su dinero en acciones, fondos o pólizas de seguro de vida —y eso incluye a millones de ahorradores de a pie— espera obtener una rentabilidad. Esa rentabilidad tiene que generarse de algún sitio.

La cuarta razón son las finanzas públicas. Los impuestos, las pensiones, el seguro médico y las prestaciones por desempleo dependen de los salarios y de la facturación. Si la economía se contrae, los ingresos disminuyen precisamente en el momento en que más personas necesitan ayuda.

Por eso nuestra economía no reacciona ante el estancamiento con calma, sino con una crisis. Cuando la gente compra menos porque quiere proteger el medio ambiente, es lo correcto desde el punto de vista ecológico, pero aun así provoca la reducción de la jornada laboral. Los gobiernos responden con paquetes de estímulo económico, que a menudo se financian a crédito. La comparación de Jonas con una bicicleta da en el clavo: si te detienes, te caes.

El límite de la atmósfera

Desde 1958, una estación situada en el volcán Mauna Loa, en Hawái, mide el contenido de dióxido de carbono en el aire. Antes del inicio de la industrialización, se situaba en torno a las 280 partes por millón. Hoy supera las 420, una cifra más alta que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad. En los últimos cincuenta años, ha aumentado una media de unas 2 partes por millón al año. En los últimos cinco años, la tasa de aumento se ha acelerado hasta situarse en torno a 2,7 (Laboratorio de Vigilancia Global de la NOAA, 2026).

En la comunidad científica es indiscutible que la actividad humana es la principal causa de este calentamiento. El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático y la Organización Meteorológica Mundial llevan décadas confirmándolo. El año

2024 fue el primer año natural en el que la temperatura media global superó en más de 1,5 grados los niveles preindustriales.

La causa es bien conocida: la economía mundial sigue dependiendo del carbón, el petróleo y el gas para aproximadamente el 80 % de su energía (Kearney, 2025). Y el Fondo Monetario Internacional prevé un mayor crecimiento de la producción económica mundial para los próximos años (Fondo Monetario Internacional, 2026).

¿No podemos tener ambas cosas: crecimiento y protección del clima? La esperanza de que esto sea posible se denomina «desacoplamiento», y no carece de fundamento. Alemania ha reducido casi a la mitad sus emisiones de gases de efecto invernadero desde 1990, al tiempo que ha crecido su producción económica. Los paneles solares y las turbinas eólicas se han abaratado tanto que nadie lo habría previsto hace veinte años. Se trata de un logro real, que también se debe al mercado.

Pero una evaluación honesta debe tener en cuenta dos cosas. Parte de la reducción en Europa se debe a que la producción con alto consumo energético se ha trasladado a otros países; sin embargo, seguimos comprando esos productos. Y, a nivel mundial, las emisiones siguen aumentando. La desvinculación se está produciendo, pero lo hace con demasiada lentitud. Cada punto porcentual de crecimiento debe compensarse primero con ganancias de eficiencia antes de que quede algún ahorro. Es como bajar por una escalera mecánica que se mueve hacia arriba.

Ya en 1972, el Club de Roma advirtió de esta tendencia en su informe «Los límites del crecimiento» (Meadows, Meadows y Behrens, 1972). Más de cincuenta años después, la tendencia básica ha cambiado poco.

¿Quién posee la riqueza?

El segundo límite es menos visible, pero no por ello menos grave. El Informe sobre la Desigualdad en el Mundo lleva años documentando que la riqueza se está concentrando cada vez más (Informe sobre la Desigualdad en el Mundo, 2026). El 10 % más rico de la población mundial posee alrededor de tres cuartas partes de la riqueza global. La mitad más pobre de la humanidad posee, en conjunto, menos del 5 %.

En este contexto, es fácil pensar en los multimillonarios. Sin embargo, una gran proporción de la clase media de los países industrializados ya pertenece al 10 % más rico del mundo: ingenieros, médicos, maestros artesanos y profesores que son propietarios de sus viviendas. Quien lea este libro se encuentra, con toda probabilidad, entre ellos. Por lo tanto, no se trata de señalar con el dedo a los demás.

También existen diferencias significativas dentro de las propias regiones. En Europa, el 10 % más rico percibe alrededor del 37 % de todos los ingresos, mientras que en algunas zonas de Oriente Medio la cifra supera el 60 % (Sabautzki, 2025).

En una economía de mercado, un cierto grado de desigualdad es intencionado. Los ingresos más altos están destinados a recompensar la educación, los logros y la

disposición a asumir riesgos. Sin embargo, a medida que aumenta la concentración, surge un segundo problema que también habría preocupado a Adam Smith: la economía se mueve gracias al poder adquisitivo. Donde hay mucho dinero, se produce: segundas residencias, vacaciones de lujo, coches deportivos. Donde hay poco dinero, las necesidades quedan insatisfechas, aunque sean urgentes. Y las grandes fortunas, por su parte, deben invertirse y generar rentabilidad. Esto intensifica la presión para un mayor crecimiento.

La paradoja de la burocracia

El tercer límite se hace evidente en el aparador de la cocina de Anna, en forma de cuarenta y seis páginas de papel.

La columna vertebral de la economía europea no son las grandes corporaciones, sino las pequeñas y medianas empresas. Representan el 99,8 % de todas las empresas de la Unión Europea, dan empleo a casi dos tercios de todos los trabajadores y generan más de la mitad del valor añadido (Comisión Europea, 2025). Son precisamente estas empresas las que más se quejan hoy en día. En las encuestas, alrededor de dos tercios de ellas citan la burocracia como su mayor carga.

Esta burocracia no es ni una coincidencia ni una forma de acoso. Es el intento del Estado de cubrir un vacío en el mercado. El precio de un producto no dice nada sobre cuánto CO_2 se emitió durante su fabricación ni sobre si se obligó a niños a trabajar en algún punto de la cadena de suministro. Por ello, el legislador obliga a las empresas a aportar pruebas: a través de la Ley de Cadenas de Suministro (Lieferkettengesetz, 2023), la obligación de informar sobre sostenibilidad ((UE) 2022/2464, 2022) y la Taxonomía de la UE ((UE) 2020/852, 2020).

La intención es buena. Sin embargo, estas normas se redactaron pensando en las grandes empresas. Estas trasladan estas obligaciones a sus proveedores, que en su mayoría son pequeñas empresas como la panadería de Anna. Lo que se concibió como una herramienta para los grandes actores se convierte así en la carga más pesada para los pequeños (Bollen, 2025). La UE ha comenzado ahora a flexibilizar algunas de estas obligaciones. Esto reduce la carga para las empresas, pero también la protección que las normas pretendían ofrecer.

Esta es la paradoja de la burocracia: cuanto más en serio nos tomamos el clima y los derechos humanos, más papeleo hay. Y cuanto más papeleo hay, más fuertes son las voces que piden que se eliminen de nuevo las normas. Tanto Mira como Jonas quieren algo sensato. Para Anna, ambas cosas suponen trabajo que no mejora en nada el pan.

Tres límites, un mismo patrón

A primera vista, el cambio climático, la desigualdad y la burocracia parecen tener poco que ver entre sí. Sin embargo, siguen el mismo patrón. En los tres casos, una economía dependiente del crecimiento intenta alcanzar objetivos que son difíciles de conciliar con

el crecimiento. Y en los tres casos, las consecuencias se subsanan a posteriori: mediante acuerdos climáticos, redistribución y requisitos de información.

Estas medidas correctivas son necesarias y han logrado mucho. Pero solo abordan los síntomas. Mientras la fuerza motriz —la presión por vender más cada año— siga siendo la misma, seguirán yendo a la zaga con un esfuerzo cada vez mayor.

Esto plantea la pregunta obvia: si tanta gente reconoce el problema —científicos del clima, líderes empresariales, políticos, ciudadanos de a pie—, ¿por qué nadie hace nada al respecto? La respuesta es sorprendentemente sencilla y no tiene nada que ver con la codicia ni con la estupidez. Es el tema del próximo capítulo.

Puntos clave en resumen

- Nuestra economía debe crecer para garantizar que el empleo, los préstamos, las pensiones y los presupuestos nacionales se mantengan estables. Quien se detiene, se cae.
- El contenido de CO_2 en el aire está aumentando más rápido que nunca. Estamos logrando, en cierta medida, desvincular el crecimiento de las emisiones, pero el ritmo es demasiado lento a nivel mundial.
- La riqueza se está concentrando cada vez más, y la producción se rige por el poder adquisitivo, no por las necesidades más urgentes.
- Las medidas que está adoptando el Estado para resolver estos problemas están, precisamente, afectando más duramente a las pequeñas y medianas empresas. Los tres límites siguen el mismo patrón.

Volver al índice

4. Por qué estamos estancados

Las bandejas de horno

El comercial había dispuesto las bandejas de horno sobre el banco de trabajo como un joyero expone sus anillos. Acero negro, de tres milímetros de grosor, con los bordes doblados a mano. «Estas le durarán más que a usted», dijo. «Y a su hija también».

Anna pasó el pulgar por el borde. Detrás de ella, en la estantería, estaban las bandejas de aluminio, que se habían deformado al cabo de dos años. Su recubrimiento acabó desprendiéndose en pequeñas escamas grises, y nadie quería saber exactamente dónde acababan. Una bandeja nueva de acero negro costaba trescientos cuarenta euros; una de aluminio, treinta y ocho.

«Ya me pondré en contacto con usted», dijo ella.

* * *

Aquella tarde, se sentó en la pequeña oficina situada detrás de la panadería e hizo algunos cálculos. Llevaba un año que Mira le venía señalando la cantidad de plástico que se vendía en el mostrador: las bolsas con ventanas transparentes, el film transparente que envolvía los panecillos, los vasos para el café para llevar. Si Anna compraba las bandejas y, al mismo tiempo, pasaba a utilizar bolsas de papel, el precio de un kilo de pan subiría unos cuarenta céntimos.

Cuarenta céntimos. La mayoría de los clientes ni se darían cuenta. Algunos sí.

A través de la ventana, miró hacia la esquina de enfrente, donde hasta el otoño pasado había estado la carnicería de Brandl. Ahora brillaba allí el letrero naranja de una cadena de panaderías. Las piezas de masa llegaban congeladas desde una fábrica situada a trescientos kilómetros de distancia y se horneaban en la propia tienda. Allí, un panecillo costaba veintinueve céntimos. En la panadería de Anna, costaba cincuenta y cinco.

* * *

A la mañana siguiente, estaba sentada frente al señor Kessler, de la caja de ahorros. Llevaba doce años ocupándose de ella; al préstamo para el horno de pisos aún le quedaban cuatro años por amortizar.

«Señora Hofmann, voy a ser sincero», dijo él, girando ligeramente la pantalla hacia ella. «Sus cifras son sólidas. Pero llevan tres años estancadas. Cuando hablemos de la financiación de seguimiento en primavera, el departamento de crédito preguntará de dónde se supone que va a venir el crecimiento».

«Yo horneo pan», dijo Anna. «La gente no va a comer más pan solo porque a mí me gustaría que lo hicieran».

«¿Una segunda sucursal, tal vez? ¿Una zona de cafetería? ¿Catering para empresas?». Deslizó un folleto por la mesa hacia ella. Tenía buenas intenciones; ella lo sabía. Pero también tenía unos objetivos que cumplir.

Pensó en las bandejas de horno y no dijo nada al respecto.

* * *

Sevgi se encontró con ella aquella tarde en el patio común, donde ambas tiendas dejaban sus cubos de basura. Sevgi regentaba la cadena de panaderías de enfrente. Estaba arrastrando dos bolsas azules abultadas hacia el cubo.

«¿Todo de hoy?», preguntó Anna.

«Todo de hoy». Sevgi se limpió las manos en el delantal. «La central quiere que el mostrador parezca lleno hasta las siete. Dicen que un mostrador lleno vende mejor. Y tienen razón, claro».

«¿Y si simplemente hornearas menos a partir de las seis?»

Sevgi se rió, pero sin malicia. «Entonces mi volumen de negocio sería inferior al de Hanau. Hanau hornea a pleno rendimiento hasta la hora de cierre. Y quien esté en los últimos puestos de la clasificación no seguirá siendo gerente de la sucursal el año que viene». Se encogió de hombros. «Por cierto, mi sede central también tiene un jefe. La mitad es propiedad de un fondo de pensiones de Canadá. Tiene que pagar las pensiones a los profesores jubilados».

Se quedaron de pie, una al lado de la otra, en silencio durante un rato.

«¿Sabes qué es lo curioso?», dijo Sevgi. «Ninguno de ellos quiere que tire el pan. Y desde luego tampoco los profesores de Canadá».

* * *

A última hora de la tarde, Jonas llamó, como hacía casi todos los jueves. Anna le habló de las bandejas de horno, del señor Kessler y de las bolsas azules de Sevgi.

«Puedes comprar las bandejas de horno», dijo Jonas. «También podrías pasar a usar papel. Así serías la panadera más responsable de la ciudad». Hizo una pausa. «Durante unos tres años».

«Gracias por animarme».

«No pretendo ofenderte, Anna. A nosotros nos pasa exactamente lo mismo. Podríamos fabricar cajas de cambios que duraran treinta años. Nuestros ingenieros sabrían cómo hacerlo. Pero el departamento de compras del fabricante de coches nos descartaría porque la competencia es un doce por ciento más barata… y porque, de todos modos, el coche acaba en el desguace al cabo de diez años. El primero en retirarse queda fuera de la carrera».

«¿Y si todos se retiran al mismo tiempo?».

Jonas se quedó en silencio tanto tiempo que ella pensó que se había cortado la línea.

«Si todos lo hicieran al mismo tiempo —dijo por fin—, entonces no habría ningún problema. De hecho, sería mejor para todos. Pero eso no va a pasar. Ese es el problema».

* * *

Anna apagó la luz de la panadería. En la oscuridad, el folleto con las bandejas de acero negro seguía brillando sobre la mesa.

No era culpa de Sevgi. No era culpa del señor Kessler, ni de los profesores de Canadá, ni de los clientes que tenían que cuidar cada cuarenta céntimos. Tampoco era culpa suya. Cada uno de ellos había hecho exactamente lo que tenía sentido. Y, juntos, eso había dado lugar a algo que ninguno de ellos quería.

Guardó el folleto en el cajón. No en la papelera. En el cajón.

* * *

Lo que le pasó a Anna tiene un nombre

Nadie en la historia de Anna hizo nada malo. El asesor bancario vela por la seguridad del préstamo, la directora de la sucursal por su evaluación de rendimiento, el fondo de pensiones por las pensiones de los profesores, los clientes por su presupuesto familiar... y Anna por la supervivencia de su panadería. Todos actúan de forma racional. Y, sin embargo, al final, el resultado es algo que ninguno de ellos desea: pan en la basura, plástico en el mostrador, bandejas de horno deformadas al cabo de dos años.

La ciencia acuñó un nombre para esta situación hace más de setenta años. Se llama el dilema del prisionero.

La teoría de juegos, una rama de las matemáticas y la economía, examina cómo toman decisiones las personas cuando el resultado depende no solo de ellas mismas, sino también de lo que hagan los demás. Su experimento mental más conocido es el siguiente:

Dos sospechosos son detenidos tras un robo y interrogados por separado. La policía tiene muy pocas pruebas. A cada uno se le ofrece el mismo trato: quien confiese e incrimine al otro quedará en libertad, mientras que el otro deberá cumplir diez años de prisión. Si ambos guardan silencio, las pruebas solo bastan para una condena de un año. Si ambos confiesan, ambos recibirán cinco años.

¿Qué hacen los dos? Para cada uno de ellos, tiene sentido confesar, independientemente de lo que haga el otro. Si el otro guarda silencio, sales en libertad. Si el otro confiesa, sigues cumpliendo cinco años en lugar de diez. Así que ambos confiesan y cumplen cinco años. Si ambos hubieran guardado silencio, habrían cumplido solo un año.

Ese es el quid de la cuestión: cada uno toma una decisión racional por sí mismo y, colectivamente, todos acaban en una situación peor de lo que debería ser. No porque los

implicados sean estúpidos o malintencionados, sino porque nadie puede estar seguro de que los demás vayan a seguirle el juego.

Un equilibrio del que nadie puede escapar por sí solo

El matemático John Nash, cuya vida se retrató posteriormente en la película *Una mente maravillosa*, describió en 1950 por qué estas situaciones son tan notablemente estables (Nash, 1950). Un «equilibrio de Nash» es un estado en el que nadie sale ganando si es el único que cambia su comportamiento. Mientras todos los demás sigan como antes, seguir igual es también la mejor opción para mí.

Es importante señalar que un equilibrio no es lo mismo que una situación favorable. Puede ser muy estable y, al mismo tiempo, muy costoso. Los dos sospechosos se encontraron en un equilibrio de este tipo: cinco años, aunque habría sido posible que fuera solo uno.

Y suele haber más de un equilibrio. Si los dos hubieran podido comprometerse firmemente de antemano a guardar silencio, y si cada uno hubiera confiado en el otro, entonces ese silencio también habría sido estable. La diferencia entre un mal equilibrio y uno bueno no radica, por tanto, en el carácter de los implicados. Radica en si son capaces de coordinar sus acciones.

El dilema en nuestra economía

Aplicado a nuestra economía, queda así:

Anna podría comprar bandejas de horno reutilizables, prescindir del plástico y vender pan que no acabe en la basura. Si todas las panaderías hicieran eso, no habría ningún problema: ninguna sería más cara que las demás. Si ella lo hace por su cuenta, su pan se encarece, algunos de sus clientes se irán a otra parte y el banco le preguntará por el crecimiento en primavera. Así que se ciñe a las viejas costumbres. No por indiferencia, sino porque ir por libre pondría en peligro su panadería.

Lo mismo se aplica a la cadena de panaderías de enfrente, a la fábrica de cajas de cambios de Jonas y a casi todas las empresas. Quien sea el único en renunciar al crecimiento, adoptar métodos de producción más sostenibles o abstenerse de hacer publicidad agresiva pierde cuota de mercado frente a quienes no lo hacen.

Esto también se aplica a las naciones. Un país que sea el único en introducir normativas medioambientales estrictas o altos impuestos a las empresas corre el riesgo de que las empresas se trasladen a otros países. Por eso los acuerdos de protección climática suelen resultar más débiles de lo que la ciencia considera necesario. Ningún jefe de Gobierno quiere ser el primero en imponer una desventaja a su economía.

Y esto se aplica a todos y cada uno de nosotros. Quien quiera trabajar menos horas para tener más tiempo para su familia o para el voluntariado pierde ingresos y, a menudo, también la perspectiva de una pensión digna. Quien compra menos para proteger el

medio ambiente está haciendo lo correcto; pero, si mucha gente lo hace, contribuye a la caída de la facturación y, por tanto, a la precariedad laboral.

Todo el sistema se encuentra, por tanto, atrapado en un equilibrio que consume una gran cantidad de energía y materias primas. Esta energía no solo se destina a satisfacer las necesidades de las personas, sino también, en gran medida, a la propia carrera: al desarrollo paralelo de productos, a la publicidad, a los envases, a bienes que se sustituyen antes de lo necesario. Cada individuo estaría encantado de tener menos de todo ello. Pero nadie puede detenerse por sí solo.

Los economistas conocen desde hace tiempo este mecanismo, conocido, entre otras cosas, como la «tragedia de los comunes» (Hardin, 1968): cada pastor que lleva una vaca más al pastizal comunal obtiene una pequeña ventaja; si todos lo hacen, el pastizal pronto queda destruido. Hoy en día, la Tierra es nuestro pastizal comunal.

La tragedia del empresario

En el capítulo 2 vimos que, en la época de Adam Smith, el interés propio del panadero y el bienestar de sus clientes apuntaban en gran medida en la misma dirección. Quienes horneaban buen pan tenían clientes; quienes horneaban pan de mala calidad los perdían.

Esta coincidencia se ha vuelto ahora frágil en muchos ámbitos. No es porque los empresarios se hayan vuelto más codiciosos que el panadero de Smith. Quien habla con propietarios de pequeñas y medianas empresas suele escuchar algo diferente: quieren fabricar buenos productos, retener a su plantilla y asumir la responsabilidad de su región. Muchos de ellos ven la presión por crecer no como un incentivo, sino como una carga.

La razón radica en las reglas del juego. Hoy en día, una empresa debe hacer algo más que simplemente cubrir sus costes y garantizar el sustento de sus empleados. Debe pagar los préstamos, generar rentabilidad de la inversión y —cuanto más grande sea— cumplir con los rendimientos esperados. En consecuencia, entre la pregunta «¿La gente necesita esto?» y la decisión de producir algo se cuela una segunda pregunta: «¿Se puede vender con beneficios?».

La mayoría de las veces, las respuestas a ambas preguntas coinciden, y entonces el mercado logra cosas extraordinarias. Pero hay dos ámbitos en los que divergen:

En primer lugar, hay cosas que se necesitan con urgencia, pero que no son viables desde el punto de vista financiero. Un medicamento para una enfermedad tropical puede salvar miles de vidas. Como las personas afectadas tienen poco poder adquisitivo, a menudo no se desarrolla. Lo mismo ocurre en muchos ámbitos de la asistencia sanitaria, que se ven sometidos a una presión constante sobre los costes, aunque su valor sea indiscutible.

En segundo lugar, hay cosas que se venden bien pero que contribuyen poco a una vida plena: ropa que se estropea tras unos pocos lavados, aparatos electrónicos que no se pueden reparar, juguetes que acaban en la basura después de Navidad. O cajas de

cambios que se desgastan al cabo de unos diez años, no porque los ingenieros no pudieran hacerlo mejor, sino porque están diseñadas para la vida útil de un coche que, de todos modos, hay que sustituir. Una caja de cambios que durara treinta años le costaría al fabricante los pedidos posteriores. Para asegurarse de que se compren, se necesita publicidad que despierte nuevos deseos.

Un empresario que desafíe esta lógica —fabricando bienes duraderos, diseñando productos reparables y absteniéndose de la publicidad intrusiva— está actuando en el mejor sentido de lo que significa ser un empresario honrado. Sin embargo, no se le recompensa por ello; al contrario, se le coloca en una situación de desventaja competitiva. No se trata de un fallo del mercado en el sentido habitual. El mercado funciona exactamente como está diseñado para hacerlo. Recompensa lo que se vende, y no automáticamente lo que se necesita.

Por qué las buenas intenciones por sí solas no bastan

Si el problema radica en las reglas del juego, los llamamientos a la moral son de poca ayuda. No se puede culpar a Anna por no poner en riesgo su panadería. No se puede exigir que Sevgi arriesgue su trabajo. Los modelos morales son valiosos, pero no cambian el equilibrio; a menudo, simplemente son ellos mismos quienes pagan el precio.

Durante décadas, los responsables políticos han intentado perfeccionar las reglas del juego: mediante la tarificación del CO_2, la legislación sobre la cadena de suministro, los informes de sostenibilidad y los programas de apoyo. Estos instrumentos han logrado mucho y merecen reconocimiento. Pero se topan con dos limitaciones. Por lo general, solo se aplican en países o regiones concretos, lo que da lugar a nuevas formas de eludirlos. Y, como vimos en el capítulo 3, generan una burocracia que afecta con mayor dureza a las pequeñas empresas.

Las propuestas presentadas por el movimiento poscrecimiento —jornadas laborales más cortas, economías circulares regionales, una nueva concepción de la prosperidad— también constituyen un paso en la dirección correcta. Muchas de ellas se volverán a abordar en este libro. El obstáculo al que se enfrentan es el mismo: quienquiera que las ponga en práctica —ya sea un individuo, una sola empresa o un solo país— soporta las desventajas, mientras que los demás siguen como antes.

Por lo tanto, una salida gradual y fragmentada del dilema del prisionero es prácticamente imposible. Quien dé el paso primero, fracasará.

Cómo resolver un dilema: juntos y al mismo tiempo

La buena noticia que nos aporta la teoría de juegos es la siguiente: el dilema del prisionero no es una ley de la naturaleza. Se resuelve por sí solo en cuanto las partes implicadas logran coordinar sus acciones y confían en que todos cumplirán con su parte. La historia demuestra, en un número sorprendentemente elevado de casos, que esto se puede lograr.

El 3 de septiembre de 1967, a las cinco de la mañana, toda Suecia pasó de conducir por la izquierda a hacerlo por la derecha. Habría sido imposible hacerlo de forma gradual —primero los camiones, luego los autobuses y después los coches—. Solo se podía hacer de una sola vez. Los preparativos para el cambio llevaban años en marcha y todo salió sorprendentemente bien. De hecho, el número de accidentes disminuyó en las semanas siguientes, porque todo el mundo conducía con especial precaución.

En 1987, las naciones del mundo acordaron, en el marco del Protocolo de Montreal, eliminar progresivamente y de forma colectiva las sustancias que agotan la capa de ozono. Ningún país habría podido lograrlo por sí solo sin perjudicar a su propia industria. Como todos actuaron al mismo tiempo, no supuso una desventaja para ninguno de ellos. Hoy en día, la capa de ozono se está recuperando.

El 1 de enero de 2002, el euro se introdujo como moneda en efectivo de forma simultánea en doce países. Más de trescientos millones de personas cambiaron su moneda en pocos días. Eso también fue posible únicamente porque ocurrió en todas partes al mismo tiempo.

Estos ejemplos tienen una cosa en común: un equilibrio estable, aunque insatisfactorio, no se abandonó mediante la presión o la persuasión moral, sino a través de una decisión conjunta y simultánea. Posteriormente, el nuevo equilibrio resultó tan estable como el anterior. Hoy en día, ningún sueco vuelve a conducir por la izquierda.

La investigación de Elinor Ostrom sobre los bienes comunes, por la que recibió el Premio Nobel de Economía en 2009, demuestra el mismo principio a menor escala: las personas son perfectamente capaces de liberarse de la «tragedia de los bienes comunes» si pueden dialogar entre sí, acordar normas claras y confiar unas en otras (Ostrom, 1990).

La pregunta que queda en el aire

Al final de la llamada telefónica de Anna, ella plantea la pregunta crucial: «¿Y si todo el mundo se retirara al mismo tiempo?». Jonas responde con sinceridad: «Entonces sería mejor para todos». Pero eso no va a suceder.

Este libro se toma en serio su objeción, al tiempo que se pregunta si sigue siendo válida. Nunca antes el mundo había estado tan estrechamente interconectado como hoy. Las cadenas de suministro, las transacciones de pago y la comunicación ya funcionan a escala mundial en tiempo real. La simultaneidad, que antes era un obstáculo insuperable, ahora es principalmente una cuestión de coordinación.

Los siguientes capítulos exponen exactamente qué habría que acordar, quién podría dar el primer paso y por qué las pequeñas y medianas empresas, en particular, tienen un papel especial que desempeñar en esto. Sin embargo, primero debemos aclarar una cuestión que es mucho más fundamental de lo que parece: ¿para qué sirve realmente la economía?

Puntos clave en resumen

- El problema de nuestra economía no es la codicia de los individuos, sino un dilema del prisionero: todos actúan de forma racional y, colectivamente, acaban en una situación que nadie desea.
- Esta situación es estable porque nadie puede salirse del sistema por su cuenta sin perjudicarse a sí mismo. Esto se aplica a las empresas, a los Estados y a cada individuo.
- Los llamamientos morales y las normas nacionales ayudan, pero llegan a sus límites mientras no todos cumplan con su parte.
- Los dilemas del prisionero pueden resolverse mediante una decisión conjunta y simultánea. La historia ofrece ejemplos de éxito en este sentido.

Volver al índice

Parte II – La idea

5. Para qué sirve realmente la economía

El cálculo

Era poco después de medianoche. El despertador sonaría dentro de tres horas, pero Anna seguía sentada en la oficina situada detrás de la panadería, con los cálculos de costes para el próximo año delante de ella. El asesor fiscal los quería para el viernes.

Un bollo de sésamo. Cincuenta y cinco céntimos.

Había visto esas cifras cientos de veces antes, pero hoy las leía como si estuvieran escritas en un idioma extranjero. Harina: nueve céntimos. Semillas de sésamo, levadura, sal: tres céntimos. Electricidad para el horno: cinco céntimos. Salarios y cotizaciones a la Seguridad Social: veintiún céntimos. Alquiler, seguro, intereses del préstamo del horno: ocho céntimos. Impuestos y tasas. Y al final, un pequeño excedente llamado «beneficio».

Cogió un lápiz y escribió junto a cada línea en qué se gastaba realmente el dinero.

Junto a los salarios, escribió: Svetlana, Tobias, la señora Kern y Mehmet. El alquiler de sus pisos. Comida. La ortodoncia del hijo de Tobias.

Junto a la harina escribió: molino. Y luego, tras pensarlo un momento: molinero, camionero, agricultor. También sus salarios, su alquiler, su comida.

Junto a «energía», escribió: «Servicios públicos municipales». La gente de la central eléctrica, los técnicos que mantienen la red.

Junto a «intereses», escribió: «Caja de ahorros. El señor Kessler. Y los ahorradores cuyo dinero presta el banco. Quizá alguien que ahorra para su jubilación».

Junto a «beneficio», escribió: «yo». Y luego tachó la palabra y escribió con más precisión: «mi alquiler. Mi seguro médico. Un colchón por si se estropea el horno. Algo para mi jubilación, porque, como autónoma, de otra forma no tendría ninguna. Los estudios de Mira».

Se recostó y miró la hoja de papel.

No había ni una sola partida que, en última instancia, no acabara en una persona que dependiera de ella para su sustento. Ni un solo céntimo se esfumaba en el aire. Todo lo que «costaba» un panecillo era el sustento de alguien.

* * *

Se dirigió a la cocina a por un vaso de agua. En la nevera estaban las sobras de la tarta de manzana que había horneado para su cumpleaños. Se cortó un trozo y se lo comió de pie.

Las manzanas eran del huerto de Walter. Nadie había pagado por ellas. El árbol simplemente las había dejado crecer, gracias a la tierra, la lluvia y el sol. Walter las había recogido; ella misma las había pelado. Tampoco nadie había pagado por eso.

Ella había comprado la harina y la mantequilla. Pero incluso en ese caso, pensó, el dinero simplemente había seguido su curso: al agricultor, a la lechería, a la gente que trabajaba allí. Al principio de cada cadena había un campo, una vaca, un árbol. Y no le habían enviado ninguna factura.

Naturaleza y trabajo. Eso era todo lo que había en el pastel.

Pensó en el comentario que Walter había hecho el otro día en el molino: «¿Sabe el mercado cuándo se acaba?». Y, por primera vez, se planteó una pregunta que nunca se le había ocurrido en veinticinco años como panadera:

Si todo lo que cuesta un bollo sirve únicamente para garantizar que quienes lo elaboran puedan ganarse la vida, ¿cuánto costaría un bollo si su sustento ya estuviera asegurado?

Dejó el plato en el fregadero. El cálculo seguía sobre el escritorio. Mañana lo terminaría, como hacía todos los años. Pero apartó la hoja de papel con las notas a lápiz. Quería quedársela.

* * *

La pregunta que subyace al cálculo

Una noche, Anna hizo algo que rara vez ocurre en la administración de empresas: no analizó su cálculo de costes por categoría de coste, sino por a quién va a parar el dinero en última instancia. El resultado fue sorprendentemente sencillo. Cada céntimo que cuesta un panecillo va a parar a las personas que se ganan la vida con ello.

Antes de poder entender qué se deduce de esto, debemos dar un paso atrás y plantearnos una pregunta tan fundamental que casi nadie se la hace en la vida cotidiana: ¿para qué sirve realmente la economía?

El propósito de una economía

Hay una respuesta a esta pregunta en la que tanto los defensores del mercado como los críticos del crecimiento económico pueden estar de acuerdo. El propio Adam Smith la dio en *La riqueza de las naciones*: el consumo es el único propósito de toda la producción. En otras palabras: una economía existe para satisfacer las necesidades de las personas.

Esto significa mucho más que la mera supervivencia. Una vida digna incluye alimentación y vivienda, ropa y salud, pero también educación, movilidad, cultura y cuidados cuando sean necesarios. Y dado que la naturaleza es la base de toda la producción, hay algo más: el abastecimiento debe organizarse de tal manera que siga siendo posible mañana, para nuestros hijos y nietos.

Incluso en el mundo de los libros de texto de economía, el beneficio no es un fin en sí mismo. Es un incentivo, un medio para organizar el abastecimiento de la forma más eficaz posible. Las cosas solo se complican cuando el medio cobra vida propia: cuando la

producción ya no viene determinada por la necesidad, sino que debe inventar nuevas necesidades para poder continuar. Esto se analizó en los capítulos 3 y 4.

Por lo tanto, para juzgar si una economía es buena hay que plantearse dos preguntas: ¿Se satisface adecuadamente a las personas? ¿Y se preservan los fundamentos naturales de la vida? El Producto Interior Bruto no responde a ninguna de estas preguntas.

Dos ingredientes: la naturaleza y el trabajo

Para ver cómo se produce realmente el sustento, resulta útil un ejemplo cotidiano: una tarta de manzana.

A primera vista, es un producto que implica muchos centros de coste: ingredientes, un horno, electricidad, mano de obra. Pero si lo reducimos a lo que realmente lo compone, quedan exactamente dos cosas: la naturaleza y el trabajo.

Las manzanas, la harina y la mantequilla se elaboran a partir de materiales naturales: tierra, agua, minerales y luz solar. Plantar, cosechar, moler, ordeñar, transportar y hornear son actividades humanas. No hay un tercer ingrediente.

El horno tampoco es una excepción. Está compuesto por metal, vidrio y plástico —en otras palabras, materiales naturales— y por el trabajo de los ingenieros, los trabajadores siderúrgicos y los montadores que lo construyeron. Incluso el conocimiento de cómo diseñar un horno es el trabajo condensado de muchas generaciones. Y la organización, la planificación y la asunción de riesgos que llevan a cabo los empresarios también son trabajo —a menudo, un trabajo muy exigente, por cierto—.

Así pues, toda la economía mundial puede reducirse a una sencilla relación: las personas moldean la naturaleza a través de su trabajo. El dinero, los precios y los balances no añaden ni un solo átomo al pastel. Son el marco dentro del cual determinamos quién tiene derecho a qué parte del pastel.

Esto no significa menospreciar el dinero y los precios. Como ha demostrado Hayek, logran cosas notables en términos de coordinación. Pero ayuda verlos como lo que son: una herramienta de la sociedad, no una propiedad inherente a las cosas.

¿Qué son realmente los costes?

Si un pastel se compone únicamente de naturaleza y trabajo, ¿de dónde proceden sus costes?

La naturaleza no emite facturas. Ningún manzano exige dinero por su fruta, ni el sol por su luz, ni ningún yacimiento mineral por haber surgido hace millones de años. Un precio solo surge cuando las personas se apropian de un recurso y exigen dinero a cambio del acceso al mismo.

El filósofo inglés John Locke describió cómo ocurre esto en el siglo XVII. La naturaleza, según Locke, pertenece originalmente a todo el mundo. Solo al combinar el propio trabajo con ella —al recoger la manzana o arar el campo— una persona la convierte en su

propiedad (Locke, 2008). La observación de Locke es acertada: es el trabajo humano el que transforma los materiales naturales en cosas útiles.

¿Y qué hay del trabajo? Tampoco cuesta dinero simplemente porque el trabajo en sí mismo deba costar algo. Cuesta dinero porque las personas que trabajan necesitan ganarse la vida con él. Las notas escritas a lápiz de Anna lo demuestran: detrás de cada partida de gastos se encuentran los medios de vida de las personas: los de los empleados, los agricultores, los instaladores, los ahorradores y la propia Anna.

Esto significa que los costes no son una constante natural como la gravedad. Son el resultado de un orden social en el que cada persona debe pagar con dinero su acceso a la alimentación, la vivienda y las necesidades básicas —y, por lo tanto, debe exigir ese dinero a los demás—.

Lo que queda, no obstante

Llegados a este punto, cualquier economista objetaría con razón: esto no resuelve el problema de la escasez. Y tendría razón.

Lo que aquí se quiere decir no es el dinero, sino el esfuerzo: las horas de trabajo, los materiales y la energía que se invierten en algo —y a lo que renunciamos cuando elegimos una cosa en lugar de otra—. Los economistas se refieren a esto como «costes de oportunidad». Una hora que Anna dedica al cuestionario para proveedores es una hora que no puede pasar en la panadería. Una tonelada de fibra de carbono utilizada en la carrocería de un coche deportivo ya no está disponible para las palas de un aerogenerador. Un bosque que se talan ya no captura CO_2.

Este esfuerzo no desaparece cuando desaparecen los precios. Las horas de trabajo siguen siendo limitadas. Las materias primas siguen siendo limitadas. La capacidad de carga de la naturaleza sigue siendo limitada. Y, como vimos en el capítulo 4 con la «tragedia de los comunes», un recurso que no pertenece a nadie y que no cuesta nada se sobreexplota fácilmente.

Lo que este libro cuestiona, por lo tanto, no es la escasez en sí misma. Cuestiona únicamente su forma monetaria: el hecho de que, hoy en día, todas las decisiones relativas a los recursos escasos estén determinadas por los ingresos y el poder adquisitivo. Cómo reconocer la escasez sin precios y distribuirla de forma justa es una cuestión seria. La responderemos en detalle en los capítulos 7 y 9.

El beneficio como seguridad

Queda el beneficio. Al fin y al cabo, ¿no es algo más que un medio de subsistencia?

Las notas de Anna también ofrecen aquí una respuesta sincera. Sus beneficios cubren el alquiler, el seguro médico, los ahorros para el horno, su pensión y los estudios de su hija. Lo mismo ocurre con la mayoría de los autónomos y las empresas familiares. Lo que desde fuera parece una búsqueda de beneficios es, en el fondo, el comprensible deseo de seguridad en un mundo incierto: para uno mismo, para la familia y para el negocio, que

se espera que siga existiendo mañana. Se podría decir que el beneficio es una forma de seguro contra la ansiedad existencial.

Además, la propia competencia cuesta dinero. Los stands en ferias, mantener una imagen profesional, una tienda atractiva: no son gastos superfluos, sino requisitos imprescindibles para sobrevivir en el mercado. Incluso los superyates y los jets privados, que los críticos suelen presentar como símbolo del lujo de los superricos, sirven a menudo, en última instancia, para cultivar contactos, preparar negocios y mantener cuotas de mercado.

Sin embargo, la economía de mercado no tiene un límite máximo incorporado para la riqueza. Todo lo que va más allá del sustento propio se invierte, con la intención de obtener un rendimiento, y se reinvierte. Esto da lugar a una riqueza que ya no tiene nada que ver con asegurar el futuro. No se trata de un fallo moral por parte de los ricos. Es una característica del sistema, que no conoce ningún mecanismo de freno.

Un experimento mental

Esto nos lleva a la pregunta que Anna se planteó en la cocina a medianoche. Si todos los costes se reducen, en última instancia, a lo necesario para vivir, ¿cuánto costaría un bollo si el sustento de todos estuviera ya asegurado?

La respuesta se desprende de la lógica de este capítulo. La panadera no necesitaría obtener beneficios, porque su sustento y su futuro estarían asegurados. Sus empleados tampoco necesitarían un salario por la misma razón. Ni tampoco el molinero, el agricultor o los servicios públicos municipales. El panecillo no costaría nada —no porque apareciera de la nada, sino porque nadie en toda la cadena necesitaría cobrar más dinero—.

A primera vista, esto parece un truco de magia, pero a pequeña escala forma parte desde hace tiempo de la vida cotidiana. Wikipedia está escrita por cientos de miles de voluntarios y está disponible para todo el mundo de forma gratuita. El cuerpo de bomberos voluntarios apaga incendios sin enviar ninguna factura. Y en todas las familias se sirve cada día una comida por la que nadie paga.

Por supuesto, esto solo funciona si se aplica a todo el mundo al mismo tiempo. Una sola panadería que regalara sus panecillos tendría que seguir pagando la harina, la electricidad y el alquiler, y pronto quebraría. Se trata precisamente del dilema del prisionero del capítulo 4. Cómo podría ser una salida colectiva es el tema de la parte III.

Pero primero, merece la pena examinar más de cerca la economía que ya funciona hoy en día sin precios —y que es más grande de lo que la mayoría de la gente cree—.

Puntos clave en resumen

- El propósito de cualquier economía es satisfacer las necesidades de las personas en armonía con la naturaleza. En este punto, Adam Smith y los críticos del crecimiento económico están de acuerdo.
- Todo lo que se produce está compuesto por la naturaleza y el trabajo humano —incluido el de los ingenieros y los empresarios—. El dinero no añade ni un solo átomo al pastel.
- Detrás de cada partida de costes se encuentran los medios de vida de las personas. Los costes surgen porque todo el mundo debe exigir dinero para ganarse la vida.
- La escasez y el esfuerzo persisten, incluso sin precios. Lo único que se pone en tela de juicio es su forma monetaria. Si el sustento de todos estuviera garantizado, nadie en toda la cadena necesitaría exigir dinero ya —siempre que esto se aplicara a todos al mismo tiempo—.

Volver al índice

6. La mayor economía sin precios

El cálculo de la servilleta

Los domingos a la una había comida en casa de Anna. Así había sido desde que nació Mira, y nadie se habría atrevido a cuestionarlo.

Hoy había rollitos de ternera con col lombarda y bolas de patata. Walter había llegado ya a las once porque el grifo de la cocina llevaba semanas goteando y quería «arreglarlo rápidamente». Ahora estaba medio agachado debajo del fregadero, y de vez en cuando se oía alguna palabrota procedente del armario. Mira puso la mesa. Jonas fue el último en llegar, con una botella de vino tinto y un cuenco de postre que había preparado su mujer, ya que ella misma estaba de guardia en el hospital.

Una vez que todos se sentaron y los platos estaban llenos, Jonas levantó su copa.

«Brindemos por la cocinera», dijo. «Y ahora, sinceramente, Anna. ¿Qué te debo?»

Todos se rieron. Pero Mira, que acababa de colocar su tableta junto al plato, se tomó la pregunta en serio.

«Vamos a calcularlo», dijo. «¿Cuánto costaría esta comida en un restaurante?»

Jonas era controller financiero. No pudo resistirse a un reto como ese. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y cogió una servilleta de papel.

«Cinco personas, tres platos, comida decente. Digamos que ciento cincuenta euros. Más el vino».

«Y luego está el fontanero», dijo Mira, señalando con la cabeza hacia el fregadero. «Recargo de domingo».

«Ochenta euros de tarifa de desplazamiento, como mínimo», dijo Walter desde debajo del fregadero.

«Hacer la compra, poner la mesa, fregar los platos», continuó Mira. «Y mamá cuidó ayer de los hijos de Svetlana durante dos horas porque ella tenía que ir al médico».

«Y la tía Sabine preparó el postre, aunque en realidad debería haber estado durmiendo», añadió Anna.

Jonas tomó nota e hizo algunos cálculos. Luego le dio la vuelta a la servilleta.

«Unos buenos trescientos cincuenta euros», dijo. «Por un domingo».

«¿Y quién pagó todo eso?», preguntó Anna.

Hubo un momento de silencio en la mesa.

«Nadie», dijo Mira.

* * *

Jonas se quedó mirando la servilleta un rato.

«¿Sabéis qué es lo que me molesta de todo esto?», dijo por fin. «No queda registrado en ningún sitio. Si hubiéramos ido todos a un restaurante, la Oficina Federal de Estadística habría contabilizado una producción económica de trescientos cincuenta euros. De esta forma, cuenta como cero. Aunque estamos igual de llenos. Más llenos, para ser sinceros».

«Y estaba más rico», dijo Walter, que para entonces ya había salido de debajo del fregadero y se estaba secando las manos. El grifo había dejado de gotear.

Se sentó y se sirvió una bola de patata.

«En nuestro molino», dijo, «mi madre llevó la contabilidad durante cuarenta años. Redactaba las facturas, llamaba a los granjeros, clasificaba los albaranes. Además de eso, crió a cinco hijos, cuidaba el jardín y se ocupaba de los abuelos. Nunca le pagaron. En los registros siempre ponía: "Propietario: Karl Hofmann"». Sonrió. «Mi padre no habría aguantado ni una semana sin ella. Él también lo sabía. Pero nunca lo dijo».

Mira miró a su abuelo. No había oído esa historia antes.

«Así que la economía de la que todo el mundo habla», dijo Anna lentamente, «es solo la mitad de la economía».

«Quizá la mitad más pequeña», dijo Mira.

Jonas dobló la servilleta y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

«¿Qué vas a hacer con eso?», preguntó Anna.

«Me la voy a quedar», respondió él. «Mañana se la enseñaré a nuestro director financiero».

* * *

El cálculo de la servilleta

El cálculo que Jonas hizo en la servilleta de papel no es exacto, pero pone de relieve algo importante. En un domingo cualquiera, una familia normal prestó servicios por valor de varios cientos de euros: cocinar, hacer reparaciones, cuidar de los niños, fregar los platos. Nadie pagó por ello, nadie extendió una factura, y este domingo no aparece en ninguna estadística económica.

En el último capítulo, nos preguntamos qué pasaría si, en una economía, ya nadie tuviera que pedir dinero. Al principio, la respuesta parece un experimento mental. Sin embargo, hay un ámbito de nuestras vidas en el que eso es precisamente lo que lleva ocurriendo desde hace milenios, y es más amplio de lo que la mayoría de la gente cree.

La segunda mitad de la economía

Cuando hablamos de «la economía», casi siempre nos referimos a la parte en la que el dinero cambia de manos: empresas, puestos de trabajo, volumen de negocio, producto interior bruto. Pero una simple visita al supermercado no llena el estómago de nadie. Hay

que cocinar las verduras, hay que lavar la ropa, hay que consolar al niño y hay que cuidar de la abuela. Los académicos denominan a este trabajo «reproducción social» o «trabajo de cuidados»: todo lo que es necesario para que las personas vivan, se mantengan sanas y puedan volver a trabajar al día siguiente.

No se incluye en el producto interior bruto porque no tiene precio. Cuando un chef prepara una comida en un restaurante, la producción económica aumenta. Cuando Anna cocina la misma comida para su familia, esta permanece inalterada.

Sin embargo, esta economía invisible es enorme. Las encuestas sobre el uso del tiempo realizadas por las Naciones Unidas, la OCDE y la Oficina Federal de Estadística muestran que las personas dedican aproximadamente el mismo tiempo, o incluso más, al trabajo no remunerado que al trabajo remunerado (Destatis, 2016; Rudolf, Reiche y Knobloch, 2023). A esto hay que añadir el voluntariado. En Alemania, casi 29 millones de personas realizan labores de voluntariado: en clubes deportivos, bancos de alimentos, cuerpos de bomberos, centros de cuidados paliativos e iniciativas de ayuda a los refugiados.

¿Cuánto valdría todo este trabajo si tuviera que pagarse? Las estimaciones dependen en gran medida de cómo se realicen los cálculos: si solo se tienen en cuenta los cuidados y el cuidado de los niños, o si también se incluyen las tareas domésticas y el trabajo voluntario, y si se utiliza el salario mínimo o la remuneración que percibiría un trabajador cualificado. La Organización Internacional del Trabajo estima que solo el trabajo de cuidados no remunerado, valorado al salario mínimo, representa alrededor de una décima parte de la producción económica mundial (OIT, 2018). Si se incluye todo el trabajo doméstico y se valora como trabajo remunerado, las estimaciones sitúan la cifra en el 40 % o más. En el caso de Alemania, la Oficina Federal de Estadística ha estimado el valor del trabajo no remunerado en alrededor de un tercio del valor añadido total (Destatis, 2016).

Se mire como se mire: no se trata de un pequeño nicho privado al margen de la economía «real». Es su propio fundamento.

¿Quién mantiene a quién?

Tenemos en mente una imagen muy familiar: alguien va a trabajar, gana dinero y con él «mantiene» a su familia. La imagen no es errónea. Sin esos ingresos, no habría rollitos en la mesa de Anna.

Pero es incompleta. El dinero solo lleva los rollitos hasta la nevera. Es el trabajo que comienza después el que realmente pone la comida en la mesa. Y, a la inversa, nadie podría ir a trabajar por la mañana si alguien no hubiera cocinado, lavado la ropa, cuidado de los niños o los hubiera criado cuando eran pequeños. El trabajo remunerado y el no remunerado son las dos mitades de la misma provisión. Ninguno está subordinado al otro.

A nivel mundial, alrededor de tres cuartas partes de esta segunda mitad la realizan las mujeres (OIT, 2018). La madre de Walter, que llevó la contabilidad del molino durante cuarenta años sin aparecer nunca en el registro mercantil, no es un caso aislado. La teórica feminista Silvia Federici ha demostrado que la economía de mercado trata este trabajo de forma muy similar a como trata a la naturaleza: como un recurso que simplemente está ahí, del que se depende, pero que no aparece en ningún balance (Federici, 2020). La investigadora social australiana Anitra Nelson ha estudiado cómo un sistema de cuidados —que hoy en día funciona únicamente en la esfera privada y sin dinero— podría extenderse a la sociedad en su conjunto (Nelson, 2022).

Cómo funciona esta economía

Lo que llama la atención de la economía del cuidado no es solo su magnitud, sino su lógica interna. Se rige por reglas distintas a las del mercado —y funciona sorprendentemente bien—.

Produce lo que se necesita. Cuando Anna cocina para cinco personas, no cocina para diez solo para generar más ingresos. Si la cocina está limpia, no se vuelve a limpiar solo para crear trabajo. No hay sobreproducción ni publicidad diseñada para crear nuevas necesidades.

Repara en lugar de tirar las cosas. Walter cambia la arandela del grifo en lugar de comprar uno nuevo. En la familia, la durabilidad es algo dado por sentado, porque nadie se beneficia del desgaste.

Se reparte según las necesidades. Al más pequeño se le sirve primero, la abuela enferma recibe más atención y quien tenga hambre se sirve otra bola de patata. A nadie se le ocurriría negarle la comida al abuelo solo porque ya no trabaje.

Y funciona sin coacción. Nadie obliga a Walter a arreglar el grifo, ni a Sabine a preparar un postre después de su turno de noche. Lo hacen por cariño, por sentido de la responsabilidad y, a veces, simplemente por costumbre. Lo mismo ocurre con el bombero voluntario que acude por la noche y con el jubilado que clasifica alimentos en el banco de alimentos.

Por supuesto, esta economía tampoco está exenta de problemas. El trabajo de cuidados puede ser agotador, estar distribuido de forma desigual y generar dependencia. Las familias pueden ser muy unidas y jerárquicas. No se trata de idealizar la situación. Pero el principio básico —un trabajo que se adapta directamente a las necesidades y se realiza sin contraprestación económica— funciona cada día en miles de millones de hogares de todo el mundo.

El ser humano adaptable

La economía se ha basado durante mucho tiempo en el modelo del «Homo economicus»: una persona que busca, por encima de todo, su propio beneficio y responde a los incentivos económicos. Se trata de un modelo útil para muchas cuestiones. Sin embargo,

la economía conductual ha demostrado que, en realidad, las personas suelen actuar de una manera más justa, generosa y cooperativa de lo que supone este modelo (Fehr y Gächter, 2002). Richard Thaler recibió el Premio Nobel de Economía de 2017 por estas ideas.

La economía del cuidado revela algo aún más sorprendente: todos alternamos a diario entre dos roles. Por la mañana, salimos de casa, entramos en el mercado y negociamos, calculamos y comparamos precios. Por la noche, volvemos a casa y cocinamos para la familia sin extender ninguna factura. De vacaciones, en una barbacoa con amigos o al ayudar a los vecinos tras una tormenta, a veces pasamos semanas sin hacer prácticamente ningún cálculo.

Por lo tanto, los seres humanos no son, por naturaleza, ni puros maximizadores de la utilidad ni puros altruistas. Se comportan según lo dicta su entorno. En el mercado calculan; en el seno de la familia, se ocupan de los demás. Esto no es una debilidad, sino una capacidad extraordinaria. Y plantea una pregunta: si el entorno cambia, ¿cambia también el comportamiento?

Por qué este principio nunca traspasó los límites de la familia

Si la economía del cuidado funciona tan bien, ¿por qué su principio nunca se ha aplicado a la economía en su conjunto?

La respuesta la dio Friedrich August von Hayek, a quien conocimos en el capítulo 2. En una familia, todo el mundo sabe lo que se necesita. Se ve que se ha acabado la leche, que el niño tiene fiebre, que el grifo gotea. La información está disponible de inmediato.

En una economía compuesta por millones de personas, las cosas son diferentes. El agricultor no sabe cuántos panecillos se comerán mañana en la panadería de Anna. El fabricante de fibra de carbono no sabe si dentro de tres años sus fibras se necesitarán para carrocerías de coches deportivos o para palas de aerogeneradores. Entre personas que nunca se conocen, se necesitaba un intermediario que les dijera qué se necesita y dónde. Durante siglos, ese intermediario fue el precio. Por eso, el principio del cuidado mutuo se mantuvo confinado al pequeño círculo en el que las personas se conocen entre sí.

Sin embargo, es precisamente aquí donde algo fundamental ha cambiado en las últimas décadas. Cómo la información sobre la demanda puede fluir ahora a grandes distancias incluso sin un precio —y por qué esto no significa una economía planificada— es el tema del siguiente capítulo.

Puntos clave en resumen

- Junto a la economía remunerada, existe una segunda economía no remunerada: la cocina, los cuidados, la crianza de los hijos, las reparaciones, el voluntariado. Es al menos tan extensa como el trabajo remunerado, pero no aparece en el producto interior bruto.

- El trabajo remunerado y el no remunerado son las dos mitades de un mismo todo. Aproximadamente tres cuartas partes de la mitad no remunerada la realizan las mujeres.
- La economía del cuidado produce en función de las necesidades, repara en lugar de desechar y distribuye sin precios —cada día, en miles de millones de hogares—.
- Las personas alternan a diario entre el cálculo y el cuidado. Hasta ahora, el principio del cuidado se ha mantenido confinado a un círculo reducido porque la información sobre las necesidades solo podía recorrer largas distancias a través de los precios.

Volver al índice

7. De las señales de precios a la coordinación directa

La nueva caja registradora

El nuevo sistema de caja registradora llevaba tres semanas guardado en su caja hasta que Jonas se pasó un sábado por la tarde para instalarlo. Anna había admitido que ni siquiera había abierto el manual.

«No es solo una caja registradora», dijo Jonas mientras tendía los cables debajo del mostrador. «Es un sistema de gestión de inventario. Sabe lo que vendes, lo que tienes en stock y cuándo te estás quedando sin existencias».

«Eso ya lo sé».

«Sí. Pero tú lo sabes a las cuatro de la madrugada, cuando miras en el saco de harina. El sistema lo sabe con tres días de antelación». Tecleó en la pantalla. «Mira esto. Estoy introduciendo: si quedan menos de doscientos kilos de harina de trigo tipo 550, se envía automáticamente un pedido al molino. Doscientos kilos, entrega pasado mañana».

«¿Y el precio?»

«Eso figura en tu contrato de suministro. Lo negocias con el molino una vez al año. El resto del año, las máquinas se encargan simplemente de las cantidades».

Anna se sentó en el taburete detrás del mostrador. «¿Para vosotros es lo mismo?»

Jonas se rió. «Llevamos veinte años haciéndolo así. Se llama Kanban; lo inventaron los japoneses de Toyota. Si se agota una caja de engranajes en la cadena de montaje, se envía una señal al departamento de producción. Ellos fabrican nuevos engranajes. Si al departamento de producción se le acaba el acero, se envía una señal a la acería. Y la acería puede ver en nuestro sistema cuántas cajas de cambios queremos fabricar en los próximos seis meses, y planifica en consecuencia».

«¿Y quién decide todo eso?»

«En realidad, nadie». Jonas se encogió de hombros. «El sistema hace una sugerencia, un planificador la revisa y ya está. En doce años, nunca he visto a nadie cambiar el precio de un engranaje porque se hubiera quedado vacía una caja».

Anna pensó en los gráficos de las páginas bursátiles del periódico, que siempre fluctuaban. «Creía que el mercado regulaba todo eso a través de los precios».

«El mercado decide quién se lleva el contrato», dijo Jonas. «Una vez al año. Las operaciones diarias se rigen por los volúmenes». Se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones. «Para ser sincero, desde dentro, una gran empresa es una economía planificada que funciona bastante bien. Pero no se lo digas a mi junta directiva».

* * *

Mira se pasó por allí sobre las cinco para recoger una barra de pan y miró el nuevo sistema con recelo.

«¿Adónde van los datos?», preguntó.

«A la nube», respondió Jonas. «Así Anna también puede ver las cifras en su móvil».

«¿La nube de quién?»

Jonas consultó el manual. «Un proveedor de California».

«¿Y qué hacen con los datos? ¿Con todos los datos de ventas de todas las panaderías que utilizan este sistema?».

Jonas pasó la página. Luego leyó en voz alta: «... para mejorar nuestros servicios y elaborar análisis de mercado anonimizados para nuestros socios».

«Así que los están vendiendo», dijo Mira. «Ahora saben mejor que cualquier gremio de panaderos cuántos panecillos se consumen en esta ciudad. Y pueden vender esa información a la cadena de panaderías».

Reinaba el silencio en la panadería. El mensaje «Conexión establecida» parpadeaba en verde en la pantalla.

«La tecnología es brillante», dijo Anna por fin. «La única pregunta es: ¿quién es el propietario?»

* * *

Lo que sabe la caja registradora

El nuevo sistema de caja registradora de Anna hace algo aparentemente sencillo que reviste gran importancia para este libro: garantiza que se reponga la harina antes de que se agote. No necesita un precio para hacerlo. Solo necesita un dato: aquí se necesita harina, esta cantidad, hasta entonces.

Al final del último capítulo, quedó una pregunta en el aire. La economía del cuidado dentro de las familias funciona sin precios porque todo el mundo puede ver lo que se necesita. En una gran economía nacional, esto ha sido imposible hasta ahora. Por eso se necesitaba el precio como intermediario. La pregunta ahora es: ¿sigue siendo así hoy en día?

Para responder con sinceridad, primero debemos tomarnos en serio la objeción más contundente que se plantea contra cualquier economía sin precios.

La objeción de Hayek

En el capítulo 2, conocimos a Friedrich August von Hayek. Su argumento puede dividirse en tres partes, y las tres merecen una respuesta.

En primer lugar: el conocimiento de una economía se distribuye entre millones de personas. Nadie puede recopilarlo todo. El precio consolida este conocimiento en una única cifra y lo transmite (Hayek, 1945).

En segundo lugar: el precio no solo indica que algo es necesario, sino también con qué urgencia se necesita y cuán escaso es en comparación con otros bienes. Permite sopesar las alternativas. ¿Debería destinarse la escasa fibra de carbono a carrocerías de coches deportivos o a palas de aerogeneradores? El precio responde a este tipo de preguntas sin que nadie tenga que plantearlas. Ya en 1920, el mentor de Hayek, Ludwig von Mises, había argumentado que una economía sin precios no podría realizar tales comparaciones en absoluto (Mises, 1920).

En tercer lugar: la competencia es un «proceso de descubrimiento» (Hayek, 1968). Solo a través de la competencia queda claro qué producto, qué proceso o qué idea es la mejor. Nadie puede saberlo de antemano, ni siquiera un organismo gubernamental.

Las economías planificadas del siglo XX fracasaron precisamente en estos tres puntos. Sus autoridades de planificación no sabían qué se necesitaba ni dónde. Carecían de un criterio útil para sopesar las opciones. Y reprimían las desviaciones y la experimentación. Cualquiera que proponga hoy una alternativa al mercado debe demostrar que ha comprendido esta lección.

¿Qué ha cambiado desde 1945?

Cuando Hayek escribió su ensayo, no había ordenadores en las empresas, ni lectores de códigos de barras en las cajas registradoras, ni Internet. La información se transmitía por carta, teléfono y télex. En esas condiciones, el precio era, efectivamente, la señal más rápida y precisa de que disponía una sociedad.

Hoy en día, la situación es diferente. En 1974 se escaneó por primera vez un código de barras en la caja de un supermercado de Ohio: un paquete de chicles. Desde entonces, todos los minoristas saben en tiempo real lo que están vendiendo. Los sistemas de gestión de inventario reponen automáticamente las existencias, los robots de almacén informan de los niveles de stock y los sensores de las máquinas indican cuándo hay que sustituir una pieza de recambio. El método Kanban, desarrollado por Toyota en la década de 1950 y descrito por Jonas en la escena, controla ahora el flujo de materiales en casi todas las fábricas del mundo, basándose en cantidades, no en precios.

Esto no refuta la primera parte de la objeción de Hayek, pero sí la ha desplazado. Hoy en día, el conocimiento disperso ya no necesita comprimirse en una sola cifra para recorrer largas distancias. Puede transmitirse directamente, con total precisión y en cuestión de segundos: no «la harina se ha encarecido», sino «a esta panadería le faltarán doscientos kilos de harina de trigo tipo 550 pasado mañana».

Islas sin precios

Una idea que puede sorprender a los defensores del mercado proviene de uno de los suyos. En 1937, el economista británico Ronald Coase se preguntó por qué existen las empresas (Coase, 1937). Si el mercado se coordina tan bien, ¿por qué cada etapa del proceso de producción no compra simplemente lo que necesita a su vecino? Su respuesta: porque el propio proceso de coordinación a través de los precios conlleva costes —negociar, comparar, redactar contratos—. Por lo tanto, dentro de una empresa, la coordinación se lleva a cabo directamente, en lugar de a través de los precios. Coase recibió el Premio Nobel de Economía en 1991 por esta idea.

Jonas lo expresó de forma un poco más coloquial en la escena: una gran corporación es, desde dentro, una economía planificada que funciona bastante bien. Las corporaciones globales con cientos de miles de empleados y cadenas de suministro que abarcan todos los continentes coordinan sus procesos internos en términos de volúmenes, plazos y capacidades. El precio suele desempeñar allí un papel meramente marginal: en las compras y ventas externas.

Esto ilustra dos cosas. La coordinación directa a gran escala no es una fantasía, sino una realidad cotidiana. Y funciona especialmente bien cuando se organiza de forma descentralizada y cuando las personas sobre el terreno tienen margen para tomar decisiones.

Lo que también consigue el precio

Esto nos lleva a la segunda y más difícil parte de la objeción de Hayek: el equilibrio. Un pedido de doscientos kilos de harina indica lo que se necesita. Pero, ¿qué ocurre si no hay suficiente harina para todos? ¿Quién la recibe primero?

El mercado responde a esta pregunta a través de la disposición a pagar. Quien ofrezca más tiene prioridad. Esto es eficiente, pero no siempre sensato. Si un componente electrónico escaso lo necesitan simultáneamente un fabricante de máquinas de diálisis y un fabricante de consolas de videojuegos, se lo queda quien tenga los márgenes de beneficio más altos —no aquel cuyos clientes morirán si no lo tienen—.

En una economía sin precios, esta disyuntiva debe resolverse de forma consciente. Puede parecer una carga, pero en muchos ámbitos forma parte desde hace tiempo de la vida cotidiana. Los órganos donados no se subastan, sino que se asignan según la urgencia y criterios médicos. En urgencias, un infarto tiene prioridad sobre un esguince de tobillo. En caso de escasez de agua, el agua potable y los hospitales tienen prioridad sobre el riego del césped.

Para una economía nacional, esto significaría que la señal única del «precio» sería sustituida por varias señales que ya se miden en la actualidad. ¿Cuánta energía, materia prima y mano de obra se invierten en un producto? ¿Cuánto CO_2 se produce? ¿Qué volumen tienen las reservas y con qué rapidez se reponen? A esto se suman las normas de

prioridad establecidas democráticamente por la sociedad: lo esencial tiene prioridad sobre lo superfluo, los bienes duraderos sobre los de corta duración. Y, sobre todo, el criterio de la población local: el molinero que se da cuenta de que su grano no bastará para todos y consulta con los agricultores.

Esto no siempre irá sobre ruedas. Habrá errores, retrasos y disputas. Pero los precios también son falibles: en las burbujas especulativas, en los ciclos del cerdo, en los alquileres que ya nadie puede permitirse. La cuestión no es si un sistema es perfecto, sino si se adapta mejor a los retos de nuestro tiempo.

¿Y qué hay del tercer argumento de Hayek: la competencia como proceso de descubrimiento? El descubrimiento no se produce únicamente a través de la competencia. Wikipedia, Linux y la ciencia abierta demuestran que la colaboración también es un proceso de descubrimiento —a menudo incluso más rápido—, porque las buenas ideas no tienen por qué mantenerse en secreto. Volveremos sobre esto en el capítulo 12.

No hay mercado, pero tampoco hay una autoridad central

Llegados a este punto, hay que aclarar un malentendido. Lo que aquí se describe no es una economía planificada. No hay ninguna oficina de planificación, ni plan quinquenal, ni autoridad que dicte cuántos panecillos debe hornear Anna.

La diferencia radica en el enfoque. La economía planificada pensaba de arriba abajo: una agencia determinaba qué se debía producir y las empresas tenían que acatarla. La coordinación directa piensa de abajo arriba: las personas, los hogares, las autoridades locales y las empresas comunican sus necesidades, y la producción se adapta a ellas. Las decisiones se toman allí donde se encuentra el conocimiento: en la panadería, en el molino, en la granja.

Por cierto, ya hubo un primer intento en esta dirección. Entre 1971 y 1973, el cibernético británico Stafford Beer desarrolló en Chile el proyecto «Cybersyn», que conectaba a las empresas con un centro de coordinación a través de máquinas de teletipo. Fracasó debido a las limitaciones de la tecnología de la época y se vio interrumpido por el golpe militar de 1973. Lo que entonces apenas era posible mediante máquinas de teletipo, ahora se puede hacer con cualquier smartphone.

El papel de la inteligencia artificial

La inteligencia artificial puede desempeñar un papel importante en una red de este tipo. Es capaz de reconocer patrones en millones de informes de demanda, predecir cuellos de botella antes de que se produzcan y sugerir rutas con el menor consumo de energía y materiales. Hoy en día, se utiliza principalmente para optimizar la publicidad, ajustar los precios de forma dinámica y captar la atención. La tecnología en sí misma es neutra. Lo que importa es para qué se utiliza.

La jerarquía es importante en este sentido: la IA hace sugerencias, los seres humanos toman las decisiones. Es una herramienta de coordinación, no un sustituto del buen juicio y la responsabilidad democrática.

¿Quién controla los algoritmos?

La pregunta de Mira en la escena es válida y quizá sea la más importante de este capítulo. Quien controla los datos y los algoritmos tiene el poder. Incluso hoy en día, un puñado de empresas de plataformas saben más sobre nuestro comportamiento de compra que cualquier gobierno. Una economía coordinada directamente a través de los datos no debería poner este poder en manos de unos pocos.

Esto requiere medidas de protección. Cinco de ellas son especialmente importantes:

En primer lugar, la eliminación del afán de lucro. Quienes no pueden obtener beneficios de los datos tienen menos motivos para hacer un uso indebido de ellos. La investigación sobre el comportamiento demuestra que los incentivos económicos suelen tender a reprimir, más que a fomentar, el comportamiento cooperativo (Frey y Jegen, 2001).

En segundo lugar, la transparencia. Los programas que coordinan la oferta deben ser de acceso abierto y sus decisiones deben ser trazables. La investigación sobre la «IA explicable» está dando grandes pasos en este ámbito (Samek, Montavon, Vedaldi, Hansen y Müller, 2019). Los modelos de IA abiertos ya están demostrando hoy en día que los sistemas de alto rendimiento no tienen por qué ser secretos.

En tercer lugar, la descentralización. En lugar de un ordenador central, necesitamos muchos nodos regionales que trabajen juntos. Una red compuesta por muchas partes independientes es mucho más difícil de secuestrar que un único nodo central.

En cuarto lugar, el control democrático y la rotación. No son los programadores quienes determinan las reglas según las cuales los sistemas toman decisiones, sino la sociedad. Quienes gestionan los sistemas lo hacen de forma temporal. Elinor Ostrom ha demostrado que los recursos de uso común se gestionan con éxito cuando existen reglas claras, participación y un control efectivo (Ostrom, 1990).

En quinto lugar, menos escasez artificial. La corrupción surge sobre todo allí donde se distribuyen recursos escasos. Cuando el suministro está garantizado, hay menos incentivos para manipular el proceso de distribución.

Ninguna de estas salvaguardias es una solución infalible. Persiste un riesgo residual, y la vigilancia sigue siendo una tarea permanente. Pero esto también se aplica al sistema actual, en el que el poder sobre los datos ya está distribuido de forma muy desigual. Como dice Anna: «La tecnología es brillante. La pregunta es: ¿quién es su propietario?».

Puntos clave en resumen

- La objeción de Hayek a una economía sin precios consta de tres partes: el conocimiento disperso, las compensaciones ante la escasez y la competencia como proceso de descubrimiento. Las tres deben tomarse en serio.
- Hoy en día, el conocimiento puede compartirse sin un precio. Los sistemas de gestión de existencias, el Kanban y los mecanismos de control interno de las grandes empresas ya se coordinan en función de las cantidades, en lugar de los precios.
- Las decisiones ante la escasez deben tomarse de forma consciente sin precios, basándose en la urgencia, en parámetros físicos y en prioridades determinadas democráticamente. Esto supone un reto, pero ya forma parte de la vida cotidiana en muchos sectores.
- La coordinación directa no es una economía planificada: funciona de abajo hacia arriba. La IA puede ayudar en este sentido, pero requiere apertura, descentralización y control democrático.

Volver al índice

Parte III – La transición

8. La salida colectiva

El posavasos

Como cada año, la reunión de otoño de la Cámara de Oficios se celebró en el salón principal de la Kolpinghaus. Ciento ochenta sillas, un atril y bocadillos envueltos. Anna se dio cuenta de un vistazo de que procedían de una gran panadería.

El tema de la velada era «Reducción de la burocracia en los oficios: ¿en qué punto nos encontramos?». El presidente de la Cámara, un simpático maestro techador, informó sobre las conversaciones mantenidas con el Ministerio, sobre las simplificaciones en los requisitos de documentación y sobre una nueva plataforma en línea para la solicitud de subvenciones. Hubo un aplauso cortés.

A continuación, se abrió el turno de palabra. Un maestro electricista se quejó de los informes de pruebas. Una peluquera se quejó de la obligación de presentar recibos. Un carpintero se quejó de que llevaba un año sin poder encontrar un aprendiz. El presidente asintió, tomó notas y prometió tener en cuenta todas las aportaciones.

Anna no tenía intención de decir nada. Pero cuando el presidente preguntó si había algún otro comentario, se levantó antes de que pudiera cambiar de opinión.

«Anna Hofmann, de la Panadería Hofmann», dijo. «Tengo una pregunta que quizá resulte un poco inusual».

El presidente le dedicó una sonrisa de ánimo.

«Cada año hablamos de cómo aligerar un poco la carga. Un formulario menos por aquí, un examen menos por allá. Y, sin embargo, cada año hay más. Me pregunto si nos estamos planteando la pregunta equivocada». Respiró hondo. «¿Y si todos dejáramos de emitir facturas al mismo tiempo? Todas las empresas. En todas partes. El mismo día».

Hubo un momento de silencio. Entonces, alguien de la tercera fila se rió, y la risa se extendió, bonachona, un poco avergonzada. El presidente se rió con ellos.

«Señora Hofmann, eso sí que sería el fin de la burocracia», dijo. «Y probablemente también el fin de la Cámara».

Más risas. Anna se sentó y sintió que se le sonrojaba la cara.

Pero entonces un anciano se levantó en la última fila. Anna no lo reconoció hasta que habló. Era el señor Brandl, cuya carnicería había estado frente a su panadería hasta el otoño pasado.

«Llevo cuarenta años haciendo salchichas», dijo. «Buenas salchichas. Cerré porque ya no podía permitirme los gastos de refrigeración y porque el supermercado de descuento vende sus salchichas a mitad de precio». Miró a su alrededor en la sala. «Si alguien me hubiera dicho entonces: “Mañana, nadie volverá a extender facturas —ni usted, ni sus proveedores, ni su casero”—, no lo habría dudado ni un segundo».

Esta vez, nadie se rió.

* * *

Tras la reunión, algunas personas seguían allí de pie en el aparcamiento, como siempre. El carpintero. La peluquera. El señor Brandl. Y una joven a la que Anna no conocía y que se presentó como Lea. Dirigía una pequeña empresa de informática con seis empleados que desarrollaba software para negocios artesanales, y había acudido como invitada.

«El problema no es que no vaya a funcionar», dijo el carpintero. «El problema es: ¿quién va a dar el primer paso? Si yo regalo mis mesas por mi cuenta, estaré en bancarrota en tres meses».

«Nadie va a ser el primero», dijo Lea. «Ahí está el quid de la cuestión».

Todos la miraron.

«¿Has oído hablar del crowdfunding? Todo el mundo se compromete a donar dinero. Pero el dinero solo se recibe cuando un número suficiente de personas se ha comprometido a aportar. Si no, no pasa nada y nadie sale perdiendo». Se encogió de hombros. «Podríamos hacer lo mismo. Cada empresa dice: "Me apunto, pero solo si todos los demás también lo hacen". Así nadie es el primero. Todos se suman al mismo tiempo».

El señor Brandl sacó del bolsillo de la chaqueta un posavasos —que, evidentemente, se había traído de la mesa de los clientes habituales— y un bolígrafo.

«Pues bien», dijo, mientras escribía su nombre en él. Debajo, entre paréntesis: «solo si todos lo hacen».

Le pasó el posavasos a Anna.

* * *

La pregunta que hace reír a todo el mundo

La pregunta que Anna formula en la reunión de la cámara parece absurda a primera vista, y las risas en la sala son comprensibles. Sin embargo, es la consecuencia lógica de todo lo que hemos visto hasta ahora. En el capítulo 4, nos dimos cuenta de que nuestra economía se encuentra atrapada en un dilema del prisionero del que nadie puede escapar por sí solo. En el capítulo 5, vimos que detrás de todos los costes se esconden los medios de vida de las personas. En el capítulo 6, vimos que una economía sin precios funciona a pequeña escala cada día. Y en el capítulo 7, vimos que, hoy en día, la información sobre la demanda se transmite incluso sin un precio.

Lo que falta es dar el paso de la comprensión a la puesta en práctica. De eso trata este capítulo.

El círculo que se cierra

El capítulo 5 concluía con un experimento mental: si el sustento de todos estuviera asegurado, nadie tendría que pedir dinero nunca más. El problema es que esta condición depende, a su vez, de los precios. Es un círculo, y podemos seguir su trazado a través de los panecillos de Anna.

El agricultor vende su cereal porque necesita dinero para alimentar a su familia. El molinero vende su harina porque tiene que pagar el cereal y ganarse la vida. Anna vende sus panecillos porque tiene que pagar la harina, la electricidad y los salarios. Y sus clientes —incluidos el agricultor y el molinero— tienen que trabajar para poder pagar los panecillos.

Ahora demos la vuelta al ciclo:

Si todos los productos de primera necesidad estuvieran disponibles de forma gratuita, el sustento del agricultor estaría asegurado. Ya no necesitaría vender su cereal y podría simplemente regalarlo.

Si el grano fuera de libre acceso y el molinero también tuviera lo necesario, ya no tendría que asumir ningún gasto. Podría regalar su harina.

Si la harina fuera gratuita, al igual que la electricidad y el alquiler, y el personal de Anna tuviera lo necesario, Anna podría regalar sus panecillos.

Y como los panecillos y todos los demás bienes serían gratuitos, el sustento de todos estaría asegurado, incluido el del agricultor. El círculo se cierra. Lo que surge al final es exactamente lo que se necesita al principio.

No se trata de una falacia, sino de una condición: el ciclo solo funciona si se cierra en todos los puntos simultáneamente.

Por qué solo funciona de forma simultánea

El carpintero del aparcamiento tiene razón. Si regalara sus mesas por su cuenta, seguiría teniendo que pagar la madera, el alquiler del taller y los salarios. Estaría en quiebra en tres meses. Si solo un sector o una región diera este paso, ocurriría lo mismo, solo que más lentamente: los productos fluirían hacia donde aún pudieran venderse, y las empresas seguirían teniendo que pagar las materias primas y los insumos intermedios procedentes del exterior.

Este es el dilema del prisionero del capítulo 4 en su forma más pura. Una eliminación gradual es prácticamente imposible. El primero en dar el salto es el que cae.

Sin embargo, en el capítulo 4 también vimos cómo se resuelven estos dilemas: mediante una decisión conjunta y simultánea. Suecia no pasó a conducir por la derecha calle a calle, sino a las cinco de la mañana de un mismo día. A partir de entonces, el nuevo equilibrio fue tan estable como el anterior. Lo mismo se aplica aquí. Si el círculo se cierra en todos los puntos simultáneamente, nadie tendrá motivo alguno para volver al antiguo

orden. ¿Quién volvería a pedir dinero por sus panecillos si él mismo obtuviera todo lo que necesita —y nadie tuviera ya dinero para pagar?

¿Quién podría dar el primer paso?

Las ideas anteriores sobre una transformación fundamental de la economía se basaban en la clase trabajadora, en la revolución o en que el Estado se hiciera cargo de las empresas. Ninguno de estos caminos se ha seguido en los países desarrollados durante los últimos cien años, y ninguno se propone aquí. No se trata de expropiación, ni tampoco de derrocamiento.

La propuesta que se plantea en este libro parte de un punto diferente: la libertad empresarial. Nadie puede obligar a un empresario a aspirar al mayor beneficio posible. Muchos preferirían distribuir sus productos según las necesidades; simplemente no lo hacen hoy en día porque, de lo contrario, no podrían pagar sus propias facturas. Si todo el mundo renunciara a ello al mismo tiempo, esa razón dejaría de aplicarse. Sin embargo, para que tal renuncia colectiva sea legalmente posible, se requiere un marco político —más sobre esto en el capítulo 10—.

Las pequeñas y medianas empresas podrían desempeñar un papel especial en este sentido. Proporcionan a la gente bienes de primera necesidad: pan, reparaciones, cuidados, servicios de construcción, software. Sus propietarios son libres de tomar decisiones sin tener que rendir cuentas ante los accionistas. Como vimos en el capítulo 3, se ven sometidos a una presión cada vez mayor por parte de la burocracia y la competencia. Y muchos de ellos no se ven a sí mismos como inversores, sino como personas que quieren hacer un buen trabajo y asumir la responsabilidad de su plantilla y de su región.

Para ellas, dar este paso juntas no supondría un sacrificio. En el mismo momento en que renunciaran a los ingresos, también cesarían todos los gastos: se acabarían los salarios, el alquiler, los costes de las materias primas, los impuestos, los intereses y las cuotas de los préstamos. No habría miedo a la insolvencia, ni a la adquisición por parte de un competidor, ni reuniones con el banco para hablar del aumento de la facturación. Lo que quedaría sería la verdadera tarea empresarial: fabricar buenos productos y velar por el bienestar de las personas. El señor Brandl lo expresó con sus propias palabras: no habría dudado ni un segundo.

A esto se suma el hecho de que las pequeñas y medianas empresas están bien organizadas. Las cámaras de oficios, los gremios, las asociaciones y las cooperativas agrupan a millones de empresas. Son los foros naturales en los que se podría celebrar ese debate y preparar una decisión conjunta.

¿Y qué hay del resto?

Por supuesto, el sector de las pymes por sí solo no basta. Para que el círculo se cierre, cada eslabón de la cadena debe desempeñar su papel: los propietarios de las materias primas, los arrendadores, los proveedores de energía, las grandes empresas y los bancos.

El mismo razonamiento se aplica a todo el mundo. Un propietario cobra un alquiler porque se gana la vida con ello o porque le garantiza su jubilación. Si su sustento está asegurado por otros medios, el alquiler pierde su razón de ser. Un propietario de materias primas vende su mineral porque se gana la vida con ello. Si su sustento ya está asegurado, puede ponerlo a disposición del público en general. Los empleados de las grandes empresas, sus directivos y los millones de pequeños inversores que son propietarios de estas empresas también son personas cuyo sustento quedaría entonces asegurado.

En el caso de las grandes fortunas, la cuestión es más compleja. Cualquiera que hoy posea más de lo que podría consumir en muchas vidas perdería, con el fin de los precios, un estatus al que está acostumbrado. No debemos pretender que esto resultaría fácil para todo el mundo. Pero aquí también se aplica el mismo principio: lo que esta riqueza realmente pretende proporcionar —seguridad, acceso a todo lo que uno necesita, libertad frente a las preocupaciones— quedaría garantizado para todos, incluidos aquellos que antes eran ricos. Y, como vimos en el capítulo 4, incluso los ganadores del sistema actual suelen ser prisioneros de sus limitaciones.

No obstante, habrá personas que sigan sin estar convencidas. Eso ocurre con cualquier cambio importante. Lo que importa no es que cada individuo esté de acuerdo, sino que las cadenas de suministro en su conjunto lo acepten.

Nadie tiene por qué ser el primero

Esto nos lleva a la pregunta del carpintero: ¿quién dará el primer paso? La respuesta que Lea da en el aparcamiento se basa en la teoría de juegos y ha demostrado su eficacia en la práctica.

Los economistas lo denominan «contrato de garantía» (en inglés, assurance contract) (Bagnoli y Lipman, 1989). Cada participante asume un compromiso vinculante de participar, pero dicho compromiso solo se aplica si un número mínimo especificado de participantes también se compromete. Si no se alcanza el umbral, no ocurre nada y nadie sale perdiendo. Si se alcanza, todos actúan simultáneamente. Las plataformas de financiación colectiva, a través de las cuales se financian miles de proyectos cada año, se basan en este principio.

La ventaja es fundamental: nadie tiene que ser el primero. Nadie asume el riesgo de ir por libre. El dilema del prisionero pierde su terror porque la pregunta «¿Y si los demás no se suman?» se responde antes de que nadie actúe.

Para una salida colectiva, esto significaría que las empresas, los propietarios de materias primas, los arrendadores y todos los demás asuman un compromiso condicional —incluidos los gobiernos, que deben establecer el marco legal para la fecha de transición—. Estos compromisos se contabilizan públicamente. Solo cuando los compromisos abarquen la totalidad de las cadenas de suministro mundiales se fijará una fecha de transición. El día puede prepararse mientras se recogen los compromisos: al igual que en Suecia en 1967, con un amplio debate público, con planes para las primeras semanas y con acuerdos claros sobre qué áreas de suministro no deben fallar bajo ninguna circunstancia. La fecha de transición en sí, en cambio, solo debería anunciarse poco antes; el siguiente apartado explica por qué.

Esto no se puede lograr en cuestión de meses. Es un proceso que puede llevar años. Pero el mundo interconectado de hoy lo hace posible. Lo que antes habría fracasado debido a la mera imposibilidad de llegar a millones de empresas en todos los continentes es ahora una cuestión de plataformas, traducciones y confianza.

Una perspectiva ilusionante

Un cambio así solo puede salir bien si no lo sostienen únicamente las empresas, sino también las muchas personas que trabajan en ellas y compran en ellas cada día. Muchas de ellas viven hoy el futuro como una amenaza. Los alquileres suben, las pensiones son inseguras, los veranos son cada vez más calurosos. Algunas se retiran, otras se han rendido, otras votan por rabia a partidos que prometen aislamiento y soluciones simples.

En los años anteriores a 1989 había un ambiente parecido. En los países del bloque del Este, las estanterías estaban cada vez más vacías y las fábricas, más viejas. Al mismo tiempo, cada noche la gente veía las imágenes de Occidente: escaparates llenos, vacaciones en el mar, el marco alemán. Muchos se habían despedido interiormente del viejo sistema hacía tiempo. Solo que no lo decían en voz alta, hasta que vieron que sus vecinos pensaban lo mismo. Entonces todo fue muy rápido (Kuran, 1991).

Lo que falta hoy es una imagen así. La economía de suministro directo podría ofrecerla. ¿Qué haría más feliz a la gente: una tarde de sábado en el centro comercial o la perspectiva de no tener que volver a pagar nunca un alquiler? Lo que uno necesita para una buena vida –comida, una vivienda, el médico, los cuidados para los padres– lo recibe como un regalo. Y no solo aquí: también la familia de Lagos, la campesina de Bolivia, el obrero de Bangladés.

No es una promesa de una «vida mejor» con cada vez más cosas. Es una promesa más modesta y más honesta: que nadie tenga que temer perder su sustento. No deberíamos repetir el error de 1989. Entonces se prometieron «paisajes florecientes» en poco tiempo, y la decepción sigue presente hoy. Al principio habrá tropiezos. Pero los cimientos estarían puestos.

Una imagen así también ayuda a las empresas. Si mucha gente espera ese día con ilusión, resulta más fácil dar el compromiso condicional. Y como no hay que construir nada

nuevo, todo puede ir rápido en cuanto se hayan comprometido suficientes. Entonces basta con un anuncio breve, tan breve que nadie empiece a retener mercancías o a suspender pagos. La reforma monetaria alemana de 1948 muestra cómo puede ser: entre el anuncio y el cambio pasaron solo unos días. El lunes siguiente, los escaparates estaban de repente llenos, con mercancías que los comerciantes habían retenido porque esperaban la reforma.

Lo que cambiará… y lo que no

El mismo día del cambio, nada cambia en la economía física. Las fábricas siguen en pie, los trenes circulan, los camiones están en la carretera, se siguen labrando los campos. La gente va a trabajar a la mañana siguiente como de costumbre.

Esto es posible porque, de todos modos, la economía moderna se basa en prestaciones anticipadas. El trabajo se realiza, los materiales se entregan y los servicios se prestan mucho antes de que se liquiden las facturas o se paguen los salarios. Las relaciones de suministro existentes se mantienen. El molino de Anna sigue suministrando harina, solo que sin factura.

Lo que cambia es la estructura social. La contabilidad no desaparece, sino que pasa de ser una contabilidad de costes a una gestión de cantidades, materiales y horas de trabajo, tal y como ya hace hoy en día el sistema Kanban de Jonas. Y a partir de ese día, el acceso a todo lo necesario para llevar una vida digna ya no estará vinculado al dinero.

El siguiente capítulo describe cómo podría ser ese primer día y qué ocurre en las semanas siguientes.

Preguntas sin respuesta

Un proyecto de este tipo plantea preguntas que no deben pasarse por alto aquí. ¿Qué ocurre con los contratos, las deudas y los títulos de propiedad? ¿Qué papel desempeñan los Estados y los gobiernos? ¿Qué pasa con los países cuyos gobiernos se niegan a cooperar? ¿Y si los sectores clave se muestran reacios a participar?

Los capítulos 10, 11 y 13 responden a algunas de estas preguntas. Otras solo quedarán claras a medida que avance el proceso. Eso también forma parte de la honestidad: nadie puede planificar una transformación de esta magnitud hasta el último detalle. Pero así ha sido con todas las grandes transformaciones de la historia, y no es motivo para no plantear la pregunta.

Puntos clave en resumen

- Los agricultores, los molineros, los panaderos y los clientes forman un círculo: todos exigen dinero porque tienen que pagar sus propios gastos. Una vez que el sustento de todos está asegurado, el círculo se cierra en la otra dirección.
- Este ciclo solo funciona si se completa en todas partes al mismo tiempo. Ir por libre conduce a la quiebra.

- Las pequeñas y medianas empresas podrían dar el impulso —basándose en la libertad empresarial, sin expropiaciones y sin trastornos—. Para las empresas, todos los gastos desaparecen al mismo tiempo que sus ingresos.
- Con compromisos condicionales, nadie tiene que ser el primero: solo se tomarán medidas cuando se haya sumado un número suficiente de personas, pero entonces todos deben actuar al mismo tiempo.
- Una imagen honesta –sustento, vivienda y salud para todos, sin alquiler y sin miedo existencial– puede ganar a muchas personas para el cambio. La fecha de transición en sí debería anunciarse con poca antelación.

Volver al índice

9. El primer día

Las tres de la madrugada

A las tres de la madrugada, sonó el despertador como de costumbre. Anna se quedó despierta un momento, escuchando el silencio. Afuera, pasó un único coche. Nada más. No había indicios de que hoy fuera a ser un día diferente.

En la panadería, encendió la luz, puso en marcha el horno y sacó la masa madre de la nevera. Svetlana llegó a las tres y media, como siempre, con el pelo mojado y un termo de té.

«¿Y bien?», preguntó Anna.

«¿Cómo que "y bien"?». Svetlana se ató el delantal. «Los bollos no se hornean solos. Ni siquiera sin dinero».

Trabajaron en silencio, como hacían todas las mañanas. Pesaron la masa, le dieron forma, la colocaron en las bandejas y la metieron en el horno. El aroma inundó la sala. Hacia las cinco, Anna abrió el cajón del escritorio para buscar un bolígrafo y encontró el folleto sobre las bandejas de horno de acero negro. Lo miró un rato. Luego se sentó frente al ordenador e introdujo el pedido en el sistema de compras: veinte bandejas de horno, de acero negro, de tres milímetros de grosor. La respuesta llegó al cabo de un minuto: Pedido aceptado. Plazo de entrega estimado: seis semanas. Prioridad: normal.

Se rió en voz baja. Seis semanas. Llevaba dos años esperando.

* * *

A las seis en punto abrió la puerta de la tienda. La caja registradora estaba apagada. En su lugar había un pequeño cartel que Mira había escrito la noche anterior: «Coge lo que necesites. Avísanos si falta algo».

El primer cliente fue el señor Albers, de ochenta y siete años, que llevaba treinta años comprando dos panecillos de centeno cada mañana. Cogió sus dos panecillos, dudó un momento y luego dejó una moneda de dos euros sobre el mostrador.

«Ya no tiene que hacer eso, señor Albers».

«Lo sé», dijo. «Pero no sé qué más hacer con las manos».

Dejó la moneda allí, luego la volvió a coger, se rió de sí mismo y se marchó.

Hacia las ocho, la tienda empezó a llenarse. La mayoría de la gente compraba lo de siempre. Algunos compraban más —cuatro o cinco barras de una vez— con expresión avergonzada. Un hombre llenó una bolsa de la compra entera. Anna no dijo nada. A las diez y media, se había agotado el pan de centeno.

Poco después, Sevgi cruzó la calle. Parecía cansada.

«Mi sede central no ha hecho ninguna entrega hoy», dijo. «La fábrica de Magdeburgo aún no sabe adónde enviar sus porciones de masa. El mostrador está vacío y, sin embargo, la gente sigue haciendo cola aquí».

Anna miró hacia su panadería y luego a su reloj.

«Puedo hacer otra tanda de pan blanco esta tarde», dijo. «Si tú te encargas de distribuirlo desde tu tienda».

Sevgi la miró como si le hubiera sugerido algo indecente. Luego se echó a reír.

«Ayer todavía habríamos sido competidoras».

«Ayer», dijo Anna.

* * *

Se estaban quedando sin harina. Anna envió un mensaje al molino de Seitz y recibió una llamada. No era el señor Seitz quien estaba al teléfono, sino Walter.

«Llevo aquí desde las siete», dijo. «Seitz tiene hoy el triple de pedidos de lo habitual y solo cuenta con dos personas. Así que pensé en echar una mano». Se oía el ruido de una máquina de fondo. «Recibirás tus doscientos kilos a primera hora de mañana. Tendremos que arreglar lo del centeno con los agricultores. Hay suficiente cosecha, pero hoy todos los camiones están en la carretera».

«Papá, tienes ochenta y seis años».

«Exacto», dijo Walter. «Llevo treinta años esperando a que alguien vuelva a necesitar harina por aquí».

Esa tarde, Jonas envió un mensaje: «La fábrica funciona con normalidad. Las cintas transportadoras están en marcha, todo el mundo está aquí. Lo único es que hay doce personas sentadas en el departamento de control de gestión que no saben qué hacer. Yo tampoco».

* * *

A las siete de la tarde, Anna cerró la tienda. Se quedó un rato de pie delante de la caja registradora apagada. Durante veinticinco años, había contado el dinero cada noche, clasificado los recibos e impreso el resumen diario de cierre.

Hoy no había nada que contar.

Se sentó frente al ordenador y escribió: «Mañana, pan de centeno, más un treinta por ciento. Pan blanco, más un veinte por ciento; recogida a cargo de Sevgi». Luego apagó la luz y subió las escaleras. Estaba cansada, como siempre después de un largo día. Pero era un cansancio diferente. Por primera vez en años, no se quedó despierta haciendo cálculos.

* * *

Un día cualquiera que lo cambia todo

Para Anna, el primer día tras la salida colectiva comienza como cualquier otro: a las tres en punto en la panadería. Y eso no es un recurso narrativo, sino el quid de la cuestión. Ese día, el mundo material no cambia. Lo que cambia es la forma en que las personas se tratan entre sí.

Sin embargo, la escena también muestra que este día no transcurre sin contratiempos. El pan escasea, las entregas se retrasan, una fábrica no sabe dónde realizar las entregas y, en el departamento de control de gestión, doce personas están sentadas sin nada que hacer. Este capítulo describe lo que podría suceder el primer día y durante las primeras semanas, con sus éxitos y sus dificultades.

Qué ocurre el primer día

El cambio es más visible allí donde antes se pagaba. En los supermercados, las cajas registradoras están apagadas y las barreras abiertas. Ya no hay etiquetas de precios, ni ofertas especiales, ni carteles de «Última oportunidad». Los autobuses y los trenes circulan sin billetes. Los alquileres ya no se cobran.

Todo lo demás sigue como de costumbre. La gente va a trabajar porque hay trabajo que hacer y porque están acostumbrados a ello. Las fábricas producen bienes, los camiones circulan, los hospitales atienden a los pacientes. Tal y como se describe en el capítulo 8, la economía moderna se basa en el suministro anticipado y en las relaciones de suministro existentes. El molino abastece a la panadería porque siempre lo ha hecho, solo que ahora sin factura.

Lo nuevo es una tarea adicional: ahora la demanda debe comunicarse de forma explícita. Hasta ahora, el precio ha regulado discretamente muchas cosas. Ahora las empresas deben comunicarse entre sí lo que necesitan, qué escasea y qué puede esperar. Los sistemas de gestión de existencias del capítulo 7 se encargan de gran parte de esto. El resto se gestiona mediante llamadas telefónicas, acuerdos y sentido común.

El miedo al acaparamiento

La preocupación más habitual es esta: si todo es gratis, la gente vaciará las estanterías. Esta preocupación está justificada, al menos durante los primeros días. Incluso en la panadería de Anna, hay gente que se lleva más de lo habitual. Un hombre llena una bolsa entera.

Sabemos por experiencia cómo se desarrollan este tipo de situaciones. En marzo de 2020, al inicio de la pandemia del coronavirus, el papel higiénico, la pasta y la harina se agotaron en muchos países en cuestión de días. Sin embargo, al cabo de unas semanas, los hábitos de compra volvieron a la normalidad en cuanto la gente se dio cuenta de que los suministros llegaban con regularidad (Statista, 2020). No hubo saqueos ni alteraciones del orden público.

La gente acapara por miedo a que mañana no quede nada. Este miedo se disipa cuando las estanterías se reponen cada mañana. Quien sabe que mañana podrá volver a comprar pan no tiene motivo para llevarse cinco barras hoy, sobre todo porque el pan se pone duro al cabo de tres días. Reconocemos el mismo patrón en las tarifas planas: si puedes hacer llamadas ilimitadas, no te pasas todo el día al teléfono. La transparencia ayuda en este sentido. Cuando los niveles de existencias son visibles y las escaseces se abordan abiertamente, la confianza crece más rápidamente.

Cuando no hay suficiente para todos

No obstante, habrá escasez, y no solo en los primeros días. En el capítulo 7 planteamos la pregunta más difícil: ¿quién se lleva algo primero cuando no hay suficiente para todos?

Pongamos un ejemplo. Hay escasez de un componente electrónico en todo el mundo. Al mismo tiempo, dos empresas informan de una necesidad urgente de dicho componente: un fabricante de máquinas de diálisis y un fabricante de consolas de videojuegos. En el mercado, el componente se lo queda quien paga más —normalmente, quien tiene los márgenes de beneficio más altos—.

Sin un precio fijado, el fabricante del componente debe decidir por sí mismo. Ya no tiene que vender al mejor postor para poder pagar sus propias facturas. La conectividad digital le muestra quién necesita qué y con qué fin: un hospital por aquí, una fábrica de juguetes por allá. La mayoría de la gente tomaría la misma decisión en esta situación. El componente se destina a las máquinas de diálisis. El fabricante de consolas no recibe simplemente una negativa; en su lugar, la red busca una pieza de recambio o capacidad disponible en una fecha posterior.

Este tipo de sopesamiento no nos resulta ajeno. En todas las familias, el niño enfermo recibe atención primero, antes de que nos sentemos frente a la nueva consola de videojuegos. Pero no debemos pretender que esto ocurra automáticamente. No todas las decisiones serán tan claras como la que hay que tomar entre la diálisis y una consola de videojuegos. Habrá casos límite, diferencias de opinión y errores. Por eso necesitamos las reglas de prioridad y los procedimientos democráticos que se analizan en el capítulo 7. La inteligencia artificial muestra dónde se necesitan los recursos. Corresponde a las personas decidir.

Un día en la red de suministro

Para ilustrar cómo podría ser esto en la vida cotidiana, veamos algunas etapas de un día típico.

En la planta de tratamiento de agua, el ingeniero de operaciones se da cuenta por la mañana de que hay que reponer el desinfectante. Comunica la necesidad a la planta química. Un técnico señala una bomba que funciona de forma irregular. Se envía un pedido de una nueva bomba al fabricante, con el que se mantiene una relación comercial de larga duración.

La planta química ha recibido varios pedidos grandes al mismo tiempo. Si todo se despachara de inmediato, los niveles de existencias caerían por debajo de la reserva de seguridad. En el pasado, el precio habría sido el factor decisivo. Ahora el equipo decide por sí mismo: el agua potable tiene prioridad. Las entregas menos urgentes se posponen uno o dos días, y las empresas afectadas reciben una breve notificación. Al mismo tiempo, se acelera la producción.

En la fábrica de bombas, la solicitud de la empresa de aguas no es la única. La ingeniera y su equipo establecen prioridades según la urgencia: la infraestructura es lo primero. Hay escasez de un tipo concreto de junta; se ha realizado un nuevo pedido, pero aún se espera la respuesta del proveedor. Esto provoca un ligero retraso.

El molino está recibiendo más consultas de lo habitual. Algunas panaderías están haciendo pedidos más cuantiosos, por precaución. El molinero se da cuenta de que no tiene suficiente cereal para todos a la vez, por lo que habla con varios agricultores en lugar de con uno solo.

El agricultor recibe varias solicitudes a la vez. Antes habría vendido al mejor postor. Ahora distribuye su cosecha para que puedan funcionar el mayor número posible de molinos. Parte de su decisión sigue siendo una cuestión de criterio, pero es precisamente esta responsabilidad la que ahora forma parte de su función.

En la ruta de recogida de basura, los contenedores están tan llenos como siempre el primer día. Los hábitos no cambian de la noche a la mañana. Pero el conductor sabe que su trabajo va a cambiar, porque las soluciones para reducir los residuos ya no se ven frustradas por las restricciones presupuestarias.

Y en el teatro municipal, al planificar una nueva producción, el director artístico, por primera vez, no se pregunta si será rentable, sino si tiene algo que decir.

Por la noche, hacemos balance: la vida cotidiana funciona, aunque no del todo sin contratiempos. Hay más coordinación, alguna que otra incertidumbre y pequeños retrasos. Pero el sistema de abastecimiento no se está colapsando. Está cambiando de forma: pasa de un control silencioso a través de los precios a una cooperación consciente y directa.

Del intercambio al regalo

Más allá de los aspectos prácticos, este día tiene otra faceta más difícil de cuantificar.

Durante milenios, las personas han vivido momentos en los que el intercambio se suspende por un tiempo: fiestas, bodas, comidas compartidas. El sociólogo Émile Durkheim describió cómo esas experiencias compartidas crean un sentido de conexión que fomenta la confianza y el sentido (Durkheim y Fields, 1995/1912). El antropólogo Marcel Mauss demostró que los regalos —a diferencia de las compras— forjan relaciones duraderas entre las personas (Mauss, 1990). Estudios más recientes confirman que compartir mejora significativamente el bienestar (Yudkin y Prosser, 2022).

El primer día tras la transición, este principio del intercambio de regalos saldrá de la esfera privada para integrarse en la realidad cotidiana de la economía. Esto no será recibido con entusiasmo en todas partes. Algunos se mostrarán recelosos, otros se sentirán abrumados y otros —como el señor Albers— no sabrán qué hacer con las manos. Sin embargo, muchos sentirán algo difícil de describir: alivio. La preocupación por si habrá suficiente dinero para llegar a fin de mes, si se podrá pagar el alquiler o si el negocio sobrevivirá al año que viene, se ha desvanecido.

Y hay algo más que está cambiando. La cadena de suministro se está convirtiendo en una cadena de generosidad. Quien recibe una barra de pan la recibe del panadero, que a su vez recibió la harina del molinero, que recibió el grano del agricultor, a quien se lo dieron la tierra, la lluvia y el sol. Esta cadena se ha hecho visible. Ya no damos las gracias al dependiente por el cambio, sino a las personas que han trabajado y, en última instancia, a la propia tierra. Esto crea una relación diferente con la naturaleza: ya no es una mercancía, sino un fundamento compartido de la vida que cuidamos porque todos dependemos de ella.

Lo que revelarán las primeras semanas

En las semanas posteriores a la transición, muchas cosas se estabilizarán en un nuevo ritmo. Las compras motivadas por el pánico remitirán. Las empresas aprenderán a comunicar sus necesidades con mayor precisión. Las cadenas de suministro, que antes se regían por los precios, se reajustarán. Algunos puestos desaparecerán —en los departamentos de control financiero, en las cajas y en las agencias de cobro de deudas— y las personas que los ocupaban buscarán nuevas funciones. El capítulo 11 analiza cómo se puede lograr esto.

Habrá problemas que nadie puede prever hoy. Pero la lección fundamental del primer día sigue siendo la misma: el sistema de suministro no se derrumba cuando desaparecen los precios. Se vuelve más humano —y más exigente de lo que algunos esperan, aunque más tranquilo de lo que muchos temen—.

No todo el mundo se convencerá de este enfoque hasta que lo vea en acción. Sus objeciones merecen una respuesta seria. Esto se aborda en el siguiente capítulo.

Puntos clave en resumen

- El primer día, nada cambia en la economía real. La novedad es que la demanda debe comunicarse y coordinarse de forma deliberada.
- Es probable que se produzcan compras motivadas por el pánico en los primeros días, pero estas remitirán tan pronto como el abastecimiento sea fiable, tal y como ocurrió a partir de la primavera de 2020.
- En caso de escasez, las decisiones se toman en función de la urgencia y no de la disposición a pagar. Esto no siempre es fácil, pero resulta familiar: lo más importante tiene prioridad.

- La cadena de suministro se convierte en una cadena de generosidad. El suministro no es fluido, pero no se interrumpe.

Volver al índice

10. Argumentos en contra: tomarse en serio las objeciones

Veinte razones

Tres semanas después del cambio, Jonas estaba ordenando su escritorio y encontró la nota.

La había escrito la noche después de la reunión de la cámara, cuando Anna le había contado por teléfono lo del señor Brandl y el posavasos. En aquel momento, estaba tan enfadado que no podía dormir. Así que se sentó y escribió por qué aquello nunca funcionaría. Veinte razones, numeradas en orden, con su letra apretada de contable. Encima de ellas, en mayúsculas, se leía: POR QUÉ ESTO NUNCA FUNCIONARÁ.

Se sentó y lo leyó.

1. Ya nadie va a trabajar.

Miró por la ventana hacia el aparcamiento de la fábrica. Estaba lleno, como siempre. La asistencia se situaba en el noventa y seis por ciento, más o menos igual que antes. Rainer, del taller de templado, le había dicho durante la primera semana: «¿Qué se supone que voy a hacer en casa? Al fin y al cabo, mi mujer también trabaja». Jonas tachó esa línea.

2. Los supermercados se están quedando vacíos.

Eso fue así durante la primera semana. Pasta, café, papel higiénico… igual que en marzo de 2020. En la segunda semana, la situación se calmó. Ahora casi había vuelto a la normalidad. Tachó esa línea y añadió un pequeño signo de interrogación a continuación. Todavía había huecos en las estanterías de café.

3. Todo el mundo quiere cinco coches.

En el concesionario de la calle principal, los coches nuevos seguían aparcados en la explanada. Algunas personas habían comprado coches que antes nunca se habrían podido permitir. Nadie tenía cinco. Por otro lado, había una lista de espera de cuatro meses para las bicicletas de carga. Tachado.

4. Eso es ilegal.

No pudo evitar sonreír. El Bundestag había pasado medio año discutiendo sobre la ley transitoria. Al final, había habido una amplia mayoría a favor. Tachado.

5. ¿Quién va a hacer entonces el trabajo sucio?

Hizo una pausa aquí. El servicio de recogida de basura había tenido problemas en la segunda semana porque dos conductores se habían jubilado; de no ser por eso, habrían mantenido el servicio en funcionamiento durante otros dos años. Desde entonces, había una lista en la que la gente podía apuntarse para echar una mano una mañana al mes. Jonas se había apuntado. Nadie sabía si eso sería suficiente a largo plazo. Puso un signo de interrogación al lado.

Volvió a repasar la lista. En algunos puntos puso una raya, en otros un signo de interrogación y en tres escribió «ya veremos». Al final, los contó: once rayas, seis signos de interrogación y tres «ya veremos».

* * *

Esa noche, le enseñó la lista a Mira. Ella estaba sentada en la cocina de Anna y la leyó dos veces.

«Once de veinte», dijo ella. «No está mal para un profeta del fin del mundo».

«Seis signos de interrogación», dijo Jonas. «Y la verdad es que no estoy muy seguro de lo del "trabajo sucio"».

Mira se quedó en silencio un momento. Luego sacó su móvil y se puso a hojearlo.

«Yo también tenía una lista», dijo. «No sobre por qué no funcionará, sino sobre todo lo que mejorará». Leyó en voz alta: «Las emisiones se reducirán de inmediato. Nadie tendrá que comprar cosas que ya no necesite. Todo el mundo trabajará solo veinte horas a la semana».

«¿Y?»

«Las emisiones están bajando. Pero no de inmediato. Al fin y al cabo, las centrales eléctricas siguen funcionando. La gente sigue comprando cosas que no necesita, aunque en menor cantidad. Y la mayoría trabaja tanto como antes, porque hay que reorganizarlo todo». Guardó el móvil. «Yo también tengo mis dudas».

Anna puso dos cuencos de sopa sobre la mesa.

«Así que los dos teníais razón», dijo. «Aunque no tanto como pensabais».

Jonas dobló el trozo de papel y se lo guardó en el bolsillo de la camisa, junto a la servilleta de la comida del domingo, que todavía estaba allí.

* * *

Dos listas

Jonas ha anotado por qué nada de esto puede funcionar jamás. Mira ha anotado todo lo que mejorará. En la escena, ambas listas han sido marcadas con signos de interrogación. No es una coincidencia. Todo cambio importante decepciona un poco tanto a los temores como a las esperanzas.

Cualquiera que haya leído hasta aquí tendrá sus propias objeciones. Eso es algo positivo. Una propuesta que no pueda resistir las objeciones no merece confianza. Por eso, las objeciones más importantes de este capítulo no deben minimizarse, sino presentarse primero en su forma más contundente y luego abordarse. Cuando una respuesta sea incompleta, así se indicará.

Conviene hacer una observación preliminar. Muchas objeciones se basan en una suposición comprensible: que las personas se comportarán en un nuevo sistema exactamente igual que lo hacían en el antiguo. Esta suposición no es descabellada: es la mejor predicción de la que disponemos. Pero no siempre es correcta. Como vimos en el capítulo 6, una misma persona se comporta de manera diferente en el mercado que en la mesa familiar.

«Nadie trabaja sin dinero»

La objeción en su forma más contundente: por supuesto, la gente también trabaja por el placer que le produce y por sentido de la responsabilidad. Pero no todos los trabajos son placenteros. ¿Quién trabajaría voluntariamente en el turno de noche de urgencias, haría turnos en un alto horno o conduciría un camión de recogida de basura bajo la lluvia? Y aunque la mayoría de la gente siga trabajando: ¿qué pasa con aquellos que no lo hacen, pero que aun así lo reciben todo? ¿No desanimará eso a los demás?

La respuesta parte de lo que sabemos. Las investigaciones sobre la motivación muestran que las personas disfrutan especialmente del trabajo cuando actúan de forma autónoma, ponen en práctica sus habilidades y se sienten conectadas con los demás (Ryan y Deci, 2000). La economía del cuidado, analizada en el capítulo 6, y los casi 29 millones de voluntarios en Alemania demuestran que se realiza una enorme cantidad de trabajo sin remuneración. Y para la mayoría de las personas, el trabajo es más que una simple fuente de ingresos: da estructura al día, aporta compañeros, reconocimiento y la sensación de ser necesario.

También hay experiencias iniciales con ingresos sin obligación de trabajar. En Finlandia, en 2017 y 2018, dos mil desempleados recibieron una renta básica incondicional durante dos años. Durante ese tiempo, trabajaron no menos que el grupo de control, sino ligeramente más, y se sintieron significativamente mejor (Kela, 2020). En Alemania, en el marco del «Proyecto Piloto de Renta Básica», 122 personas recibieron 1 200 euros al mes durante tres años. Sus horas de trabajo no disminuyeron (Proyecto Piloto de Renta Básica, 2025). Para ser justos, cabe señalar que estos ensayos fueron a pequeña escala y de duración limitada, y que los participantes sabían que llegarían a su fin. No demuestran cómo reaccionaría una sociedad en su conjunto. Pero sí contradicen la idea de que la gente dejaría de trabajar en cuanto se le permitiera.

Quedan entonces los trabajos desagradables y los que se aprovechan del sistema. Hay tres soluciones para el trabajo desagradable: la automatización, que a menudo no se aplica hoy en día porque la mano de obra barata es más rentable; una rotación justa de las tareas, para que nadie pase toda su vida en un camión de basura; y menos trabajos de este tipo en general, ya que los productos duraderos generan menos residuos. El capítulo 13 analiza esto con más detalle. Y habrá aprovechados, igual que los hay hoy en día. Pero como la cantidad de trabajo necesario disminuirá significativamente en general —Keynes ya consideraba factible una semana laboral de quince horas en 1930 (Keynes, 1930)—,

una sociedad podrá hacerles frente. Esta cuestión no está del todo resuelta. Jonas acertó al añadir un signo de interrogación.

«Sin precios, las estanterías se vaciarán y se saqueará la naturaleza»

La objeción: el precio limita el consumo. Si se elimina, todo el mundo toma más de lo que necesita. Y con recursos que pertenecen a todos, existe el riesgo de la «tragedia de los comunes» del capítulo 4: cada uno toma un poco más, hasta que no queda nada.

En el caso de los bienes cotidianos, dimos la respuesta en el capítulo 9. Existe un punto natural de saturación. La tercera barra de pan no sabe mejor que la segunda, y un quinto abrigo de invierno no abriga más. Los economistas llaman a esto «utilidad marginal decreciente». Los sistemas de tarifa plana lo demuestran cada día. El acaparamiento surge del miedo a la escasez, y este miedo se desvanece cuando el suministro es fiable. Incluso hay pruebas sólidas que sugieren que el consumo disminuye cuando la publicidad y las ofertas especiales dejan de incitar constantemente a la gente a comprar.

En lo que respecta a la naturaleza, la objeción es más grave. Las poblaciones de peces, los bosques, el suelo y el clima son bienes comunes que pueden ser sobreexplotados. Sin embargo, en este caso merece la pena analizar con honestidad la situación actual: hasta ahora, el precio tampoco ha impedido la sobreexplotación. Los mares están sobreexplotados, a pesar de que el pescado tiene un precio. El clima se está calentando, a pesar de que el petróleo tiene un precio. La razón es que el precio, por lo general, no refleja en absoluto el daño causado a la naturaleza.

A falta de precios, hay que establecer conscientemente límites ecológicos: cuánta madera puede producir un bosque al año, cuánto pescado se puede pescar y cuánto CO_2 se puede seguir emitiendo. Elinor Ostrom ha demostrado, con cientos de ejemplos, que las comunidades pueden respetar con éxito dichos límites si cuentan con normas claras y supervisan conjuntamente su cumplimiento (Ostrom, 1990). A esto se suma la diferencia más importante: sin la obligación de crecer, desaparece la presión de extraer cada año más de la naturaleza.

«Todo el mundo quiere cinco coches… y una casa junto al lago»

La objeción: si todo es gratis, todo el mundo quiere lo mejor. Todo el mundo quiere un coche grande, una casa en una ubicación privilegiada y vacaciones de larga distancia.

En lo que respecta a los coches, la respuesta es sencilla. Hoy en día, un coche no es solo un medio de transporte, sino también un símbolo de estatus y una inversión. Sin precios, solo conserva su utilidad práctica. Cinco coches significarían entonces, ante todo, cinco plazas de aparcamiento, cinco cambios de neumáticos y cinco citas para el mantenimiento. ¿Quién se sometería a eso?

En cuanto a la casa junto al lago, la respuesta es más complicada, y eso también hay que decirlo. Hay bienes que son intrínsecamente escasos: parcelas a orillas de un lago, pisos en edificios antiguos del centro de la ciudad, asientos en primera fila. Los economistas los

denominan «bienes posicionales». Seguirán siendo escasos incluso sin precios. Para ellos, una sociedad necesita normas: basadas en la necesidad, por ejemplo, para familias con niños o personas con discapacidad; por rotación, por ejemplo, para las casas de vacaciones; o, si es necesario, por sorteo. No es perfecto. Pero hoy en día, estos bienes se distribuyen en función de la riqueza —y mucha gente tampoco considera que eso sea justo—. El capítulo 12 vuelve sobre este punto.

«Eso acabará en caos»

La objeción: una economía moderna es un sistema sumamente complejo. Eliminar los precios es como arrancarle el sistema nervioso. Se producirán cuellos de botella, parones y colapsos.

La historia demuestra que los sistemas de suministro de bienes de las sociedades modernas son extraordinariamente resistentes. En la primavera de 2020, sectores enteros de la economía quedaron paralizados en todo el mundo. La electricidad, el agua, la alimentación y los hospitales siguieron funcionando. Durante la crisis financiera de 2008, los principales bancos se tambalearon al borde del colapso, pero los campos seguían siendo labrados y los trenes continuaron circulando. Tras 1989, sistemas económicos enteros de Europa Central y del Este se reestructuraron en cuestión de meses, y los servicios básicos no se colapsaron.

Sin embargo, no hay que pasar por alto estos ejemplos. Para muchas personas, estos trastornos fueron dolorosos. En Alemania Oriental, millones de personas perdieron sus puestos de trabajo después de 1990, y muchas regiones aún no se han recuperado de ello hasta el día de hoy. La diferencia crucial con respecto a la transición aquí descrita radica en otra parte: en aquel entonces, las personas perdieron sus ingresos —y con ellos su seguridad— junto con sus puestos de trabajo. En una transición hacia la provisión directa, los medios de subsistencia están garantizados desde el primer día, incluso para aquellas personas cuyo trabajo cambia o desaparece.

Y también en este caso la cuestión no es solo qué riesgos conlleva el cambio, sino también qué riesgos conlleva seguir como hasta ahora. La crisis climática, la creciente desigualdad y las tensiones cada vez mayores entre los Estados no constituyen una situación estable.

«Eso es legalmente imposible»

Esta objeción es válida y resulta más complicada de lo que parece a primera vista. Según la legislación vigente, una retirada colectiva ni siquiera estaría permitida para muchas empresas.

Si todas las empresas de un sector acuerdan regalar sus productos, esto podría infringir la ley de competencia. Los directores generales y los miembros del consejo de administración de las sociedades de responsabilidad limitada están obligados a salvaguardar el patrimonio de su empresa. Cualquiera que regale mercancías puede ser objeto de un proceso judicial por abuso de confianza. Una empresa que ya no tenga

ingresos pero que aún tenga préstamos pendientes se encontraría en situación de insolvencia y tendría que declararse en quiebra. Además, las autoridades fiscales exigen el IVA sobre las mercancías regaladas, en una moneda que la empresa ya no percibe.

Por lo tanto, la objeción es válida: la transición requiere un marco jurídico. No puede llevarse a cabo únicamente mediante decisiones privadas, sino que debe estar legitimada políticamente —mediante la aprobación por parte de los parlamentos de una ley de transición que derogue las antiguas obligaciones a partir de la fecha del cambio—. No se trata de un proceso inusual. La reforma monetaria de 1948 y la introducción del euro también se basaron en leyes que convirtieron la moneda anterior y todos los contratos de un solo golpe. En un proceso de garantía como el descrito en el capítulo 8, los gobiernos se encuentran, por tanto, entre quienes deben asumir su compromiso.

Tras la transición, muchas de estas leyes dejarán de tener sentido. Cuando ya no existe la necesidad de acumular riqueza, no hay abuso de confianza. Cuando ya no se exigen precios, no hay cárteles de precios. Son sustituidas por normas que protegen otras cosas: el medio ambiente, la salud, la distribución justa y la seguridad en el trabajo.

«Esto acabará en control y dictadura»

La objeción: quien coordina la oferta mediante datos y algoritmos crea un instrumento de control total. La experiencia con las economías planificadas muestra adónde conduce eso.

Esta objeción merece ser tomada muy en serio, por lo que el capítulo 7 le ha dedicado un espacio considerable. En resumen: la coordinación directa no es una planificación de arriba abajo, sino una coordinación de abajo arriba. Requiere programas abiertos y transparentes; muchos nodos descentralizados en lugar de un único centro; una supervisión democrática con responsabilidad rotatoria; y la eliminación del incentivo financiero para el abuso de poder. Sigue existiendo un riesgo residual. Pero no es mayor que el actual, cuando un puñado de conglomerados de plataformas ya tiene acceso a enormes cantidades de datos.

«A escala mundial y de forma simultánea: nadie puede gestionarlo»

La objeción: aunque todo lo demás sea correcto, la idea de que todos los países del mundo puedan ponerse de acuerdo sobre una fecha común para la transición es poco realista. Al fin y al cabo, las naciones ni siquiera logran ponerse de acuerdo sobre los objetivos climáticos.

Probablemente esta sea la objeción más contundente de todas, y no hay una respuesta definitiva. Pero hay indicios de que no es imposible. En virtud del Protocolo de Montreal de 1987, todos los países del mundo acordaron eliminar progresivamente las sustancias que agotan la capa de ozono; hasta la fecha, sigue siendo el único acuerdo de la ONU que ha sido ratificado por todos los países. El compromiso condicional establecido en el capítulo 8 reduce el riesgo para todas y cada una de las partes implicadas. Y, a diferencia

de lo que ocurre con la acción climática, la salida colectiva no exige que nadie haga ningún sacrificio: quien renuncia a ingresos queda, al mismo tiempo, libre de todos los gastos.

No obstante, este proceso será largo. Se enfrentará a contratiempos. Y es posible que fracase. La cuestión es si eso es motivo para no intentarlo.

«La transición será injusta»

La objeción: aunque al final todo salga bien, durante el período de transición algunos tendrán que soportar una carga más pesada que otros. Quienes trabajan en el sector asistencial, la agricultura o el suministro energético tendrán que seguir trabajando, mientras que otros perderán sus empleos actuales y primero tendrán que encontrar un nuevo rumbo.

Esta objeción es válida. Habrá desequilibrios en las primeras etapas. No todos los puestos de trabajo pueden automatizarse o redistribuirse de inmediato. Algunas personas tendrán que esforzarse más que otras de forma temporal, aunque se trate a todo el mundo por igual. La conectividad digital puede ayudar a poner de relieve y equilibrar estas cargas, pero eso lleva tiempo.

Es importante debatir estas cuestiones abiertamente con antelación y no esconderlas bajo la alfombra. A las personas que saben que una carga es temporal y se comparte colectivamente les resulta más fácil soportarla. Y aquí también se cumple la comparación: hoy en día, precisamente esas mismas profesiones —cuidadores, temporeros agrícolas, basureros— soportan las cargas más pesadas de forma permanente, a cambio de un salario bajo y con escaso reconocimiento.

«Eso es pura utopía»

La última objeción no es realmente un argumento, sino un sentimiento. Sin embargo, es un sentimiento poderoso. Hemos crecido en un mundo en el que el dinero, los precios y el trabajo asalariado son tan habituales como el tiempo. Es difícil imaginar un mundo sin ellos.

Sin embargo, gran parte de lo que hoy damos por sentado se consideró en su día utópico: la abolición de la servidumbre, el sufragio universal, el seguro médico obligatorio, la reunificación alemana. El teórico cultural Mark Fisher observó que a nuestra época le resulta más fácil imaginar el fin del mundo que un orden económico diferente (Fisher, 2013). Precisamente por eso merece la pena ejercitar nuestra imaginación.

Y quizá sea al revés. Quizá la mayor utopía sea la suposición de que, en medio de la crisis climática, la creciente desigualdad y la inestabilidad cada vez mayor, todo pueda simplemente seguir como antes.

Lo que queda por resolver

No todas las objeciones pueden responderse de forma concluyente hoy en día. Sobre todo, queda por ver cómo podría ponerse en marcha un proceso global, cómo se distribuirá de forma justa el trabajo desagradable a largo plazo y cómo decidirá una sociedad sobre los bienes posicionales escasos. Este libro puede ofrecer sugerencias sobre estas cuestiones, pero no puede aportar certezas.

Esto no es un defecto de la propuesta, sino una cuestión de honestidad. Ninguna gran transformación histórica se ha planificado jamás hasta el último detalle. Quien exija que todas las preguntas tengan respuesta de antemano está exigiendo algo que ni siquiera el sistema actual ha cumplido jamás.

Puntos clave en resumen

- Las objeciones más fuertes se refieren a la voluntad de trabajar, la sobreexplotación de la naturaleza, los bienes posicionales escasos, la aplicación jurídica y, sobre todo, la sincronización global.
- Muchas objeciones pueden abordarse fácilmente: las personas trabajan incluso sin la presión del dinero, el consumo tiene límites naturales y el suministro de bienes materiales es más resistente que el sistema monetario.
- Otras objeciones son válidas y requieren soluciones: la transición necesita un marco jurídico y el consentimiento de los Estados-nación. Los límites ecológicos y los bienes escasos exigen normas cuidadosamente estudiadas.
- Algunas preguntas siguen sin respuesta. Eso no es motivo para no plantearlas, sobre todo porque seguir como hasta ahora también conlleva riesgos considerables.

Volver al índice

Parte IV – La vida después

11. Trabajo, dinero y seguridad

Un miércoles

Medio año después del cambio, Anna no se presentó en la panadería un miércoles. Por primera vez en veinticinco años, tenía libre a mitad de semana y no sabía muy bien qué hacer con ese tiempo libre. Así que bajó a las siete de todos modos, solo para echar un vistazo.

En la panadería había dos personas que no trabajaban allí seis meses antes.

Una de ellas era Jule, de diecinueve años, que había querido ser pastelera al terminar el instituto. Sus padres se lo habían desaconsejado en su momento: hay que madrugar demasiado, no se gana suficiente dinero, no hay futuro. Había empezado la carrera de Administración de Empresas y la había dejado tras dos semestres. Tres semanas después del cambio, se había presentado en la panadería y había preguntado si podía formarse allí. Ahora estaba de pie junto a la encimera, decorando un pastel con rosetas de nata con tal concentración como si su vida dependiera de ello.

El otro hombre era el señor Kessler.

Llevaba un delantal blanco sobre una camisa a cuadros y estaba amasando masa de centeno. Al ver a Anna, se sonrojó ligeramente.

«Buenos días, señora Hofmann. Espero que no le importe».

«Señor Kessler, lleva tres meses amasando mi masa todos los martes y miércoles. Creo que a estas alturas ya podemos tutearnos. Anna».

«Thomas», dijo él, sonriendo. «¿Sabes? De niño quería ser panadero. Mi padre decía que en la caja de ahorros tendría un trabajo seguro. Tenía razón, por supuesto. Durante treinta y tres años». Apretó el puño contra la masa. «Hago esto aquí dos días a la semana. Los otros tres estoy en la oficina de coordinación del antiguo ayuntamiento. Allí necesitan gente que sepa manejar números y tratar con personas. Ahora mismo estamos asignando a los profesionales a la renovación de los colegios del distrito».

«¿Y eso te basta?»

«Nunca he estado tan contento».

* * *

Más tarde, Anna se sentó en su despacho con un café y abrió el correo que se había acumulado durante las últimas semanas. Ahora recibía muy pocas cartas. Una era de la caja de ahorros: un extracto final de cuenta acompañado de una carta en la que se le informaba de que, de conformidad con la ley transitoria, no se prorrogaría el préstamo para su horno de pisos. La deuda restante se archivaría como valor contable histórico. No era necesario realizar ninguna otra gestión.

Llevó la carta a la panadería y la mostró.

«Thomas, ¿has visto esto?»

Kessler le echó un vistazo y se echó a reír. «Yo mismo firmé ese contrato de préstamo. Hace seis años, en mi despacho. Recuerdo lo preocupada que estabas».

«Pensaba en ello todas las noches».

«Yo también», dijo Kessler. «El tuyo y otros doscientos más. ¿Sabías que solía despertarme a las cuatro casi todas las noches? No por la masa. Por las deudas incobrables». Se limpió las manos en el delantal. «Ahora me despierto a las cuatro porque quiero estar aquí».

* * *

Svetlana llamó por la tarde. Ahora solo trabajaba cuatro días a la semana porque su madre necesitaba ayuda tras haber sufrido un ictus. Antes no se lo habría podido permitir y su madre habría acabado en una residencia, algo que ella no quería.

«Solo quería decirte que mañana llegaré más tarde», dijo. «La fisioterapeuta viene a las siete. Ahora viene tres veces a la semana en lugar de una vez al mes».

«No hay problema», dijo Anna. «Jule se encargará del turno de mañana».

Colgó y miró el horario colgado en la pared. Estaba más cargado de lo habitual, con más nombres y menos horas por persona. Ya nadie trabajaba sesenta horas. Ni siquiera ella.

Siempre había pensado que, en cuanto tuviera un día libre, por fin podría dormir hasta tarde. En cambio, había estado en la panadería a las siete. No porque tuviera que hacerlo. Sino porque quería ver cómo iban las cosas.

* * *

Medio año después

Medio año después de la transición, han cambiado muchas cosas en la panadería de Anna, aunque desde fuera no parezca nada espectacular. Hay más gente trabajando allí y todos hacen menos horas. Una joven está aprendiendo el oficio que siempre había querido. Un antiguo asesor bancario amasa y coordina a los profesionales para las reformas del colegio. Una empleada cuida de su madre sin temer por su sustento. Y un préstamo que le quitó el sueño a Anna durante años no es ahora más que una entrada en los archivos.

Este capítulo explora qué ocurre con el trabajo, el dinero y la seguridad social cuando el sustento ya no está vinculado a unos ingresos.

Se necesita menos trabajo

Una gran parte del trabajo actual no sirve directamente para mantener a las personas, sino más bien para que el propio mercado siga funcionando. Emitir facturas, comprobar pagos, enviar recordatorios. Manejar cajas registradoras. Calcular, recaudar y auditar

impuestos. Tramitar reclamaciones de seguros. Diseñar anuncios y envases que destaquen en las estanterías. Desarrollar en paralelo productos que apenas difieren entre sí, porque cada fabricante necesita su propio modelo.

Todas estas tareas las llevan a cabo personas competentes y con gran dedicación. Son necesarias dentro del sistema actual. Pero solo lo son porque cada transacción debe realizarse mediante dinero. Si el dinero desapareciera, una gran parte de este trabajo también desaparecería, no porque se hiciera mal, sino porque su finalidad dejaría de existir. El antropólogo David Graeber ha demostrado que muchos trabajadores dudan ellos mismos del sentido de su trabajo (Graeber, 2019).

A esto se suma la eliminación de la presión por crecer. Si se permite fabricar productos duraderos y reparables, habrá que sustituir menos artículos. Si nadie tiene que verse presionado a comprar nada, se producirá menos de lo que nadie necesita realmente.

Ya en 1930, John Maynard Keynes predijo que, gracias al progreso tecnológico, sus nietos solo tendrían que trabajar unas quince horas a la semana (Keynes, 1930). Desde entonces, la productividad ha aumentado más rápidamente de lo que Keynes había previsto. El hecho de que todavía no trabajemos quince horas a la semana no se debe a la tecnología, sino a que el progreso se ha canalizado hacia el aumento de la producción en lugar de hacia más tiempo libre.

Distribuir el trabajo restante

El principal reto tras la transición ya no es, por tanto, crear puestos de trabajo, sino distribuir el trabajo restante de forma sensata y justa.

Las herramientas para ello ya existen. Las plataformas digitales que actualmente ponen en contacto a conductores, profesionales o cuidadores con ofertas de trabajo podrían señalar dónde se necesita ayuda y quién ofrece qué competencias. Los centros de coordinación regionales —como el del antiguo ayuntamiento donde trabaja Thomas Kessler— podrían organizar proyectos a mayor escala, como la rehabilitación de colegios o la expansión de las energías renovables.

Esto genera un nuevo tipo de libertad. Las personas que hoy eligen una carrera profesional suelen hacerlo basándose en la seguridad y los ingresos. Jule habría estudiado administración de empresas; Kessler se habría quedado en el banco. Una vez que su sustento esté asegurado, las personas podrán elegir su trabajo según sus inclinaciones y capacidades, combinar diferentes roles y cambiar de carrera a lo largo de su vida.

Las jornadas laborales también serán más flexibles. Svetlana puede trabajar menos horas mientras su madre necesita cuidados, y luego volver a trabajar más horas más adelante. Nadie tendrá que trabajar sesenta horas a la semana solo para llegar a fin de mes, y nadie tendrá que aceptar un trabajo a tiempo completo mientras cría a sus hijos.

Y, por último, la movilidad se convertirá en una cuestión de elección. Hoy en día, millones de personas abandonan sus hogares porque los puestos de trabajo y los ingresos se concentran en otros lugares. Muchas viven separadas de sus familias. Cuando la vivienda ya no dependa del alquiler ni de los salarios, las personas podrán vivir donde quieran y desplazarse durante un tiempo a cualquier lugar donde se necesite ayuda.

¿Qué pasará con el dinero?

A partir del día de la transición, el dinero dejará de funcionar como medio de pago. Aunque las cuentas, los saldos y los contratos de crédito seguirán existiendo en las bases de datos de los bancos, ya no serán necesarios para satisfacer las necesidades de las personas.

¿Qué ocurre con las deudas? Un préstamo es, en esencia, un derecho a recibir pagos futuros. Presupone que el deudor tiene ingresos y que el acreedor necesita el dinero. Ninguna de estas dos condiciones se cumple ya. El deudor ya no tiene ingresos con los que pagar —ni los necesita—. El banco ya no tiene que pagar sueldos, alquileres ni a los proveedores. Los recordatorios, los embargos y los procedimientos de insolvencia quedan sin efecto, porque un pago ya no beneficiaría al acreedor. La ley de transición mencionada en el capítulo 10 también regularía esto formalmente. Los créditos se archivan como valores contables históricos, como en el caso del préstamo para el horno de Anna.

Una comparación puede ayudar: tras la reforma monetaria de 1948, los antiguos saldos en marcos del Reich solo valían una fracción de su valor original. Las cifras seguían figurando en las libretas de ahorro, pero se referían a un sistema que ya no existía.

Llegados a este punto, hay que plantear una preocupación legítima. Cualquiera que haya ahorrado durante décadas —para su vejez, para sus hijos, para una casa— podría sentirse estafado y privado de los frutos del trabajo de toda una vida. El vecino que nunca ahorró se encuentra ahora exactamente en la misma situación. Se trata de un sentimiento serio, y merece respeto.

La respuesta a esto es: ¿para qué servían los ahorros? Para tener seguridad en la vejez, para una buena educación de los hijos, para tener un techo bajo el que vivir, para contar con ayuda en caso de enfermedad. Todo esto está ahora garantizado —no como los restos de unos ahorros que pueden verse mermados por la inflación, las crisis bursátiles o una necesidad de cuidados a largo plazo—, sino de forma permanente e incondicional. El objetivo del ahorro se ha alcanzado, solo que por un camino diferente. Y quienes ahorraron para dejar algo a sus hijos ahora les están dejando algo mejor: un mundo en el que ya no tienen que preocuparse por su sustento.

Por otro lado, están quienes tienen deudas. Se estima que alrededor de 5,7 millones de personas en Alemania están sobreendeudadas (Creditreform, 2025), muchas de ellas debido a una enfermedad, al desempleo o a una separación. Para ellas, la transición supone el fin de lo que a menudo han sido años de dificultades.

¿Qué será de quienes trabajan en el sector financiero?

Actualmente, cientos de miles de personas trabajan en bancos, compañías de seguros, autoridades fiscales y despachos de contabilidad. Sus puestos de trabajo, tal y como existen hoy en día, desaparecerán. Pero sus competencias seguirán siendo muy demandadas.

Se necesitan personas con habilidades para trabajar con números, bases de datos y procesos complejos a fin de coordinar la demanda y la producción. Los informáticos que actualmente programan sistemas de negociación para las bolsas de valores podrían desarrollar sistemas para la logística y la asignación de recursos. Las personas capaces de asesorar a otros, como Thomas Kessler, serán necesarias en cualquier ámbito en el que haya que asignar tareas y resolver conflictos. Y algunos, como Kessler, por fin harán lo que siempre han querido hacer.

Los edificios también se mantendrán. Las torres de los bancos, las sedes de las aseguradoras y las oficinas de Hacienda pueden transformarse en viviendas, colegios, talleres o espacios culturales. Ya existe un modelo para ello: la antigua bolsa de materias primas de París, la Bourse de Commerce, es ahora un museo de arte contemporáneo.

El Estado del bienestar ha cumplido su propósito

En la década de 1880, el Imperio alemán bajo el mandato de Otto von Bismarck introdujo los seguros de salud, de accidentes y de pensiones. En 1927 se añadió el seguro de desempleo. Estas instituciones se cuentan entre los grandes logros de la historia europea. Han evitado que millones de personas cayeran en la pobreza, han hecho posible, en primer lugar, la economía social de mercado y han sido imitadas en todo el mundo.

Su principio consistía en amortiguar los riesgos asociados al trabajo asalariado: enfermedad, accidentes, vejez y pérdida del empleo. Quienes ya no pudieran trabajar no debían quedar abandonados a su suerte. Con este fin, se estableció un amplio sistema de cotizaciones, derechos, evaluaciones y decisiones.

Tras la transición, este objetivo se ha alcanzado de forma directa. Se atiende a todas las personas, desde el primer hasta el último día de su vida, independientemente de si trabajan, están enfermas o son mayores. No es necesario suprimir los regímenes de seguro: han cumplido su propósito. Lo que se está eliminando es la carga administrativa: las solicitudes, los documentos justificativos, las cartas de notificación y la preocupación por si la solicitud será aprobada. Las personas que actualmente trabajan en los servicios sociales pueden aplicar su experiencia donde más importa: en el asesoramiento y el apoyo a quienes necesitan ayuda.

Esto tiene consecuencias que van mucho más allá de la esfera administrativa. En muchos países del mundo, las personas tienen hijos, en parte, para que estos puedan cuidar de ellas en la vejez. Si se elimina esta razón, la decisión de tener hijos se convierte en una elección más libre. Las universidades, los teatros y los museos ya no tendrán que buscar

financiación pública ni patrocinadores. La educación y la cultura se convertirán en bienes públicos, accesibles para todos.

El trabajo vuelve a pertenecer a la gente

En última instancia, surge la pregunta de qué significa el trabajo para las personas cuando ya no sirve como medio de subsistencia.

Las investigaciones sobre motivación señalan claramente el camino. Las personas prefieren trabajar cuando pueden tomar sus propias decisiones, utilizar sus habilidades y sentirse conectadas con los demás (Ryan y Deci, 2000). Los incentivos económicos pueden incluso debilitar esta motivación intrínseca (Frey y Jegen, 2001). Cualquiera que haya sido testigo alguna vez de la dedicación con la que Jule forma sus rosetas de nata comprenderá a qué nos referimos.

No debemos idealizar esto. No todos los trabajos se convierten en una pasión. Muchas personas seguirán yendo a trabajar por sentido del deber, por costumbre y por el bien de sus colegas. No hay nada de malo en ello. Incluso hoy en día, no salimos de casa por la mañana porque pensemos en el dinero, sino porque forma parte de nuestra rutina diaria y porque sabemos que otros cuentan con nosotros.

Lo que está cambiando es el contexto. El miedo está desapareciendo: el miedo a que te despidan, al próximo aumento del alquiler, a la notificación de la pensión. Está bien documentado que este miedo enferma a las personas. En el ensayo finlandés sobre la renta básica, los participantes declararon sentir menos estrés y tener más confianza en el futuro (Kela, 2020).

La seguridad siempre ha sido la verdadera promesa del trabajo, el dinero y el Estado del bienestar. Tras la transición, ya no es el resultado de estas cosas, sino su requisito previo.

Puntos clave en resumen

- Una gran parte del trabajo actual se dedica a gestionar pagos y a la competencia. Esto desaparecerá. El trabajo restante se podrá repartir entre más personas que trabajen menos horas, en función de sus preferencias y no de sus ingresos.
- Las deudas y los saldos acreedores pierden su función. Quienes hayan ahorrado perderán su saldo acreedor, pero no el objetivo: la seguridad en la vejez y para la familia está garantizada para todos.
- Las personas del sector financiero aportarán sus competencias a la coordinación de la prestación de servicios. Los bancos y las oficinas públicas se convertirán en hogares, escuelas y espacios culturales.
- El Estado del bienestar ha cumplido su papel histórico. La seguridad ya no es el resultado del trabajo, sino su requisito previo.

Volver al índice

12. Negocios, propiedad y poder

El brazo articulado

El brazo articulado falló el objetivo por tercera vez. En lugar del vaso de agua que había en la mesita de noche, agarró las gafas que estaban junto a él y las empujó por el borde.

«Para», dijo Jonas. El brazo se detuvo en pleno movimiento.

Sabine recogió las gafas y volvió a sentarse en el borde de la cama de pruebas. Llevaba veinte años trabajando como enfermera en una unidad de geriatría y acudía a la antigua nave de cajas de cambios dos veces por semana, después de su turno, para explicar al equipo qué funcionaba y qué no en una sala de enfermería real.

«El problema no es el brazo», dijo. «El problema es que en una mesita de noche real siempre hay demasiadas cosas. Unas gafas, pañuelos de papel, una foto del nieto, tres pastilleros. Vuestro robot cree que una mesita de noche está ordenada».

Jonas asintió y escribió una nota en la tableta. Sentado a su lado estaba Kenji, un ingeniero jubilado de Osaka que llevaba dos meses colaborando en el proyecto a través de un enlace de vídeo, porque se había pasado treinta años construyendo robots industriales y no sabía qué hacer con su tiempo. En la gran pantalla, el asistente de IA ya estaba sugiriendo tres variantes para mejorar el reconocimiento de objetos.

«La segunda está bien», dijo Kenji. «Pero la pinza tiene que ser más suave. Si no, aplastará la foto».

* * *

Un año antes, aquí todavía había una línea de producción de cajas de cambios. Cuando la demanda de coches nuevos se desplomó tras el cambio, la plantilla había pasado tres semanas debatiendo qué hacer con las máquinas, los ingenieros y los doce controladores financieros que no sabían qué hacer. Había sido Sabine quien había dicho durante la cena: «Hay escasez de personal en todo el sector asistencial. Vosotros fabricáis máquinas que pueden agarrar con precisión, ¿no?».

Jonas estaba ahora al frente del proyecto. Nunca antes había gestionado nada que no se midiera en hojas de cálculo. Al principio, por costumbre, llevaba hojas de cálculo de Excel todas las noches. Ahora solo llevaba una: ¿qué residencias se habían puesto en contacto con ellos y qué necesitaban con mayor urgencia?

El propietario de la fábrica, un hombre de la tercera generación de la familia fundadora, se pasaba por allí de vez en cuando. Se había quedado con la empresa, pero ya no tenía que rendir cuentas ante ningún accionista. «Mi abuelo fabricaba bombas para minas», le había dicho una vez a Jonas. «Mi padre fabricaba cajas de cambios. Yo siempre quise fabricar algo que ayudara directamente a la gente. Pensaba que no podía permitirme hacerlo».

* * *

Esa tarde, el equipo publicó los nuevos planos de diseño de la pinza en la base de datos abierta, como hacían cada semana. En el pasado, el departamento de patentes nunca habría permitido algo así. El departamento de patentes ya no existía. Dos de sus abogados trabajaban ahora en el servicio de asesoramiento jurídico de la oficina de coordinación, mientras que un tercero formaba parte del equipo y se ocupaba de las normas de seguridad.

A la mañana siguiente, Jonas encontró un mensaje procedente de Hanói. Un equipo de la universidad había replicado la pinza y la había modificado para que pudiera fabricarse con piezas producibles en cualquier impresora 3D. Su propuesta era mejor que la suya.

Jonas reenvió el mensaje a Kenji. La respuesta llegó un minuto después: «Genial. Seguiremos adelante con eso».

En el aparcamiento, se topó con Bernd, del equipo de montaje, que había recogido un Porsche en el concesionario de la calle principal durante el primer mes tras el cambio. Hoy había vuelto en su vieja ranchera.

«¿Y el Porsche?», preguntó Jonas.

Bernd se encogió de hombros. «Lo devolví. No tiene gracia cuando ya nadie se gira para mirarte».

* * *

De las cajas de cambios a los robots asistenciales

La fábrica de Jonas ha hecho algo que las empresas han hecho una y otra vez a lo largo de la historia: se ha reinventado. Una fábrica de cajas de cambios se ha convertido en un centro de desarrollo de robots asistenciales. Lo novedoso es cómo está ocurriendo esto. No porque el mercado lo exija, sino porque las personas del sector asistencial necesitan ayuda. No tras un velo de patentes, sino abiertamente, con un jubilado en Osaka y un equipo en Hanói. Y no a costa de la familia propietaria, sino en colaboración con ella.

Este capítulo analiza qué ocurre con la propiedad, el espíritu emprendedor, el estatus y el progreso cuando el mercado ya no marca el ritmo.

¿Qué será de la propiedad?

La propiedad es un concepto tan antiguo que nos parece una ley de la naturaleza. Sin embargo, durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la tierra, el agua y los bosques se utilizaban de forma comunitaria. No fue hasta la llegada de la vida sedentaria cuando surgió la propiedad exclusiva de la tierra, y no fue hasta el siglo XVII cuando John Locke le proporcionó una justificación filosófica (Locke, 2008).

Hoy en día, la propiedad de una empresa tiene dos aspectos. Uno es el derecho a configurarla: a decidir qué se produce, cómo se lleva a cabo el trabajo y la dirección en la que se desarrolla la empresa. El otro es el derecho a los rendimientos: a los beneficios, los dividendos y los ingresos derivados de la venta de la empresa.

Tras la transición, el segundo aspecto pierde su importancia, ya que los rendimientos monetarios ya no son necesarios. El primer aspecto, sin embargo, se mantiene. Nadie es desposeído. El propietario de la fábrica de Jonas sigue dirigiendo su negocio. Simplemente, ya no tiene que rendir cuentas ante los accionistas por los rendimientos y, por fin, puede dirigirla como siempre ha querido.

Están surgiendo tres formas de propiedad para el futuro, que pueden coexistir.

Propiedad activa: los propietarios y fundadores actuales siguen dirigiendo su negocio, pero ahora libres de la presión de los mercados de capitales. Este será el caso de muchas empresas familiares.

Propiedad responsable: la empresa pertenece, en cierto sentido, a sí misma. No se vende ni se lega como una mercancía, sino que la dirigen quienes asumen la responsabilidad y poseen los conocimientos necesarios. Hoy en día, esto significa sobre todo que los beneficios permanecen dentro de la empresa y que nadie puede venderla al mejor postor. Este no es un concepto inventado por este libro. Bosch y Zeiss han sido propiedad, en gran medida, de fundaciones durante décadas. Y en Alemania, cientos de empresas, incluidas conocidas medianas empresas, llevan años reclamando una forma jurídica específica para este tipo de empresas: la «Gesellschaft mit gebundenem Vermögen» (Anger, Brors y Greive, 2024). La propia práctica empresarial, por lo tanto, aboga por que el propósito de una empresa prevalezca sobre la rentabilidad financiera. Tras la transición, cuando ya no haya beneficios ni precios de venta, la esencia de esta idea permanece: los talleres, la maquinaria y los conocimientos de la plantilla siguen dedicados de forma permanente al propósito de la empresa y no se desmantelan ni se malversan.

Propiedad común: algunos centros de producción se convierten en nodos de una red abierta, similar a Wikipedia o a los grandes proyectos de código abierto. Cuentan con el apoyo conjunto de los trabajadores y de las personas que dependen de ellos.

En este sentido, los bienes comunes no surgen a través de la nacionalización, sino allí donde el derecho a excluir a otros pierde su significado práctico.

Esto también se aplica a la vivienda. El piso propio sigue siendo el piso propio. Nadie tiene que compartir espacios que no desee compartir. Al contrario: una vez que la vivienda deje de ser objeto de especulación, nadie se verá obligado a abandonar su hogar debido a un aumento del alquiler o a una notificación de rescisión por uso propio del arrendador. La privacidad se vuelve más segura, no menos.

Luego están los bienes escasos mencionados en el capítulo 10: la casa junto al lago, el piso en un edificio antiguo en una ubicación privilegiada. Para estos, se necesitan normas establecidas democráticamente a nivel local —según las necesidades, por rotación o, si es necesario, por sorteo—. Quien viva actualmente en una casa de este tipo no será desahuciado. Pero cuando quede vacía, ya no será la riqueza la que determine quién se mude a ella.

El nuevo papel de los empresarios

¿Qué queda del papel del empresario? Casi todo lo que lo define.

Los conocimientos sobre producción, organización, logística y tecnología son más urgentes que nunca. Solo cambia el objetivo. En lugar de captar cuota de mercado y recortar costes, el objetivo es fabricar productos de calidad, duraderos y reparables, utilizando la menor cantidad posible de material y energía.

El liderazgo también está cambiando. Ya no se basa en las primas ni en la amenaza de despido, sino en la competencia, la confianza y la capacidad de inspirar a las personas para que trabajen en pos de un objetivo común. Quienes tengan buenas ideas, sean capaces de resolver conflictos y tengan presente el bien común seguirán ejerciendo influencia y obteniendo reconocimiento. El papel de los emprendedores se está asemejando, por tanto, al que encarna el honorable comerciante del capítulo 2.

Muchos de los gastos que forman parte de la vida de un emprendedor hoy en día están perdiendo su razón de ser. El entretenimiento, los costosos coches de empresa, los stands en ferias y las cenas de negocios suelen servir ahora menos para el disfrute personal que para conseguir contratos. Quienes ya no necesitan conseguir contratos no tienen necesidad de ellos. Y la relación entre la dirección y el personal está perdiendo su antiguo antagonismo: ya nadie necesita mantener bajos los salarios, ni nadie tiene que luchar por salarios más altos.

El lujo, el estatus y el champán

Bernd ha devuelto su Porsche. «No tiene gracia cuando ya nadie se gira para mirarte».

El economista Thorstein Veblen describió lo que hay detrás de esto ya en 1899 (Veblen, 1899). Muchos artículos de lujo no se compran porque sean especialmente útiles, sino porque son caros. Su precio demuestra a todo el mundo que uno puede permitírselos. En el caso de algunos productos, la demanda incluso aumenta cuando sube el precio. Un Rolex no es, ante todo, un reloj mejor, sino una prueba visible de riqueza.

Si se elimina el precio, esta señal pierde su poder. Un coche deportivo se convierte entonces en un simple coche; un reloj de lujo, en un simple reloj. Cualquiera que hoy se quede delante del expositor de champán suele hacerlo precisamente porque no puede permitirse las botellas. Sin etiquetas de precio, la mayoría de la gente probablemente pasaría de largo —y se decantaría por el vino espumoso que, de todos modos, les sabe

mejor—. Las pocas botellas de champán quedarían entonces reservadas para los verdaderos entendidos.

Esto no significa que ya nadie aprecie las cosas bellas. Seguirá habiendo personas entusiasmadas con la artesanía magistral, los vinos excepcionales o la arquitectura audaz. La diferencia es que estas cosas ya no sirven como signo de superioridad social. Y la publicidad, cuya función hoy en día suele ser despertar nuevos deseos, también pierde su razón de ser.

El poder sin dinero

¿Acaso el poder desaparece cuando lo hace el dinero? No. Pero una determinada forma de poder pierde su fundamento: el poder que surge del dinero y del control sobre el acceso a lo que la gente necesita para vivir.

Esto se hace más evidente en el cabildeo. En la economía actual, no se trata de una falta moral por parte de los individuos, sino de una estrategia perfectamente comprensible: cualquiera que tenga la posibilidad de obtener o perder una gran cantidad de dinero como resultado de decisiones políticas intentará influir en ellas. Tras la transición, este motivo dejará de existir. Nadie tendrá una razón económica para retener una patente, defender un monopolio o suavizar las normativas medioambientales.

Surgirán nuevas formas de poder, principalmente a través del control de la información y la infraestructura digital. En el capítulo 7 se ha descrito cómo protegerse contra ello. La mejor protección sigue siendo una población vigilante e informada que sepa que puede moldear colectivamente sus propias circunstancias.

Progreso sin la presión del mercado

Una de las objeciones más fuertes a una economía sin mercado es que, sin competencia, no puede haber innovación. Hayek describió la competencia como un «proceso de descubrimiento», tal y como vimos en el capítulo 7.

Para ser justos, la competencia ha generado, efectivamente, innovaciones extraordinarias. El smartphone, el coche eléctrico y las vacunas de ARNm probablemente no habrían surgido tan rápidamente sin empresas dispuestas a asumir riesgos y a obtener beneficios de ellos. Pero hay otra cara de la moneda. Las vacunas de ARNm se basan en décadas de investigación básica financiada con fondos públicos, por la que Katalin Karikó y Drew Weissman recibieron el Premio Nobel de Medicina en 2023. Y el mercado deja vacíos allí donde la investigación no es rentable. Desde 2017, solo se han aprobado doce nuevos antibióticos, diez de los cuales pertenecen a clases de principios activos ya conocidas, a pesar de que, según estimaciones de la Organización Mundial de la Salud, los gérmenes resistentes causaron directamente 1,27 millones de muertes en todo el mundo solo en 2019. Muchas empresas farmacéuticas están abandonando el desarrollo porque los nuevos antibióticos —que deben utilizarse con la mayor moderación posible— son difíciles de comercializar (DZIF, 2024).

Otros ejemplos demuestran que el descubrimiento puede tener éxito incluso sin competencia. El sistema operativo Linux, sobre el que funciona hoy en día gran parte de Internet, es desarrollado de forma colaborativa por miles de voluntarios y empresas. Wikipedia es más grande que cualquier enciclopedia que se haya vendido jamás. Durante siglos, la ciencia ha prosperado gracias al principio de que los hallazgos se publican y otros los aprovechan para seguir avanzando.

Las investigaciones sobre la motivación lo confirman. La curiosidad, el sentido de propósito y el deseo de hacer algo bien conducen, a largo plazo, a resultados mejores y más creativos que la presión económica (Ryan y Deci, 2000). Cuando se elimina la presión de que toda idea deba venderse, las posibilidades aumentan, no disminuyen: pueden materializarse ideas que antes se dejaban de lado por no ser rentables. Y el conocimiento que antes estaba encerrado tras las patentes pasa a estar al alcance de todos —al igual que los planos de diseño del brazo articulado, que se mejoraron de la noche a la mañana en Hanói.

Los seres humanos y la IA como socios

Hay otro avance que arroja nueva luz sobre la cuestión del progreso: hoy en día, el progreso surge cada vez más de la colaboración entre los seres humanos y la inteligencia artificial.

El ejemplo más llamativo proviene de la biología. Durante décadas, una de las tareas más complejas de la ciencia fue determinar la estructura espacial de las proteínas —los componentes básicos de toda forma de vida—. A menudo, un equipo de investigación tardaba años en analizar una sola proteína. El sistema de IA AlphaFold ha predicho las estructuras de más de 200 millones de proteínas (Jumper et al., 2021). Los resultados están disponibles de forma gratuita para investigadores de todo el mundo y están acelerando el desarrollo de medicamentos y vacunas. En 2024, este trabajo fue galardonado con el Premio Nobel de Química.

Incluso antes de esto, ya había quedado claro lo fructífera que puede ser la combinación de la intuición humana y la potencia de cálculo. En 2011, los jugadores del juego en línea «Foldit» resolvieron la estructura de una enzima en tres semanas, algo que los científicos no habían logrado hacer durante más de una década (Khatib et al., 2011). Muchos de ellos carecían de formación científica. Aportaron algo de lo que carecían los ordenadores: la percepción espacial y la pasión por resolver acertijos.

Para una economía libre de presiones de mercado, este avance es significativo por dos razones.

En primer lugar, la IA reduce las barreras a la innovación. En el pasado, cualquiera que quisiera desarrollar una nueva máquina necesitaba un equipo numeroso, laboratorios costosos y, en la mayoría de los casos, inversores que esperaran obtener un rendimiento de su inversión. Hoy en día, un pequeño equipo con un asistente de IA puede realizar simulaciones de diseños, comparar variantes e identificar errores, tareas que antes

llevaban meses. Lo que importa entonces ya no es si se pueden encontrar inversores, sino si se puede encontrar a personas que consideren valiosa una idea y quieran trabajar en ella.

En segundo lugar, la IA multiplica el impacto del intercambio de conocimientos. Cuando el conocimiento es de libre acceso, una IA puede recopilarlo de todos los rincones del mundo, identificar conexiones y hacer sugerencias que a un solo equipo nunca se le habrían ocurrido. El brazo articulado del taller de Jonas es el resultado de la experiencia de un cuidador, los conocimientos de un ingeniero de Osaka, la creatividad de un equipo de Hanói y las sugerencias de un asistente de IA. Ninguno de ellos habría podido construirlo tan bien por sí solo.

También en este caso, la honestidad es clave. El desarrollo actual de la IA está impulsado en gran medida por empresas privadas y por inversiones masivas. AlphaFold fue desarrollado por una filial de uno de los mayores conglomerados tecnológicos del mundo. Los defensores del mercado señalarán esto, con razón. Pero este mismo ejemplo demuestra que el mayor beneficio surgió cuando se compartieron los resultados. La tecnología en sí misma es neutral. Que sirva a la competencia o a la colaboración depende de cómo la utilicemos. Para que sirva a la colaboración, necesitamos modelos abiertos, datos abiertos y el control democrático del que se habla en el capítulo 7.

El progreso ya no sería entonces el resultado de una carrera en la que uno gana y los demás pierden. Sería el logro conjunto de personas y máquinas, del que todos se benefician.

Puntos clave en resumen

- La propiedad pierde su función de generar beneficios, pero no su función de dar forma. Nadie se ve desposeído. Junto a la propiedad activa, existe la propiedad responsable —como en Bosch y Zeiss— y la propiedad común.
- Los emprendedores siguen siendo indispensables. Sus conocimientos sirven ahora para crear productos buenos y duraderos, en lugar de cuota de mercado. El liderazgo se basa en la competencia y la confianza.
- El lujo pierde su función como símbolo de estatus. Al desaparecer el dinero, el cabildeo también pierde su fuerza motriz.
- Se puede lograr el progreso incluso sin la presión del mercado, a través de la colaboración abierta y, cada vez más, mediante la asociación entre los seres humanos y la IA. Para que esto beneficie a todos, se necesitan modelos abiertos y datos abiertos.

Volver al índice

13. Asistencia, infraestructuras y el Estado

El artilugio

Walter se había resbalado en los escalones que llevaban al molino en primavera. Se había fracturado el cuello del fémur; la operación había salido bien, pero desde entonces no podía salir de casa sin su andador. Odiaba el andador. Lo llamaba «el artilugio».

Un jueves por la mañana, estaba sentado en su sillón junto a la ventana cuando Marta, del servicio de asistencia, llamó al timbre. Le ayudó a asearse, le cambió el apósito de la cicatriz, comprobó sus pastillas y realizó con él los ejercicios que le había prescrito el fisioterapeuta. Después se sentó con él y tomó un café.

«Antes solo disponía de doce minutos para usted», le dijo. «Aseo, pastillas, adiós. Entraba y salía a toda prisa, y ya tenía al siguiente paciente en mi tableta en el coche. Probablemente su hija nunca me habría conocido».

«¿Y ahora?»

«Ahora tengo todo el tiempo que haga falta». Sonrió. «Hoy, parece que se tarda lo que se tarda en tomarse un café».

Walter le habló del molino, de su abuelo y del panadero Huber. Marta escuchó. Ya había oído la historia dos veces. No lo dijo.

* * *

Hacia el mediodía, Anna llegó con un poco de sopa. Desde que había reducido su jornada a cuatro días a la semana en la panadería, venía todos los jueves y domingos. Poco después de que llegara, alguien subió haciendo ruido por las escaleras: era Mira, con un chaleco naranja de alta visibilidad y el pelo recogido bajo una gorra.

«Pero ¿qué pinta llevas?», preguntó Walter.

«Recogida de basura», dijo Mira con orgullo. «Una mañana al mes. Iba en la parte de atrás del camión. A las seis de la mañana».

«¿Y?»

«Apesta. Es un trabajo duro. Hace frío». Se quitó el chaleco. «Y el señor Yılmaz, que lleva veintidós años haciéndolo, me dijo que, por primera vez en su vida, no le da vergüenza decir a qué se dedica. Porque ahora todo el mundo lo ha probado. Incluso el alcalde».

Walter se rió tanto que tuvo que toser.

* * *

Por la tarde, Jonas y Sabine trajeron una gran caja de cartón.

«Versión siete», dijo Jonas, colocando un delgado brazo articulado junto al sillón de Walter. «Necesitamos a alguien que lo pruebe en la vida real».

«No soy un conejillo de indias», dijo Walter.

«Eres el paciente más testarudo que conocemos», dijo Sabine. «Precisamente por eso».

Walter refunfuñó. Pero cuando los demás estaban en la cocina, miró hacia la mesita de noche, donde yacían sus gafas entre los pastilleros, un pañuelo y la foto enmarcada de su mujer. Dijo en voz baja: «Gafas».

El brazo zumbó, apartó con cuidado el pañuelo, rodeó la foto y le trajo las gafas.

Walter se las puso y se quedó mirando el brazo un rato.

«De acuerdo», dijo. «Pero sigues sin deshacerte de ese artilugio».

* * *

Aquella noche, una vez que todos se habían marchado, Anna se quedó un rato más con él.

«¿Sabes qué es lo mejor?», dijo Walter. «No es el robot. Ni la sopa». Miró por la ventana hacia la calle, donde hombres y mujeres de la oficina de coordinación llevaban una semana sustituyendo las viejas tuberías de agua. Durante décadas les habían dicho que no había dinero para ello. «Lo mejor es que ya nadie mira el reloj».

* * *

Cuando vuelva a haber tiempo

El comentario de Walter al final del día resume lo que podría cambiar en el sector asistencial: ya nadie mira el reloj. Marta tiene tiempo para un café, Anna para su sopa, Mira para su turno en el camión de la basura. Y fuera, junto a la ventana, se están sustituyendo las tuberías de agua —tuberías para las que, durante décadas, «no había dinero».

Este capítulo trata sobre las tareas que mantienen unida a una sociedad: los cuidados, el trabajo desagradable, las infraestructuras, la ley y la seguridad. Y se pregunta qué papel desempeña el Estado cuando ya no tiene que gestionar el dinero.

Cuidados: los cimientos salen a la luz

En Alemania, casi 5,7 millones de personas necesitaban cuidados a finales de 2023. Alrededor del 86 % de ellas recibían cuidados en el hogar, y más de la mitad de todas las personas que necesitaban cuidados eran atendidas exclusivamente por familiares (Destatis, 2024). A esto hay que añadir las residencias, los servicios ambulatorios y los hospitales, donde trabajan cientos de miles de cuidadores; y, sin embargo, en todas partes hay escasez de personal.

Casi ningún otro sector ilustra tan claramente las limitaciones del sistema económico actual. La atención a las personas no se puede acelerar a voluntad. Quien lava a una persona mayor, la escucha y la tranquiliza no puede hacerlo el doble de rápido sin que

algo se pierda. Sin embargo, la atención se factura por minutos. Los servicios ambulatorios suelen disponer de solo unos minutos para una visita, mientras que los hospitales se financian desde 2004 mediante pagos a tanto alzado por caso, que premian la estancia más breve posible (Winker, 2015). Muchos cuidadores no abandonan su profesión porque no les guste, sino porque, en estas condiciones, no pueden proporcionar los cuidados que consideran adecuados.

Tras la transición, esta presión desaparecerá. La asistencia ya no se facturará por minutos, sino en función de lo que la persona necesite. Marta dispondrá de todo el tiempo que sea necesario. Los hospitales ya no tendrán que autofinanciarse. La decisión de cerrar una sala se basará en si es necesaria, no en si es rentable.

Las familias también ganarán mayor margen de maniobra. Si las horas de trabajo socialmente necesarias disminuyen, tal y como se describe en el capítulo 11, los familiares tendrán más tiempo para dedicarse a los cuidados. Anna podrá visitar a su padre dos veces por semana, y Svetlana podrá cuidar de su madre. La frontera entre los cuidados profesionales y los familiares se vuelve más permeable: los profesionales asumen las tareas que requieren conocimientos especializados, mientras que las familias, los vecinos y los voluntarios complementan los cuidados que exigen atención personal.

Y la tecnología puede ayudar. Un brazo articulado que recoge unas gafas, una grúa que facilita sacar a alguien de la cama, sensores que avisan en caso de caída... Estas ayudas alivian la carga de los cuidadores sin sustituir la interacción humana. En una economía que ya no da prioridad al beneficio, se desarrollan allí donde se necesitan, como en la fábrica de Jonas.

No debemos idealizar esto. El cuidado sigue siendo exigente, tanto física como emocionalmente. Seguiremos necesitando profesionales bien formados, y no todas las familias pueden o están dispuestas a cuidar ellas mismas de sus familiares. Pero el cuidado ya no se considera un factor de coste, sino lo que es: la base sobre la que se sustenta todo lo demás. Y dado que hoy en día lo realizan principalmente las mujeres, ya sea de forma no remunerada o mal remunerada, este reconocimiento supone también un gran paso hacia la igualdad.

¿Quién hace el trabajo sucio?

Jonas planteó esta pregunta con un signo de interrogación en el capítulo 10, y merece una respuesta detallada. Hoy en día, gran parte del trabajo pesado, sucio y peligroso lo realizan personas que no tienen otra opción: en el sector de bajos salarios, a menudo con escaso reconocimiento, con frecuencia inmigrantes. Si desaparece la obligación de dedicarse al trabajo asalariado, también desaparece esta forma de distribución. ¿Y entonces qué?

La respuesta tiene tres partes.

En primer lugar, habrá menos trabajo de este tipo. Si los productos son duraderos y reparables, se generan menos residuos. Si se transporta menos, hay menos trabajo de almacén. Una gran parte del trabajo desagradable está vinculada al volumen de lo que se produce y se desecha.

En segundo lugar, más máquinas. Muchos puestos de trabajo ya podrían automatizarse hoy en día. A menudo esto no ocurre porque la mano de obra barata resulta más económica a corto plazo que una máquina cara, y porque los empleados temen, con razón, perder sus puestos de trabajo. Ambas razones dejan de ser válidas. La automatización ya no se teme, sino que se acoge con agrado.

En tercer lugar, la responsabilidad compartida. Lo que no se puede evitar ni automatizar se reparte entre muchas personas. Mira se sube al camión de la basura una vez al mes, al igual que el alcalde. Para el señor Yılmaz, que lleva veintidós años realizando este trabajo, esto supone no solo una menor carga de trabajo, sino también un reconocimiento. Estamos familiarizados con este tipo de sistemas de rotación gracias al voluntariado, al alojamiento compartido y a las cooperativas. Queda por ver si son sostenibles a largo plazo y a gran escala. Allí donde no sean suficientes, las comunidades tendrán que encontrar nuevas soluciones, como turnos más cortos o formas especiales de reconocimiento para quienes asuman estas tareas.

Infraestructuras según las necesidades

Justo delante de la ventana de Walter se están sustituyendo las tuberías de agua. Esto tampoco es una coincidencia en la narración. Solo en las administraciones locales alemanas se ha acumulado a lo largo de los años un déficit de inversión de unos 231 000 millones de euros (KfW, 2026): colegios en ruinas, puentes que necesitan reparación, tuberías viejas, falta de carriles bici. La razón era casi siempre la misma: no hay dinero para ello.

Tras la transición, la pregunta adquiere una forma diferente: ¿se dispone de los materiales, la maquinaria y el personal necesarios para realizar el trabajo? En la mayoría de los casos, la respuesta es sí. El hormigón se suministra porque se necesita. Los obreros de la construcción están trabajando porque están renovando la escuela de sus propios hijos. Y la oficina de coordinación regional —como la del antiguo ayuntamiento donde trabaja Thomas Kessler— decide qué tiene prioridad.

Muchas decisiones relativas a las infraestructuras pueden tomarse a nivel local. Las autoridades locales suelen saber mejor que las oficinas centrales lejanas si necesitan un centro médico, una nueva línea de autobús o la renovación de una escuela. Los proyectos de mayor envergadura, como las redes eléctricas, las líneas ferroviarias o los hospitales con departamentos especializados, requieren una coordinación suprarregional. Las herramientas digitales del capítulo 7 pueden ayudar a dirigir los materiales, los expertos y la maquinaria hacia donde se necesitan, sin necesidad de una autoridad central de planificación. Para ello se necesitan personas capaces de organizar este tipo de proyectos

y de convencer a otros de la causa. Su poder ya no se basará entonces en el dinero, sino en la competencia y la confianza.

Algunos de los proyectos a gran escala actuales, por el contrario, perderán su importancia. Una gran parte del transporte de mercancías se debe a que los productos se fabrican donde resulta más barato. Si los costes dejan de ser un factor determinante, gran parte de la producción podrá volver a realizarse en la región donde tenga sentido desde el punto de vista ecológico y técnico.

El Estado: de tesorero a coordinador

¿Qué será del Estado? Una parte significativa de su labor actual gira en torno al dinero: recaudar impuestos, calcular y abonar prestaciones sociales, distribuir subvenciones, elaborar presupuestos y gestionar la deuda. Estas tareas dejarán de ser necesarias.

Otras tareas se mantendrán y cobrarán mayor importancia. El Estado seguirá siendo el foro en el que una sociedad decide democráticamente sobre sus asuntos comunes. Protege los derechos fundamentales, garantiza la justicia y la seguridad, establece límites medioambientales y mantiene la infraestructura. Quien hoy tema que una economía sin mercado requiera un Estado todopoderoso puede estar tranquilo: ocurre todo lo contrario. El Estado ya no necesita redistribuir la riqueza, por lo que tampoco necesita ejercer tanto control.

Muchos organismos administrativos que actualmente dirigen los flujos financieros podrían convertirse en centros de coordinación que evalúen las necesidades, corrijan los desequilibrios y organicen proyectos. Gran parte de la competencia pasará al ámbito de las autoridades locales y las regiones, donde la gente conoce mejor las circunstancias locales. Sin embargo, el Estado de derecho se mantiene, con tribunales independientes, elecciones democráticas y la protección de las minorías. Es un logro que ningún sistema económico puede sustituir.

Derecho y seguridad

Una gran parte de la delincuencia actual está relacionada con el dinero y los bienes. Según las estadísticas policiales sobre delincuencia, los robos y los fraudes representaron en conjunto alrededor del 45 % de todos los delitos registrados en 2025 (Oficina Federal de Policía Criminal, 2026). A esto se suman la evasión fiscal, el blanqueo de capitales y gran parte de la delincuencia organizada. Muchos de estos delitos perderán su razón de ser tras la transición. Si las personas pueden obtener todo lo que necesitan, no tienen por qué robar. Donde no hay dinero, nadie puede ser estafado.

Quedan otros conflictos. Los celos, las disputas, las crisis de salud mental, la violencia y el abuso de poder forman parte de la convivencia humana y no desaparecerán. Una sociedad sigue necesitando protección frente a la violencia y, para ello, seguirá necesitando a la policía y a los tribunales en el futuro.

Lo que sí puede cambiar es la naturaleza de la respuesta. La legislación alemana ya reconoce la mediación entre víctima y infractor, en la que ambos colaboran para buscar una reparación. En Nueva Zelanda, este proceso ha sido el enfoque habitual en la justicia penal juvenil desde 1989. Se puede dar mayor importancia a la prevención, la mediación, la terapia y la restitución si se cometen menos delitos por desesperación. El objetivo sigue siendo el mismo: proteger a las personas y hacer frente a la injusticia.

El hogar, las fronteras y la migración

Las personas se sienten vinculadas a su región, su lengua y su historia. En este sentido, nada cambia, y no hay motivo para querer cambiarlo. El hogar sigue siendo el hogar.

Lo que está cambiando es la importancia económica de las fronteras. Hoy en día, también protegen los mercados, los puestos de trabajo y los sistemas sociales. Tras la transición, pierden esta función porque ya no hay mercados ni salarios que proteger.

Esto tiene consecuencias para la migración. Hoy en día, muchas personas no abandonan su patria por voluntad propia, sino a causa de la pobreza, la falta de perspectivas, la guerra o la destrucción del medio ambiente. Una vez que se garantice el abastecimiento global, al menos las razones económicas perderán su peso. La migración seguirá existiendo —impulsada por la curiosidad, el amor, la sed de aventura o el deseo de vivir en otro lugar durante un tiempo y de ayudar—. Pero se producirá con menos frecuencia por necesidad. No debemos ignorar el hecho de que aún pueden surgir tensiones entre culturas. Sin embargo, las tensiones que ya no se ven agravadas por la competencia por el empleo y la vivienda son más fáciles de resolver.

Guerra y paz

Cuando Dwight D. Eisenhower dejó el cargo de presidente de los Estados Unidos en 1961, advirtió en su discurso de despedida contra la creciente influencia del «complejo militar-industrial». Sabía de lo que hablaba: había sido comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Su preocupación era que una poderosa industria armamentística desarrollara un interés particular en el rearme.

Una vez completada la transición, ya no habrá dinero que ganar con las armas. No habrá más mercados que conquistar, ni fuentes de materias primas que deban controlarse para poder venderlas, ni rutas comerciales que haya que controlar. Como resultado, muchos de los motores económicos de los conflictos perderán su fundamento. Los fabricantes de armas, al igual que la fábrica de cajas de cambios de Jonas, podrán aplicar su experiencia a otras tareas.

Sin embargo, para ser sinceros, no todas las guerras tienen causas económicas. Las guerras también se libran por sed de poder, ideología, nacionalismo o fanatismo religioso. Un mundo sin mercado no garantiza la paz, y también necesita protección frente a la violencia. Precisamente por esta razón, la transición solo puede tener éxito si todos los Estados la emprenden verdaderamente de forma conjunta.

Lo que queda es la esperanza bien fundada de que un mundo en el que ya nadie pueda enriquecerse a través de la guerra y en el que se satisfagan las necesidades de todos sea un mundo más pacífico.

Puntos clave en resumen

- Los cuidados ya no se facturan por minutos, sino en función de las necesidades. El personal cualificado, las familias y la tecnología se complementan entre sí. Los cuidados se reconocen como la base de la sociedad.
- El trabajo desagradable se reduce, se automatiza cada vez más y se reparte entre muchos. Queda por ver si esto será suficiente a largo plazo.
- Las infraestructuras se construyen cuando hay materiales y personas disponibles, no solo cuando hay dinero. El Estado pasa de ser un tesorero a un coordinador; se mantiene el Estado de derecho.
- Muchos delitos y causas económicas de la guerra pierden su fundamento. La protección contra la violencia sigue siendo necesaria.

Volver al índice

Parte V – El mundo

14. Reciprocidad en lugar de disparidad

Los árboles bajo tierra

Mira se había imaginado la reforestación de otra manera. Se había imaginado plantones, largas hileras de árboles jóvenes, bidones de agua y las fotos que le enviaría a Anna. En cambio, al tercer día en Ferlo, en el norte de Senegal, estaba arrodillada en la tierra roja, utilizando unas tijeras de podar para recortar un arbusto que parecía matorral.

«Así no», dijo Aminata, quitándole las tijeras de podar de la mano. «Dejas los tres brotes más fuertes. Corta los demás. ¿Ves?». Señaló al suelo. «Eso no es un matorral. Es un árbol que lleva veinte años intentando volver a ser un árbol. Las raíces siguen ahí. Cada año vienen las cabras y se lo comen. Solo tenemos que echarle una mano».

Aminata era ingeniera agrónoma y había estudiado en Dakar y Montpellier. Coordinaba el trabajo en once pueblos a lo largo de la Gran Muralla Verde, un cinturón de árboles y arbustos que algún día se pretendía que se extendiera a lo largo de toda África, desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Mira era una de las veinte voluntarias de Europa que habían venido para pasar tres meses allí.

«Pensaba que estábamos plantando árboles», dijo Mira.

«Eso también lo hacemos. Pero los plantones necesitan agua, y aquí el agua escasea. La mayoría de los árboles recién plantados mueren durante su primer año». Aminata cortó un brote delgado. «Los agricultores de Níger lo descubrieron ya en los años ochenta. Los árboles ya están ahí. Bajo tierra. Solo hay que dejarlos crecer».

* * *

Por la tarde, se sentaron fuera de la casa del tío de Aminata a tomar té, que él volvió a preparar tres veces, haciéndolo cada vez más dulce. La bomba alimentada con energía solar, que había llegado dos meses antes desde una fábrica en España, zumbaba silenciosamente junto al pozo. Un chico del pueblo le enseñó a Mira el mapa en su móvil que el dron había tomado esa tarde: cada árbol protegido estaba marcado con un punto verde.

«¿Quién te enseñó eso?», preguntó Mira.

«Un hombre de Holanda. Por videollamada». Sonrió. «Pero yo soy más rápido que él».

El tío de Aminata preguntó algo en wolof. Aminata tradujo: «Quiere saber por qué estás aquí. Si es que no hay trabajo en Alemania».

Mira se quedó pensativa un momento. «Dile que llevo tres años escribiendo ensayos sobre cómo salvar el mundo. Quería ver por mí misma cómo se hace de verdad».

El tío escuchó la traducción, se rió y dijo algo que Aminata no quiso traducir al principio.

«Dice —dijo ella al fin— que los europeos llevan ciento cincuenta años viniendo aquí para decirnos cómo se hacen las cosas. Tú eres la primera en traer unas tijeras de podar».

* * *

Más tarde, Mira llamó a casa. La conexión por satélite funcionaba sorprendentemente bien. Anna estaba sentada en la cocina, con Walter a su lado con su andador.

Mira les habló de los árboles subterráneos, de la bomba que funcionaba con energía solar y del té.

«¿Y qué están aprendiendo de ti?», preguntó Walter.

Mira se quedó pensativa un momento. «Cómo analizar los mapas de los drones. Y les he enseñado a reparar la bomba cuando se atasca el filtro. Lo había visto en un vídeo». Hizo una pausa. «Pero, en realidad, yo estoy aprendiendo más de ellos. Aquí nadie pregunta cuánto cuesta algo. Aquí todo el mundo pregunta quién lo necesita. Eso ya lo sabían hacer antes».

Walter asintió lentamente. «Mi abuelo también sabía hacerlo», dijo. «Es solo que lo hemos olvidado».

Fuera de la casa de Aminata, alguien empezó a tocar el tambor. Mira asomó el móvil por la ventana para que su abuelo pudiera oírlo.

* * *

Lo que Mira aprendió en Ferlo

Mira viajó a Senegal para plantar árboles. Aprendió que los árboles ya están ahí. El método que Aminata le está enseñando se llama en inglés «Farmer Managed Natural Regeneration», que se traduce más o menos como: reforestación natural llevada a cabo por los propios agricultores. Se desarrolló en la década de 1980 en Níger, conjuntamente por agricultores locales y el científico agrícola australiano Tony Rinaudo. Desde entonces, solo en Níger se han recuperado millones de hectáreas de vegetación, no mediante costosas plántulas, sino gracias al conocimiento, la paciencia y unas tijeras de podar.

Este capítulo explora cómo están cambiando las relaciones entre las regiones ricas y las más pobres del mundo cuando el dinero y el poder adquisitivo ya no determinan hacia dónde fluyen los recursos. Y muestra que no solo el Sur puede aprender del Norte, sino también al revés.

El mundo antes de la transición

Para ser sinceros, primero debemos reconocer un hecho. En las últimas décadas, la economía de mercado global ha sacado de la pobreza extrema a cientos de millones de personas, especialmente en China, la India, Vietnam y otros países asiáticos. El comercio

mundial ha llevado conocimientos, tecnología y medicamentos a regiones que antes no tenían acceso a ellos. Esto forma parte de la evaluación del mercado expuesta en el capítulo 2.

Sin embargo, hay otra cara de la moneda. Alrededor de 3 300 millones de personas viven en países que gastan más dinero en el pago de los intereses de su deuda que en sanidad o educación (UNCTAD, 2024). Las exportaciones agrícolas subvencionadas procedentes de Europa —como la leche en polvo o los cortes de pollo— han sometido a los agricultores locales a una gran presión en los países de África Occidental. Y durante la pandemia de COVID-19, las vacunas se administraron primero en lugares donde la gente podía permitírselas. En muchos países pobres, solo llegaron cuando los países ricos ya llevaban mucho tiempo abastecidos.

No se trata de un fallo moral por parte de gobiernos o empresas concretos. Es la consecuencia de un sistema en el que los bienes fluyen hacia donde hay poder adquisitivo, en lugar de hacia donde hay necesidad. Como vimos en el capítulo 7, el mercado es eficiente en este sentido, pero no es justo.

Basado en la urgencia, más que en el poder adquisitivo

Tras la transición, esta lógica cambiará. Los alimentos, los medicamentos y los productos técnicos ya no fluirán hacia donde se paguen los precios más altos, sino hacia donde se necesiten con mayor urgencia.

En un primer momento, esto significará que los excedentes de los países ricos se redirigirán a las regiones que sufren una escasez aguda. Hoy en día, parte de los alimentos se destruyen o se retienen para mantener estables los precios. Esa razón ya no es válida. No se trata de ayuda al desarrollo con condiciones, ni de caridad. Es simplemente lo más sensato que se puede hacer con los excedentes. Y es una medida transitoria, no una relación permanente entre donantes y receptores.

No es necesario reinventar la logística para ello. Los puertos, los buques portacontenedores y las rutas de transporte ya existen. La conectividad digital también está más extendida de lo que cabría pensar: se puede llegar a alrededor del 96 % de la población mundial a través de una red móvil (UIT, 2026), y las redes de satélite conectan ahora incluso zonas remotas. Un pueblo de Ferlo puede comunicar su necesidad de bombas solares con la misma facilidad con la que la panadería de Anna puede comunicar su necesidad de harina.

Compartir conocimientos en lugar de exportar mercancías

A largo plazo, el intercambio de conocimientos es más importante que el transporte de mercancías. Si las patentes dejan de servir para proteger los beneficios, los planos de construcción, los procesos de fabricación y los conocimientos médicos podrán compartirse libremente —al igual que los planos del brazo articulado del capítulo 12, que

se mejoraron en Hanói—. Los medicamentos y las vacunas podrán producirse allí donde se necesiten.

El factor crucial aquí es quién toma las decisiones. La propia población local determina qué tecnología se adapta a sus circunstancias. Quizá surjan sistemas sanitarios que combinen el diagnóstico moderno con los conocimientos curativos tradicionales. Quizá un pueblo opte por no instalar una planta a gran escala y se decante por muchas pequeñas bombas alimentadas con energía solar. No se trata de la exportación de una solución ya preparada, sino de un desarrollo conjunto.

Esto también supone una ruptura con algunas experiencias del pasado. A partir de 1990, los países de Europa Central y Oriental se integraron en el sistema económico occidental, de acuerdo con sus normas y estándares. En gran medida fue un éxito, pero muchas personas también lo vivieron como un proceso de adaptación unilateral. Tras la transición, el objetivo no es que una región se adapte a otra, sino que los socios colaboren en pie de igualdad.

Grandes proyectos sin endeudamiento

Muchos de los principales retos medioambientales de las próximas décadas se encuentran en regiones que actualmente se consideran pobres. La Gran Muralla Verde, en la que trabaja Mira, es una iniciativa puesta en marcha por la Unión Africana en 2007. Su objetivo es frenar la expansión del desierto al sur del Sáhara. Bangladés necesita diques y bosques de protección para defenderse de la subida del nivel del mar. El norte de África cuenta con suficiente luz solar para cubrir una gran parte de sus propias necesidades eléctricas y de las nuestras.

Hoy en día, este tipo de proyectos suelen fracasar o retrasarse debido a la falta de financiación. Los países afectados dependen de préstamos, de la ayuda al desarrollo o de inversores privados. Los préstamos deben devolverse con intereses, la ayuda está sujeta a condiciones y los inversores esperan una rentabilidad que difícilmente se puede obtener con la reforestación de un desierto.

Tras la transición, la cuestión aquí tampoco es ya si un proyecto es viable desde el punto de vista financiero, sino si se dispone de los materiales, los conocimientos y las personas necesarios. Las bombas solares de España, los mapas elaborados con drones de los Países Bajos y los ingenieros de Europa y Asia están llegando allí donde se necesitan. Y no trabajan como cooperantes que saben lo que es mejor para los demás, sino como socios junto a quienes mejor conocen su tierra y sus ecosistemas.

Aprendizaje en ambos sentidos

El tío de la historia de Mira lo expresó de forma concisa: los europeos llevan ciento cincuenta años viniendo a explicarnos cómo se deben hacer las cosas. Tras la transición, la tendencia en materia de aprendizaje podría invertirse, al menos en parte.

El método de revegetación natural es solo un ejemplo. En muchas regiones del Sur Global existe un sistema resiliente de agricultura a pequeña escala que se las arregla con poco fertilizante, pocas máquinas y poca energía (Dorlöchter-Sulser, 2022). Existen formas de apoyo vecinal y de actividad económica comunitaria que se han perdido en muchas partes del Norte. Y la huella ecológica de la mayoría de los países del Sur sigue estando dentro de lo que la Tierra puede soportar, a diferencia de lo que ocurre en los países ricos (Footprint, 2026).

En los Andes, la gente habla del «Buen Vivir» o «Sumak Kawsay», la buena vida: no vivir mejor que los demás, sino vivir bien con los demás y con la naturaleza. Ecuador y Bolivia han incorporado este principio a sus constituciones. En el sur de África, el «Ubuntu» encarna la creencia: «Soy porque somos» (Acosta, 2017; Fatheuer, 2011). En Senegal, la hospitalidad se conoce como «Teranga» y se considera la base de la vida comunitaria. Estos conceptos describen una actitud que encaja bien con una economía libre de la presión por crecer.

Sin embargo, no hay que caer en la trampa de idealizar la situación en sentido contrario. La pobreza, la violencia, la corrupción y la desigualdad también existen en el Sur, y no todas las tradiciones son justas. El Norte, por su parte, aporta mucho de lo que se necesita: conocimientos médicos, tecnología, experiencia organizativa y ciencia. No se trata de idealizar a una de las partes, sino de reconocer que cada región tiene algo que aportar.

Las personas del Norte que, como Mira, pasan una temporada trabajando en el Sur, se llevan estas experiencias de vuelta a casa. Quizá más adelante, de vuelta en casa, ayuden a transformar naves industriales en desuso en talleres y lugares de encuentro, o a revitalizar barrios que han caído en el abandono durante las últimas décadas. El comentario de Walter por teléfono alude a esto: algunas de las cosas que aún perduran en el Sur también eran familiares para nuestros abuelos. Simplemente lo hemos olvidado.

Colaboración en lugar de disparidad

Si el dinero dejara de fluir entre las regiones del mundo, la división entre acreedores y deudores, entre donantes y receptores, también perdería su fundamento. Ya no habría ayuda al desarrollo, sino más bien un fondo común de recursos, conocimientos y mano de obra, del que todas las regiones podrían servirse según sus necesidades y al que todas podrían contribuir según sus capacidades. La autosuficiencia regional seguiría siendo la base, mientras que la cooperación global proporcionaría el equilibrio.

Eso no sería el paraíso. Seguiría habiendo conflictos, malentendidos e ideas divergentes sobre lo que es correcto. Pero ya nadie desempeñaría el papel de suplicante o benefactor. Cada región, cada cultura tendría algo que aportar. Quizá ese sea el cambio más importante de todos: que las personas a ambos lados del ecuador puedan tratarse mutuamente como socios.

Para las personas del Sur Global, esto no significa renunciar a ponerse al día. Se ponen al día en lo que realmente importa: alimentación, vivienda, salud, educación y seguridad, y además de forma directa, en lugar de a través de décadas de crecimiento que para muchos nunca llegan. Esto solo es creíble si el Norte también reduce su consumo excesivo. Los cálculos indican que una vida digna para todas las personas sería posible con mucha menos energía de la que se consume hoy (Millward-Hopkins et al., 2020).

Puntos clave en resumen

- El comercio mundial ha sacado de la pobreza a muchas personas. Sin embargo, incluso hoy en día, los bienes fluyen hacia donde hay poder adquisitivo, no hacia donde hay necesidad. Muchos países pobres pagan más en intereses de lo que gastan en asistencia sanitaria.
- Tras la transición, los bienes se distribuirán según su urgencia. Los excedentes fluirán temporalmente hacia las regiones necesitadas, mientras que los conocimientos y los planes de construcción se compartirán libremente. La población local decidirá por sí misma qué es lo que más le conviene.
- Los grandes proyectos medioambientales, como la Gran Muralla Verde, ya no se verán frenados por los préstamos ni por las expectativas de rentabilidad.
- El aprendizaje fluye en ambas direcciones: el Sur Global aporta conocimientos ecológicos y comunitarios, mientras que el Norte Global aporta tecnología y medicina. Los donantes y los receptores se convierten en socios.

Volver al índice

15. Epílogo – La comida está lista

Un domingo cualquiera

Mira había regresado de Senegal el viernes, bronceada y con una maleta llena de flores de hibisco para hacer té. A la una del domingo, todos estaban sentados de nuevo alrededor de la mesa de Anna: Walter con su andador junto a la silla, Jonas y Sabine, Mira y, como invitado, Thomas Kessler, que había traído una barra de pan de centeno que había horneado él mismo. Le había quedado un poco demasiado oscura. Nadie dijo nada.

Comieron rollitos de ternera con col lombarda y bolas de patata, como siempre.

Mira habló de Aminata, de los árboles subterráneos y de su tío, que preparaba el té tres veces. Jonas comentó que el brazo articulado ya se utilizaba en cuarenta residencias de ancianos y que el equipo de Hanói había construido una versión que consumía la mitad de electricidad. Kessler dijo que las escuelas del distrito estarían reformadas para otoño. Walter no le dijo nada a nadie porque estaba ocupado con su bola de patata.

En algún momento, durante el postre, Mira dijo: «¿Sabes, tío Jonas? Pensé mucho en ti mientras estuve en Senegal».

«Vaya».

«No, en serio. Siempre pensé que el problema era el mercado. Que había que abolirlo, y cuanto antes, mejor. Pero en Ferlo había una bomba solar procedente de España. Los drones venían de China. Los satélites son de alguna empresa estadounidense. Nada de eso habría existido jamás sin el mercado». Removió su pudín. «Hace un año no lo habría admitido».

Jonas dejó la cuchara sobre el plato. «Y hace un año, yo no habría admitido que no he echado de menos ni una sola hoja de cálculo de Excel en diez meses». Hizo una pausa para pensar. «¿Sabes cómo lo veo ahora? El mercado era como un andamio».

«¿Qué quieres decir?».

«No se puede construir una casa sin andamios. Son estables, prácticos y todos los constructores se alegran de que estén ahí. Pero una vez que la casa está terminada, se desmontan los andamios. No se vive en los andamios».

Mira lo miró fijamente durante un buen rato. «Eso es lo primero en lo que estamos de acuerdo».

«El segundo», dijo Jonas. «A los dos siempre nos ha gustado la tarta de manzana».

* * *

Walter había estado escuchando. Ahora dejó el tenedor sobre el plato.

«El panadero Huber —dijo—, le dijo una vez a mi abuelo: “Si la harina es buena, el pan es bueno. Y si el pan es bueno, la gente vendrá. Eso es todo lo que necesitas saber”». Miró a su alrededor. «Durante mucho tiempo, pensé que eso ya no se aplicaba. Hoy sé que vuelve a aplicarse».

Jonas metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó dos trozos de papel, doblados y gastados. Una servilleta con una factura de trescientos cincuenta euros. Una nota con veinte puntos numerados, once de los cuales estaban tachados.

«Llevo un año llevando esto conmigo», dijo. «Ni siquiera sé por qué».

«Porque eres controller», dijo Sabine. «No puedes tirar nada que alguna vez haya sido un número».

Todos se rieron. Anna se levantó y sacó dos cosas del cajón del aparador donde las guardaba: un posavasos con cinco nombres y la nota «solo si lo hacen todos», y una hoja de papel con notas a lápiz que había garabateado una noche hacía más de un año junto a su cálculo. Lo colocó todo uno al lado del otro sobre la mesa. Los miraron en silencio durante un rato. Luego, Anna alisó los papeles y los volvió a guardar en el cajón.

A continuación, se dirigió a la cocina a por el café y se detuvo en el umbral. En la mesa, todos hablaban al mismo tiempo. Walter le explicaba a Kessler por qué su pan estaba demasiado tostado. Mira le enseñaba fotos a Sabine en su móvil. Jonas estaba rellenando las copas de vino.

Nadie había pagado nada. Nadie había hecho la cuenta. Era un domingo perfectamente normal.

* * *

Una familia que aún no existe

Anna, Jonas, Mira y Walter no existen. Al menos, todavía no. Su historia es ficticia, y gran parte de ella acabará siendo diferente en la realidad. Pero cada escena de este libro se basa en algo que ya existe hoy en día: panaderos que revisan sus cuentas por la noche, controladores financieros preocupados por su plantilla, estudiantes preocupados por el clima y abuelos que recuerdan una época en la que la gente sabía para qué trabajaba. Y una comida de domingo que nadie paga.

El tema central de este libro se puede resumir en unas pocas frases.

El recorrido en unas pocas frases

El mercado ha logrado grandes cosas. Ha sacado a la humanidad de la pobreza masiva y ha creado un mundo en el que podría haber suficiente para todos. Adam Smith tenía razón para su época, y Friedrich August von Hayek demostró por qué el mercado era superior a cualquier autoridad planificadora.

Sin embargo, hoy en día, ese mismo mercado debe crecer para mantenerse estable y, al hacerlo, está llegando a los límites del medio ambiente, de la justicia y de la resiliencia de la clase media. Se encuentra en un dilema del prisionero: todos actúan de forma racional y, juntos, acaban en una situación que nadie desea. Nadie puede salir de ella por sí solo.

Detrás de todos los costes se encuentran los medios de vida de las personas. Si estos estuvieran garantizados, nadie tendría que exigir más dinero. El hecho de que una economía pueda funcionar sin precios queda demostrado por la economía del cuidado que se da en cada familia, día tras día. Y el hecho de que la información sobre las necesidades pueda ahora llegar muy lejos incluso sin precios queda patente en los sistemas de gestión de inventarios y en los mecanismos de control interno de las grandes empresas.

La transición solo puede tener éxito si actuamos juntos y de forma simultánea. Los compromisos condicionales podrían garantizar que nadie tenga que ser el primero. Las pequeñas y medianas empresas podrían dar el impulso; los gobiernos tendrían que crear el marco legal. El primer día, nada cambiaría en la economía física, pero la forma en que las personas interactúan entre sí sí que lo haría.

Existen serias objeciones, y no todas pueden abordarse plenamente hoy en día. Pero hay muchos indicios de que las personas trabajarán incluso sin la presión del dinero, de que el consumo tiene límites naturales y de que el sistema de suministro es más robusto que el sistema monetario.

El andamio y la casa

En la escena final, Jonas encontró una imagen que quizá sea más elocuente que todos los argumentos de este libro: el mercado era como un andamio.

Nadie menospreciaría un andamio. No se puede construir una casa sin él. Es estable, práctico, y todos los profesionales se alegran de que esté ahí. Pero a nadie se le ocurriría vivir en él para siempre. Una vez que la casa está en pie, se desmonta el andamio, no porque sea malo, sino porque ha cumplido su propósito.

Así es como también se puede entender la economía de mercado. Ha cumplido su propósito histórico. Ha creado las herramientas con las que la humanidad puede liberarse de la penuria material: fábricas, conocimiento, tecnología, redes globales. Hoy en día, ya no es la falta de tecnología lo que se interpone en nuestro camino, sino una forma de organización concebida para un mundo de escasez.

Quien lo vea así no necesita condenar la economía de mercado para pensar más allá de ella. Los defensores del mercado y los críticos del crecimiento podrían encontrar aquí un terreno común: los primeros, en su orgullo por lo que el mercado ha logrado; los segundos, en la constatación de que ha alcanzado sus límites. Mira y Jonas lo demostraron durante la cena del domingo.

Menos, sin sacrificar

En las semanas y meses posteriores a una transición de este tipo, la economía, medida en cifras actuales, se contraería. Desaparecerían la publicidad, los envases innecesarios, los productos desechables, los desarrollos paralelos y muchas transacciones financieras. Eso suena a un paso atrás siempre y cuando se piense en términos de crecimiento.

Pero la privación es un sentimiento que surge cuando se nos niega algo. Quien sabe que puede conseguir lo que necesita en cualquier momento no percibe el hecho de poseer menos como un sacrificio. Hoy en día, mucha gente compra tanto, en parte, porque quiere recompensarse por su duro trabajo, porque la oferta especial termina mañana o porque las posesiones prometen seguridad y prestigio. Si estas razones desaparecieran, el consumo podría reducirse sin que la vida se empobreciera por ello. Las cosas serían sustituidas por tiempo, atención, educación, arte y comunidad: todas esas cosas que hoy en día suelen quedar en segundo plano porque no hay tiempo para ellas.

Lo que hay que hacer ahora

Recordemos los años anteriores a 1989. En los países del bloque del Este, las estanterías estaban cada vez más vacías, las esperas eran más largas, las fábricas más viejas. Al mismo tiempo, cada noche parpadeaban en las pantallas de televisión las imágenes de Occidente: escaparates llenos, vacaciones en el mar, el marco alemán. Muchas personas se habían despedido interiormente del viejo sistema hacía tiempo. Solo que no lo decían en voz alta, hasta que vieron que sus vecinos pensaban lo mismo. Entonces todo fue muy rápido.

Hoy el ambiente vuelve a ser parecido. Muchas personas sienten que las cosas no pueden seguir así. Los veranos son cada vez más calurosos, los alquileres suben, las pensiones son inseguras. Algunos se retiran, otros se han rendido, otros votan por rabia a partidos que prometen soluciones simples. Lo que falta es una imagen que vuelva a ilusionarnos.

¿Qué tal esto? Se acabó el miedo a las subidas del alquiler. Una vejez asegurada. Todo lo que usted necesita para una buena vida –comida, vivienda, médico, cuidados para sus padres– lo recibe como un regalo. Y no solo usted: también la familia de Lagos, la campesina de Bolivia, el obrero de Bangladés.

No es una promesa de más consumo todavía. Es una promesa más modesta, pero también más honesta: que nadie tenga que temer perder su sustento. No deberíamos repetir el error de 1989 y prometer paisajes florecientes de la noche a la mañana. Al principio habrá tropiezos. Pero los cimientos estarían puestos.

Y como no hay que construir nada nuevo, todo puede ir rápido. Cuando suficientes empresas estén dispuestas, basta con un anuncio breve. El lunes siguiente circulan los trenes, abren las panaderías, los hospitales siguen funcionando; solo que nadie vuelve a emitir una factura.

Las bases técnicas para la transición ya están sentadas. No necesitamos construir nuevas vías de transporte ni reinventar Internet. Lo que falta es la preparación social: un amplio debate público, foros en los que celebrarlo y la confianza en que otros se sumarán a él.

Podemos empezar hoy mismo. En los colegios profesionales, las asociaciones y las cooperativas, podemos debatir lo que dijo el señor Brandl en el aparcamiento. Las empresas pueden optar por la propiedad responsable. El trabajo de cuidados puede recibir por fin el reconocimiento que se merece. Se pueden promover los datos abiertos y los modelos de IA abiertos para que las herramientas del futuro pertenezcan a todos. Y los compromisos condicionales no cuestan nada: quien dice «me sumaré si lo hacen suficientes personas» no asume ningún riesgo.

Una invitación

Este libro va dirigido a personas con creencias muy diferentes.

A los empresarios: tenéis la experiencia, los conocimientos y la libertad que requiere una transformación de este tipo. Nadie os pide que hagáis un sacrificio. Junto con vuestros ingresos, desaparecerían también todos vuestros gastos y, con ellos, la presión que a menudo os impide hoy gestionar vuestro negocio como consideráis oportuno.

A los críticos del crecimiento: vuestro análisis ha allanado el camino para este libro. Quizá una salida colectiva sea una forma de alcanzar vuestros objetivos sin que la gente pierda su medio de vida en el proceso.

A quienes son firmes defensores de la economía de mercado: este libro ha tratado de tomarse en serio vuestros argumentos más sólidos. Si no ha logrado convenceros, quizá al menos haya demostrado que es posible debatir sobre el futuro del mercado sin menospreciar su pasado.

Y a todos: llevad esta idea más allá. Criticadla, mejoradla, rechazadla si tenéis buenas razones para hacerlo. Lo que importa no es que todas las preguntas hayan sido ya respondidas, sino que se planteen en primer lugar.

La doble ilusión

Quizá la verdadera utopía no resida en imaginar una economía diferente. Quizá la mayor utopía resida en la suposición de que, en medio de la crisis climática, la creciente desigualdad y el malestar cada vez mayor, todo pueda simplemente seguir como antes.

Este libro pretende ayudar a disipar una doble ilusión: la ilusión de que no hay alternativa al mercado y la ilusión de que aún disponemos de tiempo ilimitado.

La comida está lista

Sin embargo, por encima de todo, este libro pretende recordarnos algo con lo que todos estamos familiarizados. En tu propia cocina, en el seno de tu familia, entre tus amigos, se practica cada día un tipo diferente de economía: una economía del cuidado, la responsabilidad y el dar. Nadie extiende una factura cuando cocina para los demás.

Nadie pide dinero por arreglar un grifo o consolar a un niño. Esta economía es tan antigua como la propia humanidad, y nunca ha dejado de funcionar.

Es el modelo de lo que la sociedad en su conjunto podría llegar a ser algún día.

El «nuevo ser humano» que tantos proyectos de una sociedad mejor han estado esperando no tiene, por tanto, que nacer primero. Ya existe dentro de nosotros. Solo que durante el día se ve obligado a abrirse paso en el mercado.

La comida está lista.

Apéndice: Contexto histórico

El propósito de este apéndice

La cuestión de cómo sería una economía que velara por todas las personas no es nueva. Ha ocupado a filósofos, teólogos, economistas y movimientos sociales durante milenios. Este apéndice sitúa las ideas de este libro en el marco de esta larga historia.

Lo hace deliberadamente desde diversas perspectivas. Las ideas de este libro no pueden atribuirse a una única escuela de pensamiento. Deben tanto a la tradición liberal como a la doctrina social cristiana, y tanto al movimiento poscrecimiento como a la investigación sobre los bienes comunes. Y se diferencian de todas estas tradiciones en un aspecto crucial: la cuestión de cómo puede lograrse la transición.

La tradición liberal

Adam Smith, a quien está dedicado el capítulo 2, es considerado el padre de la economía de mercado. Lo que es menos conocido es que también fue un filósofo moral que consideraba la compasión como el fundamento de la convivencia social (Smith, 1759), y un feroz crítico de los monopolios y la colusión. Para Smith, el mercado no era un fin en sí mismo, sino un medio para satisfacer las necesidades de las personas: el consumo es el único propósito de toda producción.

Un siglo más tarde, el filósofo inglés John Stuart Mill, uno de los grandes pensadores del liberalismo, planteó una línea de pensamiento notable. En sus *Principios de economía política* de 1848, dedicó un capítulo al «estado estacionario»: una economía que ya no crece (Mill, 1848). Muchos economistas de su época temían esta situación. Mill, por el contrario, la veía como una oportunidad. Si la humanidad producía lo suficiente —escribió, en esencia—, podría dedicarse al «arte de vivir» en lugar de agotarse en la carrera por obtener cada vez más. Mill es, por tanto, uno de los primeros pensadores en los que convergen el pensamiento liberal y la crítica al crecimiento.

John Maynard Keynes, el economista más influyente del siglo XX, predijo en su ensayo de 1930 «Posibilidades económicas para nuestros nietos» que el progreso tecnológico resolvería el problema económico de la humanidad en el plazo de cien años (Keynes, 1930). Sus nietos se las arreglarían con unas quince horas de trabajo a la semana. Y esperaba que, para entonces, el amor al dinero como fin en sí mismo fuera reconocido como lo que era: una inclinación bastante patológica. La primera predicción se ha cumplido en términos técnicos; las otras dos, no. Este libro se pregunta por qué.

Friedrich August von Hayek formuló el argumento más sólido a favor del mercado: el precio agrega el conocimiento disperso de una sociedad (Hayek, 1945). Los capítulos 2 y 7 tratan este tema en detalle. Ronald Coase demostró que las empresas existen precisamente porque el propio proceso de coordinación de precios conlleva costes (Coase, 1937). Ambas ideas son fundamentales para este libro.

En Alemania, la tradición liberal está estrechamente ligada a la economía social de mercado. Economistas como Walter Eucken y Alfred Müller-Armack, este último creador del término, trataron de integrar el mercado en un orden que limitara el poder y creara equilibrio social. Ludwig Erhard puso en práctica este orden desde el ámbito político y lo vinculó a la promesa de «prosperidad para todos» (Erhard, 1957). El artículo 14 de la Ley Fundamental establece: «La propiedad conlleva obligaciones. Su uso debe servir, al mismo tiempo, al bien común». Este libro toma esta afirmación al pie de la letra.

Utopías bíblicas y sociales

La idea de una sociedad en la que nadie sufra penurias es una de las esperanzas más antiguas de la humanidad.

En el Antiguo Testamento, la ley relativa al Año del Jubileo exige que, cada cincuenta años, se condonen las deudas y se devuelvan a sus propietarios originales las tierras que se hayan vendido (Lev 25). Los profetas denuncian repetidamente a quienes unen casa con casa y campo con campo hasta que no queda espacio para los demás (Isaías 5:8).

Jesús habla del Reino de Dios no solo como una esperanza para el más allá, sino también como una forma de vida que comienza ahora mismo. En el Sermón de la Montaña, dice: «No os preocupéis por vuestra vida, ni por lo que vais a comer o beber» (Mateo 6, 25). En la parábola de los jornaleros de la viña, todos reciben el mismo salario, tanto si han trabajado doce horas como si solo una, porque todos deben ganarse el sustento ese día (Mateo 20, 1-16). Y se dice de la primera comunidad cristiana de Jerusalén que «tenían todo en común» y daban a cada uno «lo que necesitaba» (Hechos 2, 44-45).

Estas ideas han marcado repetidamente el curso de la historia: en los monasterios, donde los monjes y las monjas vivían sin propiedad privada; en los movimientos de pobreza de la Edad Media, como el de los franciscanos; en las comunidades anabaptistas; y en la teología de la liberación de América Latina (Boff, 2018; Cardenal, 1991). Hasta el día de hoy, la doctrina social católica habla de la «obligación social de la propiedad» y de que los recursos de la tierra están destinados a todas las personas.

En 1516, el estadista inglés Tomás Moro publicó su libro *Utopía,* sobre una isla cuyos habitantes no conocían el dinero. Allí, el oro se utiliza para fabricar orinales, para que nadie se vea tentado a adorarlo. Moro dio nombre a la palabra «utopía». Sabía que su isla era un experimento mental. Pero la utilizó para cuestionar las condiciones de su época.

El hecho de que estas visiones aún no se hayan podido aplicar a sociedades enteras no se debió únicamente a las debilidades humanas. También se debió a que no había forma de coordinar la satisfacción de las necesidades básicas de millones de personas sin un mercado ni un Estado. Hoy, por primera vez, esta posibilidad existe.

Karl Marx y el socialismo del siglo XX

Ningún libro sobre una economía sin mercado puede pasar por alto a Karl Marx. En 1875, expuso su visión de una sociedad en la que se aplicaría el principio «De cada uno

según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades» (Marx y Engels, 1875). Estaba convencido de que tal sociedad solo sería posible una vez que las fuerzas productivas se hubieran desarrollado hasta tal punto que hubiera suficiente para todos. Hoy en día, este requisito previo se ha cumplido en una medida que Marx difícilmente habría podido imaginar.

Marx dejó en gran medida abierta la cuestión de cómo debería ser la transición hacia una sociedad así. En el siglo XX, este vacío se llenó con la revolución, la expropiación y una economía planificada controlada por el Estado. El resultado es bien conocido. Las economías planificadas del Bloque del Este fueron incapaces de satisfacer la diversidad de necesidades, reprimieron la libertad y la crítica, y se quedaron rezagadas respecto a Occidente en términos de desarrollo tecnológico. El 17 de junio de 1953, cientos de miles de personas salieron a las calles en la RDA, provocadas por un aumento de las cuotas de trabajo, y el levantamiento fue aplastado por los tanques soviéticos. Hayek y Mises habían predicho décadas antes el fracaso de la planificación centralizada sin precios.

Sin embargo, otra lección que se puede extraer de esta historia es que estos sistemas no diferían en absoluto del mercado. El trabajo seguía siendo trabajo asalariado; los productos seguían siendo bienes con precios, salvo que los precios los fijaba el Estado. La competencia fue sustituida por la planificación; el empresario fue sustituido por el funcionario. El dinero seguía siendo el medio de intercambio entre las personas.

Por lo tanto, este libro difiere del socialismo del siglo XX en todos los aspectos esenciales. No se basa en la expropiación, sino en una decisión colectiva voluntaria. No se basa en un Estado que planifica, sino en la coordinación desde abajo. No se basa en la lucha de clases, sino en que los empresarios, los empleados y los propietarios se den cuenta de que todos se encuentran atrapados en el mismo dilema del prisionero. Y no suprime el mercado para sustituirlo por un plan que incluya precios; más bien, suprime los precios en sí mismos.

El movimiento poscrecimiento

Desde el informe del Club de Roma sobre «Los límites del crecimiento» (Meadows, Meadows y Behrens, 1972), se ha desarrollado un amplio movimiento que cuestiona el paradigma del crecimiento. El economista estadounidense Herman Daly concibió una «economía de estado estacionario» que se basa en el concepto de Mill de un estado estacionario. En los países de habla alemana, Niko Paech ha desarrollado una economía poscrecimiento basada en la suficiencia y los ciclos regionales (Paech, 2025). Tim Jackson ha demostrado que la prosperidad es posible sin crecimiento (Jackson, 2017). Con su «Doughnut», Kate Raworth ha encontrado una representación visual del espacio seguro entre los estándares sociales mínimos y los límites ecológicos (Raworth, 2018). Jason Hickel, Giorgos Kallis, Serge Latouche y Maja Göpel han marcado el debate a nivel internacional (Hickel, 2023; Kallis, 2018; Latouche, 2015; Göpel, 2022). Con la

«Economía para el Bien Común», Christian Felber ha creado un modelo según el cual cientos de empresas ya elaboran hoy en día un «balance del bien común» (Felber, 2018).

Este libro le debe mucho a este movimiento. Su análisis de los límites ecológicos, su crítica al producto interior bruto como medida de la prosperidad y sus propuestas —jornadas laborales más cortas, productos duraderos, ciclos regionales, una nueva concepción de la buena vida— se reflejan en casi todos los capítulos.

Lo que este libro pretende aportar es una respuesta a una pregunta con la que también se debate el movimiento del poscrecimiento: ¿cómo pueden alcanzarse estos objetivos si todos aquellos que los persiguen por su cuenta sufren desventajas? Muchas propuestas de la economía del poscrecimiento se basan en instrumentos políticos como los impuestos medioambientales, los límites de emisiones o la tributación de las grandes fortunas. Dichos instrumentos son importantes, pero, como se ha mostrado en el capítulo 4, se topan con los límites del dilema del prisionero: por lo general, solo se aplican en países individuales y deben imponerse frente a la presión por crecer.

La transición colectiva descrita en este libro no pretende, por tanto, ser un modelo alternativo al movimiento del poscrecimiento, sino una posible vía para alcanzar sus objetivos. Y hasta que se pueda emprender este camino, sus instrumentos —los balances del bien común, la reducción de la jornada laboral, los ciclos económicos regionales— siguen siendo pasos valiosos que allanan el camino.

Los bienes comunes y la obra de Elinor Ostrom

Durante mucho tiempo, la «tragedia de los bienes comunes» (Hardin, 1968) fue una teoría ampliamente aceptada en economía: se argumentaba que los recursos compartidos acabarían inevitablemente siendo sobreexplotados y que, por lo tanto, era necesaria la propiedad privada o el control estatal.

La politóloga estadounidense Elinor Ostrom refutó esta tesis (Ostrom, 1990). Estudió cientos de comunidades que han gestionado con éxito recursos compartidos durante siglos: pastos alpinos en Suiza, sistemas de regadío en España y Nepal, y caladeros en Turquía. Descubrió las condiciones bajo las cuales esto tiene éxito: límites y normas claros, la participación de los afectados en el establecimiento de dichas normas, una supervisión mutua eficaz, sanciones graduales y formas sencillas de resolver conflictos. En 2009, se convirtió en la primera mujer en recibir el Premio Nobel de Economía.

Silke Helfrich y David Bollier han desarrollado aún más estas conclusiones hasta convertirlas en una teoría de los bienes comunes, que entiende estos como una forma independiente de organización económica junto al mercado y al Estado (Helfrich y Bollier, 2019). Wikipedia, el software libre, los huertos comunitarios y la agricultura apoyada por la comunidad son ejemplos vivos de ello.

Este libro comparte la convicción de que las personas pueden gestionar los bienes comunes de forma colectiva. Sin embargo, difiere en la cuestión de cómo surgen los

bienes comunes. El movimiento de los bienes comunes los construye paso a paso, proyecto a proyecto. Esto es valioso, pero lento, y los proyectos de bienes comunes aún tienen que valerse por sí mismos en un entorno que funciona según las reglas del mercado. Este libro propone el enfoque contrario: una vez que el sustento de todos está asegurado, el derecho a excluir a otros pierde su finalidad práctica. Los bienes comunes surgen entonces no a través de la redistribución de la propiedad, sino porque nadie tiene motivos para impedir que otros los utilicen. Las reglas de Ostrom siguen siendo indispensables en este contexto, especialmente en lo que respecta a los límites de la naturaleza.

Simon Sutterlütti y Stefan Meretz se acercan especialmente a las ideas de este libro en su obra *Kapitalismus aufheben* («Abolir el capitalismo») (Sutterlütti y Meretz, 2018). Imaginan una sociedad en la que las personas aportan voluntariamente lo que pueden y reciben lo que necesitan —sin intercambio, sin dinero y sin coacción—. Su principio rector es un orden «inclusivo» en el que las necesidades de unos no se satisfacen a costa de otros, sino en el que se tienen en cuenta las necesidades de todos. La familia, en la que nadie cobra a nadie, es también un modelo para ellos. Sin embargo, ven el camino hacia ello principalmente en el crecimiento de los bienes comunes, que se extienden gradualmente y, en última instancia, sustituyen a la economía de mercado. Este libro comparte su objetivo y muchos de sus argumentos. Propone, sin embargo, una ruta más corta: una transición colectiva y simultánea, porque la crisis ecológica deja poco tiempo para el crecimiento gradual que se requeriría a lo largo de generaciones.

El movimiento de los cuidados

Casi ningún otro movimiento ha hecho tanto por visibilizar la mitad invisible de la economía como el movimiento feminista del cuidado. Ya en la década de 1970, la campaña internacional «Salario por el trabajo doméstico», en la que también participó Silvia Federici, reclamaba el reconocimiento del trabajo no remunerado de las mujeres (Federici, 2020). Con la «Revolución del Cuidado», Gabriele Winker ha puesto en marcha una red que pretende situar el trabajo de cuidados en el centro de una sociedad basada en la solidaridad (Winker, 2015). La teóloga y filósofa Ina Praetorius ha demostrado que la economía, en su esencia, consiste en cuidarnos unos a otros, y ha acuñado el término «Um-Care» para describirlo (Praetorius, 2023). Y bajo el hashtag «#CloseEconDataGap», los economistas están haciendo campaña para que el trabajo no remunerado se incluya por fin en las estadísticas económicas (Rudolf, Reiche y Knobloch, 2023).

Este libro debe una de sus ideas fundamentales al movimiento por los cuidados. El capítulo 6 se basa íntegramente en sus planteamientos: que el trabajo remunerado y el no remunerado son dos mitades de una misma prestación de cuidados, y que la economía de los cuidados funciona según su propia lógica, basada en las necesidades. También es importante la petición de incluir el trabajo no remunerado en los registros estadísticos. Lo que no se contabiliza se pasa por alto políticamente.

Sin embargo, en un aspecto, este libro adopta un enfoque diferente. Una parte del movimiento reclama que el trabajo de cuidados sea remunerado —mediante salarios para el trabajo doméstico, un subsidio de cuidados o mejores salarios para todas las profesiones relacionadas con los cuidados—. En el caso de los cuidados profesionales, se trata de una preocupación legítima dentro del sistema actual. Sin embargo, si todo el trabajo no remunerado se convirtiera en términos monetarios y se pagara, el último gran ámbito que actualmente funciona sin dinero quedaría arrastrado a la lógica del mercado. El producto interior bruto aumentaría, al igual que la presión por el crecimiento, y una comida familiar se convertiría en un servicio con un precio.

Este libro propone el enfoque contrario: no extender la lógica del mercado al cuidado, sino extender la lógica del cuidado a toda la economía. Entonces, el trabajo de cuidados se reconocería no porque por fin se remunerara, sino porque ya no sería necesario remunerar ningún trabajo —y todo trabajo volvería a reconocerse como lo que el movimiento de cuidados siempre ha defendido que es: cuidarnos unos a otros.

La renta básica incondicional

La renta básica incondicional es la propuesta que parece acercarse más a las ideas de este libro. Toda persona debería recibir una suma fija de dinero de forma periódica, sin condiciones y sin tener que aportar nada a cambio. En Alemania, Götz Werner, fundador de la cadena de droguerías dm, ha sido uno de los principales defensores de esta idea: un empresario que, como muchos otros, estaba convencido de que la gente quiere trabajar incluso sin la presión de la supervivencia económica.

Sus defensores sostienen que una renta básica libera a las personas de la ansiedad existencial, crea margen para la educación, los cuidados y el voluntariado, y podría sustituir a una multitud de prestaciones sociales burocráticas. Los ensayos realizados en Finlandia y Alemania, descritos en el capítulo 10, respaldan estas esperanzas. Los críticos se preguntan cómo se financiará y temen que los trabajos impopulares queden sin hacer.

Desde la perspectiva de este libro, la renta básica comparte una idea importante: que el sustento de una persona no tiene por qué estar vinculado a un empleo remunerado. Sin embargo, sigue estando enmarcada en la economía monetaria. La renta básica debe financiarse mediante impuestos, y estos impuestos proceden del volumen de negocio, los salarios y los beneficios. Por lo tanto, sigue dependiendo de una economía en crecimiento. Y, dado que su cuantía suele ser modesta, se mantiene el incentivo para ganar más y consumir más mediante trabajo remunerado adicional. La renta básica mitiga las consecuencias de la presión por crecer, pero no la elimina.

La prestación directa descrita en este libro va, por tanto, un paso más allá. Garantiza el sustento de las personas no a través del dinero, sino de forma directa. No obstante, los debates y las experiencias en torno a la renta básica pueden resultar valiosos, ya que muestran cómo se comportan las personas cuando tienen asegurado su sustento.

Otras perspectivas

Otros pensadores han influido en las ideas de este libro.

En La gran transformación (1944), el historiador económico Karl Polanyi demostró que, a lo largo de la historia, los mercados casi siempre han estado integrados en la sociedad, la religión y la tradición. No fue hasta el siglo XIX cuando surgió la idea de una sociedad orientada íntegramente hacia el mercado, lo que condujo a graves crisis. El antropólogo Marcel Mauss describió cómo los regalos forjan relaciones que ninguna compra puede sustituir (Mauss, 1990). La teórica feminista Silvia Federici ha puesto de relieve el trabajo invisible de los cuidados (Federici, 2020). En *Beyond Money*, la científica social australiana Anitra Nelson ha esbozado una estrategia para una economía sin dinero que, en muchos aspectos, está estrechamente alineada con este libro (Nelson, 2022). Y ya en la década de 1970, el cibernético británico Stafford Beer imaginó la coordinación de una economía nacional a través de redes de información en lugar de mediante los precios.

En los países de habla alemana ha surgido en los últimos años una prolífica literatura sobre una economía sin dinero ni intercambio. Friederike Habermann explica por qué una buena vida para todos debe estar «libre de la lógica del intercambio» (Habermann, 2018). Eske Bockelmann analiza cómo el dinero moldea nuestro pensamiento (Bockelmann, 2020), mientras que Sabine Nuss examina cómo «ganamos» dinero (Nuss, 2026). Lehner, Preissing y Gottfried esbozan un futuro sin dinero (Lehner, Preissing y Gottfried, 2021); Scherf y Lucas desarrollan sus propios modelos (Scherf, 2016; Lucas, 2016), mientras que Calvez narra, en una novela, la historia de un mundo en el que el dinero ya no existe (Calvez, 2021). A nivel internacional, Matthias Schmelzer, junto con otros autores, ha publicado una guía muy aclamada sobre la sociedad del poscrecimiento (Schmelzer, Vansintjan y Vetter, 2022). Clásicos más antiguos, como *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, o *Esbozo de utopías sociales*, de Ernst Bloch, sirven para recordarnos que la cuestión de un orden más humano es siempre también una cuestión de valor para abrazar la libertad (Fromm, 1993; Bloch, 1990). Y la economía conductual, tal y como la ejemplifica Dan Ariely, muestra lo poco que el comportamiento humano se corresponde con el «homo economicus» puramente racional (Ariely, 2009).

Cada uno a su manera, todos ellos han planteado una pregunta que este libro retoma: ¿debe organizarse la economía tal y como está hoy en día? La respuesta de este libro es: no. Pero debemos averiguar juntos cómo podrían ser las cosas de otra manera.

Bibliografía

Acosta, A. (2017). Ubuntu, Buen Vivir und die Suche nach Lebensalternativen [Ubuntu, Buen Vivir y la búsqueda de formas de vida alternativas]. afrika süd, número 6/2017. https://www.afrika-sued.org/ausgaben/heft-6-2017/ubuntu-buen-vivir-und-die-suche-nach-lebensalternativen/

Anger, H., Brors, P. y Greive, M. (20 de junio de 2024). 1000 Firmen fordern ein neues Unternehmensmodell [1.000 empresas reclaman un nuevo modelo empresarial]. Handelsblatt. https://www.handelsblatt.com/politik/deutschland/verantwortungseigentum-1000-firmen-fordern-ein-neues-unternehmensmodell/100046100.html

Ariely, D. (2009). Predictably Irrational: The Hidden Forces That Shape Our Decisions (edición revisada y ampliada). Nueva York: HarperCollins. (En español: Las trampas del deseo)

Bagnoli, M. y Lipman, B. L. (1989). Provision of Public Goods: Fully Implementing the Core through Private Contributions. The Review of Economic Studies, 56(4), 583–601.

Biblia (2017). Die Bibel. Einheitsübersetzung [La Biblia: traducción unificada alemana]. Friburgo: Herder.

Bloch, E. (1990). Freiheit und Ordnung. Abriß der Sozialutopien [Libertad y orden: esbozo de las utopías sociales]. Leipzig: Reclam.

Bockelmann, E. (2020). Das Geld: Was es ist, das uns beherrscht [El dinero: qué es lo que nos domina]. Berlín: Matthes & Seitz.

Boff, L. (2018). Traum von einer neuen Erde [El sueño de una nueva Tierra]. Viena: LIT Verlag.

Bollen, Y. (2025). Regulitis, really? CAN Europe. https://caneurope.org/news/regulitis-really/

Calvez, B. (2021). Saruj: Stell dir vor, es gibt kein Geld mehr [Saruj: imagina que ya no hay dinero]. Bad Belzig: Meiga Verlag.

Cardenal, E. (1991). Das Evangelium der Bauern von Solentiname. Wuppertal: Peter Hammer Verlag. (Original en español: El Evangelio en Solentiname)

Coase, R. H. (1937). The Nature of the Firm. Economica, 4(16), 386–405.

Comisión Europea (2025). 2025 Report of the Network of SME Envoys to the Competitiveness Council [Informe 2025 de la Red de Representantes de las Pymes al Consejo de Competitividad]. Bruselas: Comisión Europea.

Creditreform (2025). SchuldnerAtlas Deutschland 2025 [Atlas de deudores de Alemania 2025]. Neuss: Verband der Vereine Creditreform. https://www.creditreform.de/aktuelles-wissen/schuldneratlas

Daly, H. E. (1991). Steady-State Economics (2.ª ed.). Washington, DC: Island Press.

Destatis (2016). In Deutschland wird 35 % mehr Zeit für unbezahlte Arbeit aufgewendet als für bezahlte Erwerbsarbeit [En Alemania se dedica un 35 % más de tiempo al trabajo no remunerado que al remunerado]. Nota de prensa n.º 137. Wiesbaden: Oficina Federal de Estadística. https://www.destatis.de/DE/Presse/Pressemitteilungen/2016/04/PD16_137_812.html

Destatis (2024). Pflegebedürftige nach Versorgungsart, Geschlecht und Pflegegrade 2023 [Personas dependientes según tipo de atención, sexo y grado de dependencia, 2023]. Wiesbaden: Oficina Federal de Estadística (a 18 de diciembre de 2024). https://www.destatis.de/DE/Themen/Gesellschaft-Umwelt/Gesundheit/Pflege/Tabellen/pflegebeduerftige-pflegestufe.html

Dorlöchter-Sulser, S. (4 de noviembre de 2022). Resiliente Landwirtschaft – Auf Kleinbauern und Vielfalt setzen! [Agricultura resiliente: ¡apostar por los pequeños agricultores y la diversidad!]. welt-sichten. https://www.welt-sichten.org/artikel/40767/auf-kleinbauern-und-vielfalt-setzen

Durkheim, É. y Fields, K. E. (1995/1912). The Elementary Forms of Religious Life. Nueva York: Free Press. (En español: Las formas elementales de la vida religiosa)

DZIF – Centro Alemán de Investigación de Infecciones (17 de octubre de 2024). Wissenschaftler:innen schlagen Alarm wegen mangelnder Antibiotika [Los científicos dan la voz de alarma por la falta de antibióticos]. Nota de prensa. https://www.dzif.de/de/wissenschaftlerinnen-schlagen-alarm-wegen-mangelnder-antibiotika

Eisenhower, D. D. (17 de enero de 1961). Farewell Address to the Nation [Discurso de despedida a la nación]. Washington, DC.

Erhard, L. (1957). Wohlstand für alle [Bienestar para todos]. Düsseldorf: Econ.

Fatheuer, T. (2011). Buen Vivir: Eine kurze Einführung in Lateinamerikas neue Konzepte zum guten Leben und zu den Rechten der Natur [Buen Vivir: una breve introducción a los nuevos conceptos latinoamericanos del buen vivir y los derechos de la naturaleza]. Berlín: Fundación Heinrich Böll. https://www.boell.de/sites/default/files/Endf_Buen_Vivir.pdf

Federici, S. (2020). Aufstand aus der Küche [edición alemana de ensayos de Revolución en punto cero]. Münster: edition assemblage.

Fehr, E. y Gächter, S. (2002). Altruistic punishment in humans. Nature, 415, 137–140.

Felber, C. (2018). Gemeinwohl-Ökonomie. Múnich: Piper. (En español: La economía del bien común)

Fisher, M. (2013). Kapitalistischer Realismus ohne Alternative? Hamburgo: VSA. (Original en inglés: Capitalist Realism: Is There No Alternative?, 2009; en español: Realismo capitalista)

Fondo Monetario Internacional (2026). World Economic Outlook Database [Base de datos de Perspectivas de la economía mundial]. https://data.imf.org

Footprint – Global Footprint Network (2026). Country Overshoot Days [Días de sobregiro ecológico por país]. https://overshoot.footprintnetwork.org/newsroom/country-overshoot-days/

Frey, B. S. y Jegen, R. (2001). Motivation Crowding Theory. Journal of Economic Surveys, 15(5), 589–611.

Fromm, E. (1993). Die Furcht vor der Freiheit. Múnich: dtv. (Original en inglés: Escape from Freedom, 1941; en español: El miedo a la libertad)

Göpel, M. (2022). Wir können auch anders: Aufbruch in die Welt von morgen [Podemos hacerlo de otra manera: rumbo al mundo del mañana]. Berlín: Ullstein.

Graeber, D. (2019). Bullshit Jobs (edición alemana). Stuttgart: Klett-Cotta. (Original en inglés: Bullshit Jobs: A Theory, 2018; en español: Trabajos de mierda)

Habermann, F. (2018). Ausgetauscht! Warum gutes Leben für alle tauschlogikfrei sein muss [¡Intercambiado! Por qué el buen vivir para todos debe estar libre de la lógica del intercambio]. Roßdorf: Ulrike Helmer Verlag.

Hardin, G. (1968). The Tragedy of the Commons. Science, 162(3859), 1243–1248.

Hayek, F. A. von (1945). The Use of Knowledge in Society. American Economic Review, 35(4), 519–530.

Hayek, F. A. von (1968). Der Wettbewerb als Entdeckungsverfahren [La competencia como procedimiento de descubrimiento]. Kieler Vorträge, nueva serie 56. Kiel: Institut für Weltwirtschaft.

Helfrich, S. y Bollier, D. (2019). Frei, fair und lebendig – Die Macht der Commons. Bielefeld: transcript. (En inglés: Free, Fair, and Alive: The Insurgent Power of the Commons, 2019)

Hickel, J. (2023). Weniger ist mehr. Múnich: oekom. (Original en inglés: Less is More: How Degrowth Will Save the World, 2020; en español: Menos es más)

Informe sobre la Desigualdad en el Mundo (2026). World Inequality Report 2026. World Inequality Lab. https://wir2026.wid.world/

Jackson, T. (2017). Wohlstand ohne Wachstum – das Update. Múnich: oekom. (Original en inglés: Prosperity without Growth, 2.ª ed., 2017; en español: Prosperidad sin crecimiento)

Jumper, J., et al. (2021). Highly accurate protein structure prediction with AlphaFold. Nature, 596, 583–589.

Kallis, G. (2018). Degrowth. Newcastle upon Tyne: Agenda Publishing.

Kearney / Energy Institute (2025). Statistical Review of World Energy 2025. Londres: Energy Institute.

Kela (2020). The Basic Income Experiment 2017–2018 in Finland: Final Results [El experimento de renta básica 2017–2018 en Finlandia: resultados finales]. Helsinki: Ministerio de Asuntos Sociales y Salud.

Keynes, J. M. (1930). Economic Possibilities for our Grandchildren. En: Essays in Persuasion. Nueva York: W. W. Norton. (En español: Las posibilidades económicas de nuestros nietos)

KfW (2026). KfW-Kommunalpanel 2026 [Panel municipal de KfW 2026]. Fráncfort del Meno: KfW Research. https://www.kfw.de/Über-die-KfW/KfW-Research/KfW-Kommunalpanel.html

Khatib, F., et al. (2011). Crystal structure of a monomeric retroviral protease solved by protein folding game players. Nature Structural & Molecular Biology, 18(10), 1175–1177.

Kuran, T. (1991). Now out of Never: The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989. World Politics, 44(1), 7–48. https://www.cambridge.org/core/journals/world-politics/article/abs/now-out-of-never-the-element-of-surprise-in-the-east-european-revolution-of-1989/B947420222BF565D0B2D93099E704BF2

Laboratorio de Vigilancia Global de la NOAA (2026). Trends in Atmospheric Carbon Dioxide (Mauna Loa) [Tendencias del dióxido de carbono atmosférico]. https://gml.noaa.gov/ccgg/trends/

Latouche, S. (2015). Es reicht! Abrechnung mit dem Wachstumswahn [¡Basta! Ajuste de cuentas con la obsesión del crecimiento]. Múnich: oekom.

Lehner, H., Preissing, S. y Gottfried, S. (2021). In Zukunft ohne Geld [Un futuro sin dinero]. Viena: Mandelbaum.

Lieferkettengesetz [Ley alemana de diligencia debida en las cadenas de suministro] (2023). Gesetz über die unternehmerischen Sorgfaltspflichten in Lieferketten. https://www.gesetze-im-internet.de/lksg/

Locke, J. (2008). Zwei Abhandlungen über die Regierung. Fráncfort del Meno: Suhrkamp. (Original en inglés: Two Treatises of Government, 1689; en español: Dos tratados sobre el gobierno civil)

Lucas, P. (2016). Utopia ist machbar [La utopía es factible]. Hohenwarsleben: Westarp.

Marx, K. y Engels, F. (1875). Kritik des Gothaer Programms [Crítica del Programa de Gotha]. Marx-Engels-Werke, vol. 19. Berlín: Dietz.

Mauss, M. (1990). Die Gabe. Fráncfort del Meno: Suhrkamp. (Original en francés: Essai sur le don, 1925; en español: Ensayo sobre el don)

Meadows, D. H., Meadows, D. L. y Behrens, W. W. (1972). The Limits to Growth. Nueva York: Universe Books. (En español: Los límites del crecimiento)

Mill, J. S. (1848). Principles of Political Economy. Londres: John W. Parker. (Libro IV, capítulo 6: Of the Stationary State; en español: Principios de economía política)

Millward-Hopkins, J., Steinberger, J. K., Rao, N. D., & Oswald, Y. (2020). Providing decent living with minimum energy: A global scenario. Global Environmental Change, 65, 102168. https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2020.102168

Mises, L. von (1920). Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen [El cálculo económico en la comunidad socialista]. Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 47, 86–121.

Moro, T. (1516). Utopía.

Nash, J. F. (1950). Equilibrium Points in n-Person Games. Proceedings of the National Academy of Sciences, 36(1), 48–49.

Nelson, A. (2022). Beyond Money: A Postcapitalist Strategy. Londres: Pluto Press.

Nuss, S. (2026). Tausch und Täuschung – Wie wir Geld machen [Intercambio y engaño: cómo hacemos dinero]. Augsburgo: Maro Verlag.

Oficina Federal de Policía Criminal [Bundeskriminalamt] (2026). Polizeiliche Kriminalstatistik 2025 [Estadística policial de criminalidad 2025]. Wiesbaden: BKA. https://www.bka.de/DE/AktuelleInformationen/StatistikenLagebilder/PolizeilicheKriminalstatistik/PKS2025/Polizeiliche_Kriminalstatistik_2025/Polizeiliche_Kriminalstatistik_2025_node.html

OIT – Organización Internacional del Trabajo (2018). Care Work and Care Jobs for the Future of Decent Work. Ginebra: OIT. (En español: El trabajo de cuidados y los trabajadores del cuidado para un futuro con trabajo decente)

Ostrom, E. (1990). Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action. Cambridge: Cambridge University Press. (En español: El gobierno de los bienes comunes)

Paech, N. (2025). Befreiung vom Überfluss – das Update [Liberarse de la abundancia: la actualización]. Múnich: oekom.

Polanyi, K. (1944). The Great Transformation. Nueva York: Farrar & Rinehart. (En español: La gran transformación)

Praetorius, I. (2023). Um-Care: Wie Sorgearbeit die Wirtschaft revolutioniert [Um-Care: cómo el trabajo de cuidados revoluciona la economía]. Ostfildern: Patmos.

Proyecto Piloto de Renta Básica [Pilotprojekt Grundeinkommen] (2025). Ergebnisse der Langzeitstudie [Resultados del estudio a largo plazo]. Berlín: Mein Grundeinkommen e.V. y DIW Berlin. https://www.pilotprojekt-grundeinkommen.de

Raworth, K. (2018). Die Donut-Ökonomie. Múnich: Hanser. (Original en inglés: Doughnut Economics, 2017; en español: Economía rosquilla)

Rudolf, C., Reiche, U. y Knobloch, U. (2023). #CloseEconDataGap: Den politischen und ökonomischen Blindflug durch die Erfassung der unbezahlten Arbeit überwinden [Superar el vuelo a ciegas político y económico registrando el trabajo no remunerado]. En U. Meier-Gräwe e I. Praetorius (eds.), Wirtschaft neu ausrichten [Reorientar la economía] (pp. 207–214). Opladen: Barbara Budrich.

Ryan, R. M. y Deci, E. L. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. American Psychologist, 55(1), 68–78.

Sabautzki, W. (2025). Weltungleichheitsbericht 2026: Die Schere zwischen Arm und Reich vergrößert sich [Informe sobre la desigualdad mundial 2026: la brecha entre ricos y pobres se amplía]. isw Múnich. https://www.isw-muenchen.de/online-publikationen/texte-artikel/5390-weltungleichheitsbericht-2026-die-schere-zwischen-arm-und-reich-vergroessert-sich

Samek, W., Montavon, G., Vedaldi, A., Hansen, L. K. y Müller, K.-R. (2019). Explainable AI: Interpreting, Explaining and Visualizing Deep Learning. Cham: Springer.

Scherf, E. (2016). Anders denken: Eine Welt ohne Geld [Pensar diferente: un mundo sin dinero]. Norderstedt: BoD – Books on Demand.

Schmelzer, M., Vansintjan, A. y Vetter, A. (2022). The Future Is Degrowth: A Guide to a World beyond Capitalism. Londres, Nueva York: Verso.

Smith, A. (1759). The Theory of Moral Sentiments. Londres: A. Millar. (En español: La teoría de los sentimientos morales)

Smith, A. (2023). An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations (primera edición 1776). Weinheim: Wiley. (En español: La riqueza de las naciones)

Statista (22 de octubre de 2020). Die Klopapier-Hamster sind wieder unterwegs [Vuelven los acaparadores de papel higiénico] (M. Brandt). https://de.statista.com/infografik/23261/veraenderung-des-toilettenpapier-absatzes-im-deutschen-einzelhandel/

Sutterlütti, S. y Meretz, S. (2018). Kapitalismus aufheben [Abolir el capitalismo: una invitación a repensar la utopía y la transformación]. Hamburgo: VSA.

UE (2020). Reglamento (UE) 2020/852 relativo al establecimiento de un marco para facilitar las inversiones sostenibles (Taxonomía de la UE). https://eur-lex.europa.eu/eli/reg/2020/852/oj

UE (2022). Directiva (UE) 2022/2464 en lo que respecta a la presentación de información sobre sostenibilidad por parte de las empresas (CSRD). https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=CELEX:32022L2464

UIT – Unión Internacional de Telecomunicaciones (2026). Facts and Figures 2025 [Datos y cifras 2025]. Ginebra: UIT. https://www.itu.int/itu-d/reports/statistics/2025/10/15/ff25-internet-use/

UNCTAD (2024). A World of Debt 2024: A Growing Burden to Global Prosperity [Un mundo de deuda 2024]. Ginebra: Naciones Unidas.

Veblen, T. (1899). The Theory of the Leisure Class. Nueva York: Macmillan. (En español: Teoría de la clase ociosa)

Winker, G. (2015). Care Revolution: Schritte in eine solidarische Gesellschaft [Revolución de los cuidados: pasos hacia una sociedad solidaria]. Bielefeld: transcript.

Yudkin, D. y Prosser, A. (2022). Prosocial correlates of transformative experiences at secular multi-day mass gatherings. Nature Communications, 13, 2600.

El autor

Eberhard Licht nació en Meiningen, Turingia, en 1955 y creció en la RDA. Estudió ingeniería de procesamiento de materiales de construcción, trabajó inicialmente en un instituto de investigación del sector de la construcción y, posteriormente, obtuvo un máster en ciencias del agua y del medio ambiente.

Tuvo sus dificultades con el sistema socialista. En el verano de 1989, participó activamente en la revolución pacífica. Lo que se llevó consigo de la RDA no fue la ideología, sino la comprensión de la solidaridad práctica entre las personas —una experiencia que aún hoy le da la convicción de que una sociedad cooperativa es posible—.

Tras la caída del Muro, aprendió a hacerse con cuota de mercado. Estableció en Weimar una sucursal de un instituto químico-ecológico del sur de Alemania y, más tarde, fundó en Berlín su propio instituto de ensayos acreditado para la medición de emisiones industriales. También presentó una solicitud de patente con el objetivo de trasladar el transporte de mercancías al ferrocarril utilizando datos del sistema de peaje.

En 2010 tomó una decisión fundamental: vendió sus empresas y se dedicó por completo al cuidado de sus dos hijos menores. Al hacerlo, descubrió lo gratificante que puede ser el trabajo de cuidados no remunerado. Durante varios años, trabajó como voluntario en un albergue para personas sin hogar en Utrecht, se comprometió con cuestiones de desigualdad social y participó activamente en el movimiento por el clima.

Conoce las limitaciones de una economía planificada por experiencia propia y las restricciones del mercado gracias a su propia práctica empresarial. Estas experiencias con dos sistemas económicos —como ingeniero, como empresario y en el ámbito del cuidado— conforman la perspectiva de este libro.

Eberhard Licht está casado con una española, tiene cuatro hijos y vive en Berlín.